MÓNICA BENÍTEZ

UNA AVENTURA Navideña

UNA AVENTURA NAVIDEÑA

MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2024 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2410089738981

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

CAPÍTULO 1

Violeta sale de su apartamento en Madrid con el abrigo abrochado hasta el cuello. Hunde las manos en los bolsillos y, tras comprobar el vaho que sale de su boca con cada respiración, también esconde la barbilla en la bufanda blanca que se ha liado alrededor del cuello.

Son las siete y cuarto de la mañana y el frío se le cuela por debajo del abrigo helándole las piernas cubiertas por unos vaqueros oscuros. El aire gélido le pellizca las mejillas y la punta de la nariz. Violeta comienza a caminar a paso rápido hacia las oficinas donde trabaja, están a quince minutos a pie y con suerte entrará en calor cuando lleve diez andando.

El asfalto está mojado por la humedad de la lluvia de ayer por la tarde, el frío no ha permitido que se seque y con la caída de la temperatura de esta noche, Violeta se detiene un momento para comprobar que no resbala. Es una vieja costumbre adquirida en su pueblo, donde las heladas en invierno pueden ser culpables de más de un resbalón inesperado.

Violeta se deleita observando los adornos navideños que decoran las calles por encima de su cabeza; ahora están apagados, pero por la noche son todo un espectáculo que le gusta admirar desde el balcón de su ventana. Las guirnaldas plateadas y doradas serpentean entre los edificios como ríos de luz congelada.

Es dos de diciembre y ella solo puede pensar en que llegue el día veintidós, cuando al fin cogerá las vacaciones de Navidad y podrá marcharse diez días al pueblo con sus padres. Mientras camina, Violeta piensa en lo mucho que pueden cambiar las cosas. Cuando vivía en Alquézar y estudiaba en Huesca, estaba deseando acabar para marcharse a cualquier sitio y expandir sus horizontes, y ahora, a sus treinta y dos años y después de siete viviendo y trabajando en Madrid para una multinacional, daría lo que fuera por volver a sentir la paz del pueblo.

Pensando en eso llega al enorme edificio de oficinas en el que su empresa ocupa la totalidad de la cuarta planta y agradece el calor que le golpea el rostro en cuanto cruza la puerta. Violeta se deshace del abrigo mientras sube en el ascensor y diez minutos después está sentada en su mesa frente a dos ordenadores, la tableta que le hace de agenda sobre el soporte y su teléfono móvil a un lado por si algún cliente necesita una consulta urgente.

Teresa, la compañera que lleva la parte técnica del proyecto en el que trabaja Violeta, le ha propuesto que coman juntas. Violeta ha aceptado sin dudarlo ni un segundo, si no fuera por ella, que además de su compañera se ha convertido en una buena amiga, está segura de que ya se habría vuelto loca y no habría sido capaz de soportar sola la presión a la que las someten a ambas.

—Dicen que este año se esperan buenas nevadas —comenta Teresa sin apartar la mirada de su pantalla.

—No me importaría que cayese una de esas que sepultan carreteras durante una semana, pero que lo haga cuando esté en el pueblo —contesta Violeta y Teresa se ríe.

—Algún día tendré que ir de visita a ese pueblo tuyo, aunque será en verano —aclara Teresa.

La risa de Violeta desaparece de su rostro de un plumazo cuando la pantalla de su teléfono se ilumina y ve en ella el nombre de Marina. Rápidamente desliza el dedo por la pantalla y rechaza la llamada al mismo tiempo que suelta un resoplido de desesperación.

—¿Marina otra vez? —adivina Teresa, a quien la vibración del teléfono ha hecho girarse y presenciar el movimiento nervioso de Violeta.

—Sí, me llama casi a diario.

—Dicen que quien la sigue la consigue —bromea su compañera, y Violeta le clava tal mirada incendiaria, que se vuelve hacia su pantalla y ya no abre más la boca.

Las dos compañeras prosiguen con su trabajo durante toda la mañana hasta que poco antes de que llegue la hora de comer, el teléfono de Violeta vuelve a vibrar. Ella levanta la mirada de inmediato pensando que de nuevo Marina está insistiendo, pero el gesto le cambia por una sonrisa cuando descubre que se trata de su madre. Violeta se quita los auriculares que se pone para reducir el ruido y poder concentrarse y después de coger el teléfono del soporte, se levanta y se aleja hasta el ventanal para tener un poco de intimidad.

—Hola, mamá —saluda feliz.

Llevan toda la semana sin hablar, sabe que cuando se aproximan las Navidades, sus padres van hasta arriba de trabajo en el horno que los dos llevan en el pueblo desde que ella tiene memoria. Los pedidos de polvorones caseros, rosquillas, roscones y la especialidad de la casa —unas galletas cuya receta de su madre es la envidia del pueblo— los asfixian hasta el punto de que tienen que contratar personal extra desde un mes antes.

Violeta sabe que hablar con ellos en esas semanas es casi imposible y que su madre aprovecha cualquier hueco de descanso para hacerle una llamada, por eso ha respondido incluso estando en el trabajo.

—Violeta, hija…

Los hipidos y balbuceos de su madre apenas la dejan entender lo que le dice, Maite llora desconsolada al otro lado de la línea sin dejar de parlotear tratando de explicarle algo. Habla tan rápido y con tanto nerviosismo, que a Violeta le resulta imposible comprender ni una sola palabra de lo que dice. Ella también se está poniendo nerviosa y está asustada temiendo que a su padre le haya pasado algo.

—Mamá, cálmate —le pide susurrando, pegando el cuerpo a la ventana como si así lograse más silencio—, no te entiendo si no dejas de llorar.

Su madre lo intenta y por unos segundos detiene el llanto, pero en cuanto la primera

palabra le sale de la boca, vuelve a atragantarse y a tartamudear cosas que Violeta no entiende.

—Mamá, por favor, intenta coger aire y respirar despacio. Bébete un vaso de agua, pero cálmate porque no entiendo nada de lo que dices.

De nuevo vuelve el silencio, ahora escucha cómo su madre se suena la nariz con fuerza y trastea con algo en lo que supone que es la cocina de su casa.

—¿Hay alguien más contigo, mamá? —pregunta con la esperanza de que otra persona pueda contarle lo que pasa.

—No.

—¿Papá está bien? —pregunta Violeta aterrada cuando su madre parece más serena.

—Perfectamente.

El tono duro que utiliza su madre para responder la sorprende, pero no dice nada, solo siente alivio.

—Vale, ¿y tú? ¿Estás bien?

—No, claro que no, tu padre se ha ido —escupe su madre.

Al hablar parece otra, ahora ya no llora, solo siente rabia, una rabia infinita.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Ha ido a comprar suministros? —trata de entender su hija.

—No, no ha ido a comprar nada. Se ha ido, Violeta, se ha ido con otra.

A Violeta se le taponan los oídos de sopetón y las cejas se le arquean solas. Intenta procesar la información que su madre acaba de proporcionarle, de imaginarse la situación, pero le resulta imposible.

—¿Qué quieres decir? —pregunta como una tonta.

—Pues eso, Violeta, que se ha marchado con otra mujer.

Violeta necesita sentarse para procesar la impactante noticia. Camina con torpeza hacia su silla y se sienta apoyando los codos en las rodillas mientras se aprieta el puente de la nariz.

—Eso no puede ser, mamá.

—¡¿Que no puede?! —vocifera su progenitora en un arrebato de histeria.

El grito de indignación de su madre la hace apartar el teléfono de la oreja, asustada. Teresa la mira y le pregunta en voz baja si todo va bien. Violeta hace un gesto de negación rotundo con la cabeza, por supuesto que nada va bien.

—Vale, se ha ido —acepta Violeta consternada—. ¿Con quién? ¿A dónde?

—Con Carmen. Una mujer que contratamos hace poco más de un mes, ya la habíamos tenido también en verano y tu padre y ella hicieron buenas migas, pero no sé, yo no vi nada raro.

—¿Quieres decir que te estaba engañando desde el verano? —pregunta Violeta cada vez más impactada.

—Yo qué sé, hija.

Su madre vuelve a romper a llorar, esta vez es un llanto más controlado y doloroso.

—¿Y a dónde han ido, mamá?

—A un pueblo de Almería.

A Violeta se le seca la garganta y su cuerpo se estremece con un incómodo escalofrío. Ve pasar a Hernán, su jefe directo, y se yergue para fingir que habla con algún cliente hasta que lo pierde de vista.

—¿Cómo que a un pueblo de Almería? ¿Y qué hace allí? ¿Ha ido de visita? —pregunta Violeta como una ametralladora, sintiendo que cada vez tiene menos sentido lo que le cuenta su madre.

—No, hija… —contesta Maite en tono lastimero—, se ha ido a vivir allí. Esta mañana ha hecho una maleta y me ha dicho que me dejaba, que se había enamorado de Carmen, y que como no quería ser la comidilla del pueblo, los dos habían decidido irse al pueblo de ella. Por lo visto tiene una casa allí.

—No puede ser que te haga esto —brama Violeta—, es un cerdo. ¿Qué pasa con todos los años que lleváis casados? ¿Y vuestros planes de jubilaros en unos años? ¿Y el horno? ¿Te ha dejado tirada ahora que más trabajo hay?

Violeta está fuera de sí y lanza una pregunta tras otra con la misma urgencia que se agolpan en su cabeza. Su madre no tiene respuesta para ninguna de ellas, su mente, turbada y cansada, solo es capaz de rememorar las palabras de su marido diciéndole que la abandonaba con los ojos anegados en lágrimas. Ha visto la pena y el dolor que le producía dejarla, pero ni siquiera eso ha sido suficiente para detenerlo, Maite ha comprendido enseguida que el amor que siente por Carmen es mucho más fuerte que el cariño que le queda hacia ella, y contra eso no se puede luchar.

—No es un cerdo —balbucea Maite—, solo es un hombre enamorado.

—Ahora no lo defiendas, mamá.

A Violeta le resquebraja el alma notar el dolor con el que habla su madre; ahora mismo desearía estar allí para abrazarla y consolarla, pero las separan quinientos kilómetros y algo más de tres semanas que faltan hasta que ella coja las vacaciones de Navidad.

—Mamá, me pediré unos días personales y me voy contigo. Llamaré a papá y arreglaremos esto, seguro que es un capricho tonto, ya sabes cómo son los hombres.

Cuando se da cuenta de lo que ha dicho, siente tanto asco de sí misma que estaría golpeándose la cabeza contra la pared durante el resto del día. No puede creer que haya salido en defensa de alguien capaz de abandonar a su mujer por otra, por mucho que sea su padre y ella lo adore.

—Olvida eso —dice respirando hondo—, iré a verte, mamá. No pasará nada.

Ahora se siente estúpida, porque sí que pasa, su madre, a sus cincuenta y cuatro años, se ha quedado sola de un día para otro, y encima lo hace al frente de un negocio que requiere toda su atención, que está en pleno rendimiento y en el mes más exigente. ¿Cómo ha podido ser su padre tan desconsiderado en todos los sentidos?

—No hace falta que vengas, Violeta, solo te llamo para desahogarme, tú no te preocupes que me apañaré como pueda. Ahora mismo, cuando vaya, colgaré un cartel de que necesito

ayudantes, ya sabes que siempre se presenta gente en cuanto se corre la voz.

—Gente que no tiene ni idea, que molesta más de lo que ayuda, mamá —lamenta Violeta, que se siente impotente.

—Nadie nace aprendido. Venga, que ya se me ha pasado —dice tratando de mostrarse fuerte.

Violeta la conoce mejor que nadie y sabe que está hundida, que su corazón por dentro está deshecho y que encima tendrá que soportar las preguntas y los comentarios en el pueblo cuando la gente se dé cuenta de la ausencia prolongada de su padre.

Madre e hija se despiden y, cuando Violeta cuelga, tiene que contener las ganas de llorar. Teresa, un poco bruta en maneras y muy divertida a ojos de Violeta, apoya un pie en una de las patas de su mesa y se impulsa hasta que su silla rueda y recorre los tres metros que la separan de la mesa de Violeta.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta con cara de cotilla.

No es que sea de las que le van los chismes, pero cualquiera que no la conociera pensaría que sí. Violeta le resume la situación mientras intenta digerirla.

—¿Si le pido un par de días a Hernán te apañas tú sola?

—Claro, tonta. Adelantaré todo lo que pueda de mi parte y cuando vuelvas te echo una mano con lo tuyo para que nos pongamos al día. Dos días no son nada, el proyecto no se resentirá y la presentación estará lista.

—Gracias, Tere.

Teresa recibe el beso en la mejilla que le da Violeta antes de levantarse y salir disparada hacia el despacho de su jefe. Ella la observa correr y envidia la energía de su compañera, aunque ella a los treinta y dos también era así o incluso puede que más activa, ahora, con cuarenta años y después de dos embarazos, siente que su cuerpo lleva el peso de dos vidas.

Violeta encuentra la puerta entornada y se asoma. Su jefe parece presentir su presencia y deja de mirar fotos en el móvil para saber qué quiere.

—Pasa, Violeta —dice amable.

Ella camina despacio mientras sus ojos se clavan en la horrible corbata morada de topos negros que cuelga de su cuello. Hernán Carro es un hombre de mediana edad que se llevaría a las mujeres de calle si no fuera por el gusto espantoso que tiene para combinar la ropa.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Violeta se sienta frente a él y se frota las manos con nerviosismo cuando se da cuenta de que es la primera vez en todos los años que lleva allí, que entra para pedir unos días personales.

—Verás, Hernán —lo tutea porque así se lo pidió él hace tiempo, cuando gracias a ella y a Teresa, la empresa recibió un proyecto de marketing millonario—, quería pedirte un par de días para ir a visitar a mi madre al pueblo.

—¿Ha pasado algo grave? —pregunta él con fingido interés.

—Bueno, grave no es, pero me necesita.

—¿Se ha muerto alguien?

A Violeta los ojos le dan tres vueltas antes de negar con la cabeza.

—¿Hay alguien enfermo?

Ella niega, desconcertada y sin saber si debe marcharse corriendo del despacho.

—Pues lo lamento mucho, Violeta, pero sabes lo importante que es que entreguemos el proyecto en las fechas acordadas.

—Pero Teresa y yo estamos cumpliendo con cada parte a tiempo…

—Por eso mismo, si te ausentas temo que se rompa esa armonía perfecta y no puedo permitirlo. Lamento lo que sea que pasa con tu madre, Violeta, pero solo tienes que aguantar hasta final de mes, entregamos el proyecto y todos cogemos vacaciones. Si necesitas más tiempo después, no hay problema, pero antes es imposible.

Violeta no insiste. Está demasiado nerviosa y afectada por lo que le ha contado su madre como para arrastrarse delante de semejante insensible.

—Violeta —la llama antes de que llegue a la puerta—. Tus esfuerzos se verán remunerados a partir del año que viene, lo prometo.

Ella asiente y sale pensando que es un hipócrita, esa es la tercera vez que le promete un aumento de sueldo en los últimos dos años y ninguna de las anteriores ha cumplido.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta Teresa en cuanto la ve entrar con cara de disgusto.

—Que no —responde Violeta.

—Será rata. ¿Qué vas a hacer?

—Iré en coche este fin de semana y volveré.

—¿Estás loca? —dice Teresa con los ojos a punto de saltársele de las órbitas como si tuviera dos muelles detrás—. El sábado por la mañana trabajamos y tienes cinco horas de coche.

—Me iré cuando salga de aquí, al menos veré a mi madre un rato por la noche y podré pasar la mañana del domingo con ella. Volveré por la tarde.

—Es una locura, mujer, acabarás reventada.

—Necesito ver a mi madre, que sepa que me tiene. No puedo esperar tres semanas.

Violeta lo ha decidido, se va este fin de semana.

CAPÍTULO 2

La mañana del sábado a Violeta se le hace muy larga. Lo tiene todo preparado en el coche. Ayer por la noche hizo un pequeño macuto, se preparó un termo que esta mañana ha rellenado con café recién hecho, cuyo aroma todavía impregna la cocina, y también ha añadido un paquete de galletas de chocolate por si le entra hambre por el camino.

—¿Estás segura? A mí me parece una locura —dice Teresa a su lado, mientras juguetea nerviosa con un bolígrafo—. Encima bajan las temperaturas y en Huesca va a nevar.

—Ya se lo he dicho a mi madre, ella tampoco está de acuerdo, pero lo he decidido —responde Violeta con determinación.

—¿Tú me has escuchado? Va a nevar, Violeta —insiste su compañera, inclinándose sobre su mesa.

—Ya lo he visto, he mirado el parte meteorológico y es poca cosa, he lidiado con nevadas peores. Además, con suerte ya habré llegado cuando empiece y solo son unos copos esta noche —contesta mientras organiza unos papeles sobre su mesa.

—Tú sabrás lo que haces —suspira Teresa.

Teresa pone los ojos en blanco y resopla. Violeta se está comiendo una ensalada mientras se extinguen los últimos minutos hasta la hora de marcharse. El tenedor pincha distraídamente trozos de lechuga y tomate, pero su mente ya está en la carretera. De repente se atraganta y tose hasta ponerse roja ante la mirada atónita de Teresa, que le ofrece un vaso de agua de la fuente que tiene a sus espaldas.

—No —rechaza Violeta con la voz todavía rasposa y las mejillas ardiendo por el esfuerzo —. Anoche llené el coche de gasóleo para no tener que parar en todo el camino, si bebo agua me entrará pis.

—Estás loca, ¿lo sabías? —pregunta Teresa antes de beberse ella el vaso de agua, negando con la cabeza.

Cuando el reloj marca las dos en punto, Violeta apaga el ordenador, coge su bolso y su abrigo y le da un abrazo a Teresa para despedirse.

—Llámame cuando llegues —exige su compañera, apretando el abrazo.

—Te envío un mensaje —contesta Violeta perdiéndose por el pasillo.

Ya en el coche, sabe que tiene casi cinco horas de trayecto. A ella no le parece tanto, ha hecho viajes mucho más largos y, además, le gusta conducir. El familiar ronroneo del motor la

relaja mientras sale de Madrid. Si todo va bien, llegará a casa de su madre sobre las siete de la tarde. Se dará una ducha y tendrán tiempo de charlar un par de horas antes de cenar. Después pasará toda la mañana del domingo con ella y se volverá a Madrid después de comer. No entiende por qué Teresa pone el grito en el cielo ni por qué su madre le ha insistido en que no hacía falta.

Mientras conduce con la radio puesta con el mínimo volumen, va pensando en la situación. Anoche, llevada por la rabia, estuvo a punto de llamar a su padre y ponerlo en su sitio, pero se contuvo porque, en realidad, está tan frustrada con lo que ha pasado que ni siquiera sabe qué decirle. Prefiere esperar a hablar con su madre y tener más detalles sobre lo sucedido antes de tener una conversación con él.

Cuando ya lleva más de la mitad del recorrido y se ha comido tres galletas, comienza a lloviznar y Violeta reduce la marcha con precaución. El tráfico se vuelve algo más espeso, pero tampoco nada serio y el navegador indica que solo llegará veinte minutos más tarde de lo previsto. A Violeta no le importa, está cómoda y no se siente cansada, pero cuando le queda media hora para llegar a Huesca capital, la fina lluvia se convierte en copos de nieve que conforme avanza, se van haciendo grandes y más espesos.

El tráfico se ralentiza todavía más. La nieve no está cuajando en la carretera todavía, pero Violeta, que ha visto muchas nevadas, sabe que si sigue nevando con esta intensidad, pronto comenzará a hacerlo y eso se convertirá en un problema. Mira el navegador, esta vez algo más inquieta, y comprueba que le quedan quince minutos para llegar a la ciudad de Huesca. Si sigue nevando así, cuando llegue a la capital, buscará un hotel y se quedará a pasar la noche, porque seguir hasta Alquézar en esas condiciones y por la carretera de curvas que lleva hasta su pueblo sabe que es una locura.

Recuerda las palabras de Teresa y se la imagina reprochándole su idiotez cuando se entere de que sus planes se han truncado. Violeta respira aliviada cuando entra en la ciudad de Huesca, no solo porque se siente a salvo, sino porque está iluminada y ya no le cuesta tanto ver como hace unos minutos, cuando los limpiaparabrisas no daban abasto para barrer copos de nieve y tenía la sensación de que las luces de su coche cada vez iluminaban menos.

A pesar de haberse criado muy cerca de allí, Violeta no conoce mucho la ciudad de Huesca, por lo que deja que el navegador la lleve al centro y busca aparcamiento en cuanto ve el cartel de un hostal cuya entrada parece bastante decente.

Los copos de nieve crujen cuando los pisa mientras se dirige hacia la entrada. Violeta tiene la sensación de que ahora la nieve cae con menos fuerza y por un momento duda si debe volver al coche y reanudar la marcha, pero entonces piensa en que podría quedarse atrapada y tener que pasar la noche en el interior de su vehículo, y una repentina sensación de ahogo al imaginarlo la hace caminar hasta que cruza la puerta del hostal y se dirige al mostrador.

—¿Le queda alguna habitación? —pregunta notando las mejillas heladas.

Un hombre de rasgos afilados y una edad indefinible para Violeta, se gira con una sonrisa

tranquila y asiente.

—Claro, ¿solo esta noche?

—Sí, voy a Alquézar, pero con esta nieve no me atrevo.

Violeta supone que es el gesto amable del hombre lo que le ha hecho contarle sus intenciones.

—Hace bien, no creo que pase de esto, pero es mejor no arriesgarse con el coche, y menos por la noche. Ya verá como por la mañana no queda más que el rastro de la nieve en la orilla de la carretera. Las nevadas gordas todavía están por llegar —dice el hombre mientras le toma los datos.

—Eso espero —dice Violeta.

—Ya verá como sí, habitación ciento doce, primera planta.

Le entrega las llaves y le señala el ascensor justo delante. Violeta se despide del hombre y decide subir por la escalera cuyos escalones de madera crujen a cada paso. Una vez en su habitación, pequeña pero acogedora y con una cama doble, deja sus cosas y llama a su madre para explicarle la situación.

—Si ya te dije que no tenías que venir, Violeta, ahora solo me falta que te pase algo —dice angustiada.

—Que no me pasará nada, mamá. Ya estoy en el hostal, me quedo aquí y mañana cuando amanezca me pongo en marcha.

—Está bien, hija, pero ni se te ocurra venir si no mejora el tiempo.

Cuando se despiden y Violeta cuelga, mira la hora y se da cuenta de que no son ni las nueve de la noche. No tiene nada de sueño y tampoco es que quiera cenar galletas de chocolate, así que se da una ducha que la ayuda a entrar en calor, y vuelve a la recepción para preguntarle al amable señor por algún sitio donde pueda cenar una hamburguesa no muy lejos del hostal.

El hombre le da unas indicaciones y Violeta sale al exterior después de enviar un mensaje a Teresa y decirle que ha llegado sin especificar a dónde. Los copos gordos y espesos que caían cuando llegaba, prácticamente han desaparecido y se han vuelto tan dispersos que los coches ni siquiera activan los limpiaparabrisas.

De nuevo se le pasa por la cabeza la idea de volver a la carretera, pero en esta ocasión, piensa en su madre y el disgusto que le daría si le pasa algo, así que sigue caminando hasta que llega a la hamburguesería que le ha recomendado el dueño del hostal.

CAPÍTULO 3

Cuando Violeta entra al barn, se encuentra con que no es exactamente un sitio en el que solo se puede cenar, también se puede tomar algo y pasar el tiempo distraída en una de las dos mesas de billar o el futbolín que hay situados en la parte opuesta donde se encuentran las ocho mesas de las que dispone el local.

Violeta ocupa un sitio libre en la barra, sintiendo el tacto frío del metal bajo sus brazos. Se pide una hamburguesa con patatas que acompaña con un refresco de naranja mientras observa a los que juegan. Ella no es una mujer vergonzosa y ya está valorando dejar una moneda sobre alguna de las mesas de billar para que le permitan jugar una partida contra el ganador de la siguiente.

En la mesa de la izquierda juegan dos chicos, sus risas ocasionales rompen el ambiente concentrado del juego. En la de la derecha una pareja, hombre y mujer. Todos le parecen buenos, quizá demasiado para el nivel que tiene ella, pero, al fin y al cabo, solo quiere jugar una partida para dejar que pase el tiempo. Es demasiado pronto para acostarse y allí no conoce a nadie ni tiene nada que hacer. La soledad no le gusta y como no contaba con este imprevisto, no se ha traído el libro que está leyendo y que reposa sobre la mesita de noche de su habitación.

La mujer, de espaldas a ella e inclinada sobre la mesa preparando el siguiente golpe, ejecuta un movimiento perfecto con el que cuela dos bolas lisas dejando pasmada a Violeta, que mastica con hambre unas patatas sin darse cuenta de que hace rato que solo la mira a ella.

Tras esa pequeña victoria, la mujer se incorpora y se gira con sonrisa satisfecha para poner un poco de tiza en su taco. En ese momento alza la mirada y se encuentra con la de Violeta, que deja de masticar por un instante y la comida que tragaba se le atraganta. Trata de contener la tos, pero le resulta imposible y solo puede ponerse la mano delante de la boca para que los trozos triturados no salgan disparados. Violeta tose hasta que le lloran los ojos y le suda el canalillo.

—¿Está usted bien? —la voz del camarero la hace girarse avergonzada.

Violeta asiente notando que le arde todo el cuerpo y bebe de su refresco hasta que la comida termina de bajar aliviando su garganta.

—Se me ha ido por otro sitio —dice con la voz rasposa, quitándole importancia mientras se limpia discretamente los ojos húmedos.

El hombre asiente con una mueca y sigue atendiendo la barra. Violeta se gira sin pensarlo, creyendo que la mujer ya estará ejecutando otro de sus movimientos perfectos cuando descubre que sigue ahí, con el taco apoyado en el suelo mientras la mira de manera inequívoca. De repente

levanta el pulgar hacia arriba preguntándole si está bien, y Violeta, con una sonrisa espontánea y las mejillas ardiendo, repite su gesto levantando el suyo. En cuanto lo hace, la mujer le dedica una sonrisa que a Violeta le parece encantadora y se da la vuelta para seguir con la partida.

Si antes Violeta la miraba de manera distraída, ahora lo hace de un modo casi descarado. Se fija en su aspecto, teniendo claro de un principio que la mujer es mayor que ella, probablemente pase los cuarenta, aunque no le importa. Lo segundo que le llama la atención es su aspecto, una mezcla entre elegante y descuidado que le otorga una belleza muy particular, propia de las mujeres con un carácter muy marcado y las cosas muy claras. Los vaqueros ceñidos, los botines impolutos, el suave maquillaje y su pelo recogido con elegancia contrastan con la camisa abierta que cubre una camiseta básica. Violeta concluye que no hay nada en ella que no le guste.

Una vez, hablando con Teresa, esta le preguntó su opinión sobre los encuentros esporádicos, o dicho claramente, los polvos de una noche. Violeta respeta y envidia a quienes son capaces de disfrutar del sexo de ese modo, pero para ella es imposible si no hay sentimientos de por medio.

—¿Me vas a decir que nunca te has tirado a nadie y después si te he visto no me acuerdo? —se sorprendió Teresa.

—No —Violeta lo dijo con orgullo, no le importaba reconocerlo. Cada persona es cómo es, y ella no es de las que necesita hacer las cosas solo porque las hacen los demás. No tiene que demostrarse nada.

—¿Ni siquiera lo harías si te encontrases a tu mujer ideal? —preguntó su compañera—. Me refiero a esa persona que todos nos imaginamos como perfecta, ya sabes, y no me digas que tú no tienes tu prototipo de mujer imaginaria.

—Bueno, si me encontrase con una mujer así, es posible que sí —reconoció Violeta para satisfacción de Teresa.

Violeta es muy consciente en ese momento de por qué le ha venido a la cabeza esa conversación con su compañera de trabajo, es simple; la mujer que juega al billar frente a ella, es ese tipo de mujer que ella se imagina como perfecta físicamente aunque a ojos de otras personas probablemente sea del montón. Cuando las miradas de ambas vuelven a cruzarse, tiene claro que la respuesta que le dio a su amiga no fue del todo exacta, ella dijo que era probable, pero la palabra correcta sería un sí como un castillo. Sin duda se acostaría con una mujer así sin la necesidad de mediar una sola palabra.

—Joder —murmura sorprendida de sí misma.

Violeta termina el último bocado de hamburguesa y, movida por un impulso, saca una moneda de su bolso y se levanta para acercarse a la mesa donde juega la mujer. Tanto ella como su rival, la miran cuando enseña la moneda.

—¿Se puede entrar? —pregunta por si es una partida cerrada entre amigos que no quieren ser molestados.

—Por supuesto —contesta la mujer al mismo tiempo que el hombre asiente con una sonrisa.

Con una mueca de agradecimiento, Violeta deja la moneda sobre la madera y se aparta.

—No te vayas muy lejos —le dice el hombre.

Violeta se fija en las bolas que quedan y comprende que la mujer le está dando una paliza y que la siguiente en recibirla va a ser ella. Se dirige hacia la barra, paga lo que ha consumido y vuelve con su bolso y lo que queda de su refresco.

Minutos después, el hombre desaparece y la partida entre las dos comienza.

—¿Eres de aquí? —pregunta la mujer, inclinada sobre la mesa, concentrada mientras apunta.

Ni siquiera se han presentado, Violeta no le ha preguntado su nombre ni le ha dicho el suyo. Algo entre ellas indica que no es necesario, desde que han comenzado a jugar, a moverse y a cruzarse alrededor de la mesa, el ambiente se ha cargado de una electricidad que ambas tienen claro que solo puede descargarse de una única manera.

Violeta tiene la sensación de que es como si hubieran pactado algo sin hablarlo, algo que sucederá en cuanto esa partida termine, y su entrepierna arde solo de pensarlo.

—No, estoy de paso —responde Violeta sin dar más explicaciones.

No considera que sean necesarias, al fin y al cabo, los polvos de una noche son así. Un buen rato juntas y después cada una de vuelta a su vida como si no hubiera pasado nada. Además, no ha mentido, su paso por Huesca solo es fruto del mal tiempo, de no haberse puesto a nevar, ahora estaría en casa de su madre y por un momento se alegra de que esos inoportunos copos de nieve hayan cambiado su rumbo de esa noche.

—¿Y tú?

La mujer golpea la bola blanca con firmeza y cuela una bola lisa. Se incorpora, concentrada, y camina hacia el lado opuesto del billar sin apartar la vista de la bola. Violeta no la aparta de ella.

—Tampoco —responde y se inclina sobre la mesa de nuevo.

Otro golpe perfectamente ejecutado cuela la siguiente bola. Violeta sonríe y la mujer se incorpora y le clava una mirada penetrante que le deja la boca seca.

—Puedo darte un poco de cuerda o las meto todas y nos vamos a mi hostal de una vez.

Violeta no se esperaba que fuera tan directa y cuando abre la boca para contestar, nota que las palabras no le salen. La mujer la mira sin alterar el semblante, y Violeta se pregunta en qué momento ha quedado tan claro que las dos quieren lo mismo.

—¿Y qué tal si te ahorras la exhibición y nos marchamos directamente? —contesta Violeta.

La mujer sonríe satisfecha y deja el taco sobre la mesa. Violeta la imita y las dos se ponen sus abrigos, cogen los bolsos y salen a la calle.

—¿Dónde está tu hostal? —pregunta Violeta.

La mujer se cala el gorro de su abrigo y le hace un gesto para que la siga, Violeta no duda y se coloca a su lado con las manos hundidas en los bolsillos y el corazón encabritado.

CAPÍTULO 4

Violeta abre los ojos con el corazón acelerado. Sabe que son las siete de la mañana porque cuando llegó al hostal se puso una alarma en el móvil para no levantarse tarde. Estira la mano y lo apaga sin notar ningún tipo de movimiento a su lado. Se queda quieta unos segundos más, por si la oye respirar, hasta que se da cuenta de que esa respiración acelerada que no deja de escuchar, le pertenece solo a ella. Finalmente, decide estirar el brazo hacia el lado izquierdo de la cama, está vacío y frío, su acompañante hace rato que se ha marchado, tal vez horas, no tiene ni idea.

Se queda inmóvil mientras la luz del amanecer se filtra por la ventana. De repente, un latigazo de placer le atraviesa el cuerpo cortándole la respiración. Violeta recuerda cada instante desde que salieron del bar donde se conocieron. La casualidad hizo que ambas estuvieran registradas en el mismo hostal y, cuando llegaron, Violeta le dijo, sorprendida, que ella también tenía su habitación allí.

—¿Prefieres ir a la tuya? —preguntó la mujer girándose hacia ella.

La luz amarillenta del pasillo iluminaba sus rasgos, creando un juego de luces y sombras que la hacía parecer casi etérea.

Violeta se encogió de hombros, sintiendo el pulso acelerado retumbándole en los oídos. Las dos comenzaron a subir por las escaleras de madera con las prisas de dos adolescentes, haciendo crujir los escalones como si fueran a partirse. No tiene muy claro en qué momento entraron ni cuando perdieron toda la ropa, pero sí recuerda ese instante en el que cayeron encima de la cama entre besos ansiosos. Violeta nunca se había comportado de ese modo, desatada, entregada con una desinhibición desconocida. Ahora piensa en todo lo que hizo y lo que se dejó hacer y se le escapa una sonrisa tímida que hace arder su cuerpo por completo. Quizá su comportamiento se debiera al hecho de saber que no se iban a ver más, que lo que pasase en esa habitación, sería algo a lo que no tendría que enfrentarse al día siguiente, como mucho una mirada de despedida y poco más.

—Madre mía —sonríe desbordada de excitación entre las sábanas.

Violeta recuerda ese momento en el que se colocó entre las piernas de la mujer desconocida, el aroma dulzón de su sexo se convirtió en una especie de narcótico del que no podía desprenderse. Nunca un olor así la había excitado tanto ni le había provocado tal necesidad de beber. Violeta hundió la boca en su sexo, que chorreaba empapando su cara, los propios muslos de la mujer y las sábanas, enloqueciendo a Violeta, que no podía parar de chupar y beber

de ella. Y a la mujer debía encantarle cómo lo hacía, porque encadenó hasta tres orgasmos seguidos.

Enciende la luz y se incorpora sobresaltada. Mira hacia el lado vacío de la cama y aparta las sábanas con la tentación de hundir la cara en ellas para aspirar ese aroma por última vez. Violeta sacude la cabeza y sale de la cama metiéndose directamente en el baño. Cuando está bajo los chorros de la ducha, no puede dejar de sonreír, no se arrepiente en absoluto de lo sucedido, aunque sigue pensando que ella necesita sentimientos de por medio para hacer algo como lo que hizo ayer. Lo de esa mujer es un caso puntual que sabe que no se va a repetir, una anécdota, algo que sin duda disfrutó como una posesa, pero duda mucho que encuentre a más como ella. Es muy difícil encontrar a una persona que cumpla con todos esos rasgos físicos que pueden gustarte y atraerte, por lo que dar con dos le resulta impensable.

Después de desayunar algo rápido en el bar del hostal, Violeta se despide del hostelero y sale a la calle. Como él le dijo, de la nieve del día anterior, ya no queda ni rastro.

Cuando le queda poco para llegar a Alquézar, Violeta decide llamar a Teresa, no solo porque se siente un poco mal por no haberle contado la verdad, sino porque necesita contarle a alguien lo que le pasó ayer.

—Si es que te lo dije, pero como tú nunca me haces caso —bufa su amiga cuando Violeta le dice que la nieve la obligó a quedarse a pasar la noche en Huesca.

—Tampoco fue para tanto, pero por precaución prefería parar.

—Podría haberte pasado algo, Violeta.

—En realidad sí que me pasó, y no fue malo precisamente —el tono de voz de Violeta ha cambiado, es una mezcla entre enigmático y divertido.

—¿Qué te pasó? —pregunta Teresa con su tono más cotilla.

Violeta decide no andarse con rodeos, está a punto de llegar y necesita soltarlo y compartirlo con su amiga, que sabe que se alegrará por ella.

—Conocí a una mujer cuando salí a cenar y acabamos en mi habitación.

Al otro lado de la línea se hace un silencio hueco que hace sonreír a Violeta, divertida, imaginando la cara de desconcierto de Teresa en ese instante.

—¿En tu habitación? Quieres decir que…

—Que me acosté con ella —completa Violeta satisfecha y orgullosa.

Tiene que apretar las piernas al decirlo, porque cada vez que lo recuerda se excita sin poder evitarlo, y eso le gusta.

—¿En serio? ¿Tú? Violeta, la que necesita estar enamorada para poder tener relaciones.

—Exacto, yo misma —responde sonriente mientras toma el desvío que la lleva al pueblo de su madre.

—No me lo puedo creer —aplaude Teresa sentada en el sofá de su casa—. Cuéntame ahora mismo cómo fue, qué te dijo para seducirte de ese modo.

—Eso es lo mejor —dice Violeta—, no necesitó decirme nada. Fue todo un cruce de

miradas, me atrajo mucho, bueno, nos atrajimos —le aclara.

—¿No te dijo nada?

—No, solo me preguntó si era de allí, yo le dije que no, y después solo cruzamos unas pocas frases para decidir a dónde íbamos. Fue todo muy intenso —Violeta vuelve a excitarse y nota la boca seca.

—¿Y cómo se llama la única mujer capaz de conseguir semejante acto desmadrado por tu parte?

—Ni idea —Violeta se ríe y Teresa se lleva una mano a la frente mientras estira los labios —, y tampoco me importa. Disfruté el momento y no me arrepiento.

—Pues bien hecho, chica, de vez en cuando hay que echar una cana al aire.

—Bueno, no creo que esto vuelva a pasar, Teresa. Es que esa mujer era justo como yo me imagino a mi mujer ideal, ¿sabes? Pero bueno, solo vi la parte física, seguro que su carácter es incompatible con el mío, aunque tampoco voy a descubrirlo. Te dejo, que ya llego a casa de mi madre.

—Está bien, disfruta del poco tiempo que tienes con ella y ten cuidado al volver.

Violeta cuelga el teléfono mientras llega a la conclusión de que el encuentro con esa mujer, es justo lo que necesitaba para terminar de sacudirse de encima la sombra de Marina. Ahora tiene claro que lo suyo con ella está muerto de manera definitiva y que tiene que hablar con ella para dejárselo claro y que deje de llamarla de una vez.

Cuando Violeta abraza a su madre, esta se derrumba y llora desconsolada en los brazos de su hija con una mezcla de alegría por su visita y esa pena que la inunda desde que su marido se ha marchado. Violeta deja que se desahogue y la consuela hasta que poco a poco se calma y las dos pueden sentarse un rato en la cocina para charlar.

—¿Has desayunado? Ayer traje unos dulces de esos que tanto te gustan —su madre coloca una bandeja cubierta con un trapo sobre la mesa.

A Violeta la boca se le hace agua con el olor. Aunque ha desayunado, vuelve a tener apetito y no puede negarse a comerse esos pastelitos que tanto le gustan junto a otro café con leche. Mientras lo saborea, su madre le explica que el horno lo ha abierto el encargado, pero Violeta sabe que no estará tranquila hasta pasarse por allí y ver que todo está controlado, y más un domingo, que aquello se pone a rebosar de gente.

—¿Por qué no me cuentas cómo estás mientras damos un paseo de camino al horno? —propone cuando termina su segundo desayuno.

—¿Al horno? No —se horroriza Maite—, déjate, que para las pocas horas que te voy a tener aquí, no las vamos a perder allí.

—Venga, mamá. Hace mucho que no voy y me hace ilusión, así de paso compruebas que todo está en orden.

—¿Segura?

—Claro.

Por el camino, Maite le explica a su hija con detalle lo que pasó ese día en el que su padre le dijo que la abandonaba. Violeta la escucha con la mitad de su atención puesta en ella y la otra pensando en que debería llamar a su padre y cantarle las cuarenta, pero lo cierto es que sigue sin saber qué decirle. Su padre ha tomado una decisión sin contar con ellas, se ha marchado a sabiendas de las consecuencias, por lo que entiende que está muy seguro de lo que ha hecho.

—Suerte que tengo el horno, con tanto trabajo casi no puedo pensar en nada —sigue relatando su madre.

—¿Quién se encarga ahora de las compras y de hacer viajes a Huesca para llevar los encargos semanales? —pregunta Violeta.

Algunos de los productos del horno de sus padres tienen tanta fama, que los elaboran por encargo para vender también en panaderías de Huesca. Su padre era el que se encargaba de hacer un viaje un día por semana para repartir los encargos y también de comprar algunos productos aprovechando el desplazamiento.

—La semana pasada fue el hijo de Antonio, el encargado, para hacerme el favor, pero el hombre no puede, aquí tiene mucho trabajo. Esta semana voy a tener que pagar un servicio de transporte especial que se llevará gran parte de los beneficios.

—Has de contratar a alguien, mamá.

—Lo sé, lo sé, estoy en ello. Tú no te preocupes, que el viernes ya empecé a correr la voz y no te creas, el sábado ya vino gente interesada, pero no eran más que críos del pueblo que quieren sacarse unos duros en estas fiestas, y yo tengo que pensar a largo plazo.

—Bueno, mamá, pero hasta que lo encuentres podrías contratar a uno de esos chavales.

—Ni hablar, Violeta —se niega Maite—, ahora mismo es contraproducente. Pierdo demasiado tiempo en enseñarlos y para cuando los tenga apañados, se me marchan.

En eso su hija tiene que darle la razón.

—Si mi jefe me diera vacaciones antes —se lamenta.

—Tú, tranquila, seguro que encuentro a alguien enseguida.

Cuando entran en el horno a Violeta le entra una nostalgia que ya no recordaba. Miles de recuerdos de su infancia vuelven a su memoria y de repente siente que está volviendo atrás en el tiempo. El lugar conserva ese ambiente acogedor que ella recuerda, con el calor reconfortante emanando de los hornos y el aroma a pan recién hecho impregnando cada rincón.

Saluda a Antonio con un efusivo abrazo y después sale a la zona de venta, donde un matrimonio al que Violeta conoce de toda la vida, despacha a los clientes sin parar.

—Hombre, Violeta —la saluda ella haciendo que su marido se gire.

Violeta los saluda con la mano y como si nunca hubiera olvidado las tardes de su adolescencia que pasó ayudando a sus padres, se lava las manos y empieza a despachar gente mientras su madre da órdenes como un sargento en la trastienda. Así pasan casi dos horas sin que se entere, hasta que Maite la coge de un brazo y tira de ella.

—Venga, vámonos a comer, Antonio se encarga del cierre.

—¿Segura? No me importa que sigamos.

Maite sonríe mirando a su hija sorprendida. Todavía recuerda las broncas que tenían y ese odio que Violeta parecía sentir hacia el trabajo que podía heredar de sus progenitores. Supone que el cambio de actitud se debe a que solo ha pasado allí unas horas y, a que en el fondo, todo aquello le trae buenos recuerdos.

Madre e hija comen un guiso que Maite dejó preparado el día antes. Violeta sigue lamentando no poder quedarse más tiempo, pero su madre le asegura que está bien, que pueden hablar por teléfono y que para las vacaciones de Navidad apenas quedan un par de semanas.

—Estoy bien, cariño, de verdad. Solo necesito asimilarlo. Fue un golpe duro y estar sola hace que las paredes se me caigan encima, pero me acostumbraré.

Violeta siente una rabia desconocida hacia su padre y se alegra de que se haya marchado lejos, así no tiene la tentación de ir a buscarlo para decirle lo que piensa.

Se despide de su madre con la tranquilidad de encontrarla mucho más entera de lo que esperaba, ahora solo debe dejar que los días pasen y no agobiarse, pronto volverá al pueblo y podrá ayudarla en esos días de fiesta en los que más trabajo tienen durante todo el año. Después, simplemente tendrá que conformarse con llamarla y escaparse algún fin de semana, pero para entonces, espera que su madre esté mejor.

CAPÍTULO 5

Ya han pasado varios días desde su vuelta y ese jueves día siete de diciembre, Violeta no se centra. Están en pleno puente de la Constitución y, aunque ya había acordado con su jefe trabajarlo desde hace más de un mes para que el proyecto estuviera a tiempo, la rabia de no poder pasar esos días de puente con su madre, la tiene con la mente en otra parte, muy lejos de la reunión a la que asiste. Habla cada día con Maite y sabe que, desde el martes, tiene una ayudante nueva. Una mujer llamada Olga que acaba de trasladarse al pueblo, concretamente a la casa de sus vecinos que lleva mucho tiempo vacía tras la muerte de ella y el ingreso de él en una residencia. Al parecer el hombre falleció hace poco y Olga es una de las sobrinas que ha heredado la casa.

—Estoy encantada, Violeta —le dijo su madre precisamente ayer por la noche, con un tono que denotaba cierta alegría que hacía días que no escuchaba en ella—, es muy trabajadora y cumplidora. Y la clientela está muy contenta con ella.

—Eso es genial, mamá.

—Pues sí, hija, además, como somos vecinas y ella no conoce a nadie aquí, se queda conmigo hasta que cierro, ya ves tú, que salgo a las tantas. Y después nos vamos juntas a casa dando un paseo.

Violeta sonreía con gratitud, porque al parecer no solo había encontrado una empleada, su madre también estaba haciendo migas con esa tal Olga a pesar de que la mujer es mucho más joven que su madre.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó Violeta, mientras pasaba los dedos por el borde de la tapa de un libro.

—Cuarenta y dos, y no tiene hijos, así que su disponibilidad es absoluta. Y lo mejor de todo es que ella también está encantada con el trabajo, al parecer necesita el dinero, así que nos ayudamos mutuamente.

—Me alegro, mamá. Me quedo más tranquila, aunque me gustaría estar ahí —sintiendo un nudo en la garganta.

—Ya falta menos, Violeta. Tú no te preocupes, que en nada estás aquí y ya verás, haré que vuelvas a Madrid con dos kilos de regalo. Te prepararé todos tus platos favoritos.

Violeta se miró la tripa y comenzó a reír. Tendría que compensar esos dos kilos con muchas horas de gimnasio, pero no le importaba, no pensaba decir que no a esos manjares. Su madre se quedó en silencio de repente y Violeta se dio cuenta de que estaba pensando en su

padre. Esos silencios eran bastante asiduos, y eso es lo que tanto le preocupa ahora.

Escucha la voz de su jefe con más nitidez que antes, y no es hasta que él chasquea los dedos ante ella cuando Violeta se da cuenta de que le está preguntando directamente.

—¿Y bien, Violeta? ¿Qué opinas sobre la propuesta del cliente? —la voz de Hernán suena irritada.

Sale del paso como puede ante la cara de susto de Teresa, murmurando algo sobre revisar los anuncios otra vez, y después se vuelve a quedar absorta, esta vez pensando en su padre, de quien tiene una llamada perdida que no se atreve a devolver.

Violeta no sabe cómo hablarle ni cómo reaccionará cuando escuche su voz. Pasados los días y la sorpresa inicial, puede entender que se haya enamorado de otra persona, esas cosas pasan, lo que no entiende y no es capaz de perdonarle, es la manera que ha tenido de hacer las cosas, todo tan abrupto. No solo ha dejado a su madre con el corazón roto, también la ha dejado sola al frente de un negocio exigente y en pleno rendimiento.

—Violeta, a mi despacho —dice Hernán Carro cuando salen de la reunión.

Teresa la mira y le desea suerte en voz baja. Violeta entra detrás de su jefe y toma asiento frente a él con desgana.

—¿Se puede saber qué te pasa? Has estado dispersa toda la reunión —protesta molesto mientras deja su teléfono sobre la mesa.

—No es cierto, tengo claros todos los puntos.

—¿Me llamas mentiroso?

Violeta se calla. No quiere entrar en una discusión donde tiene todas las de perder, además, él tiene razón. En ese momento comienza a vibrarle el teléfono, Violeta sabe que no debe, pero desde que pasó lo de sus padres, siempre está muy pendiente por si a su madre le da un bajón y necesita hablar. Lo saca con rapidez y cuando ve el nombre de Marina en la pantalla, suelta un resoplido, rechaza la llamada y vuelve a guardarlo.

—Lo siento, pensaba que era mi madre.

Su jefe la mira contrariado.

—Mira, Violeta, todos tenemos problemas en nuestra vida privada, pero hay que saber dejarlos en casa.

Sus palabras le sientan a Violeta como una patada en el centro del estómago. Cada vez lo soporta menos y ya no solo desea las vacaciones para pasar los días con su madre, las desea porque necesita desconectarse de ese trabajo y sobre todo perder de vista a ese jefe insoportable y prepotente.

—Por supuesto, no volverá a pasar —dice sin mirarlo y se levanta.

Violeta sale del despacho notando de nuevo la vibración de su teléfono, esta vez es un mensaje, de nuevo de Marina, en el que le dice que solo quiere tomarse un café con ella.

—Vaya cara traes —dice Teresa cuando vuelve a su mesa—. ¿Te ha echado mucha bronca?

—Nada, lo de siempre, la que me cabrea es Marina, que sigue insistiendo.

A Teresa le suena el teléfono en ese momento y mientras ella atiende la llamada, Violeta piensa en Marina y en su insistencia. No puede volver con una mujer como ella, la dejó precisamente porque era muy controladora y además muy dependiente de Violeta. Siempre le echaba en cara que se sentía sola, que pasaban poco tiempo juntas y que la tenía desatendida. Cuanto más tiempo pasaba, más se acrecentaban todas esas quejas y más exigente se volvía Marina.

Nada de lo que Violeta hacía para contentarla parecía ser suficiente, hasta que se dio cuenta de que empezaba a hacer las cosas por obligación, para que Marina no se quejara y no porque a ella le apetecieran. Ahora Marina le dice que ha cambiado, y en ocasiones, cuando se siente sola, Violeta duda, pero en el fondo está segura de que eso es imposible, su exnovia es controladora y posesiva, y eso no es una mala costumbre adquirida, es un rasgo de la personalidad.

—Deberías hablar con ella y dejarle las cosas bien claritas —dice Teresa cuando cuelga—, porque esto ya roza el acoso.

Violeta se ríe de repente, su amiga le parece un poco exagerada.

—Es que me da mucha pereza quedar con ella y tener que explicarle algo que es obvio, que no le conteste las llamadas ni los mensajes, me parece que ya es un mensaje muy claro por sí solo.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver, Violeta —dice su compañera.

Violeta se repantiga en la silla y pone el cursor sobre el calendario para desplegarlo, después cuenta los días que le quedan para coger vacaciones. Dos semanas y un día para ser exactos, después dispondrá de algo más de quince días para estar en el pueblo y relajarse. Solo espera volver con las pilas recargadas y la mente despejada para soportar el trabajo hasta las siguientes vacaciones.

CAPÍTULO 6

Han pasado dos semanas exactas y Violeta está nerviosa. Ya tiene las maletas preparadas y mañana, a esta misma hora cuando salga del trabajo, en lugar de irse a comer con Teresa como acaba de hacer ahora, se subirá en su coche y se comerá un bocadillo mientras conduce de camino al pueblo con su madre. El sol de mediodía se filtra por los ventanales del restaurante, proyectando sombras alargadas sobre el mantel blanco.

—Podrías disimular un poco las ganas que tienes de perder todo esto de vista —dice Teresa después de dar un buen trago de agua y secarse los labios con la servilleta, mientras observa la expresión ausente de su amiga.

Violeta sonríe y sigue masticando, jugueteando de manera distraída con los restos de comida de su plato.

—Tu madre estará encantada con tu llegada, ¿cómo está?

—Mucho mejor, contratar a esa tal Olga ha sido lo mejor que le ha podido pasar. Se han hecho bastante amigas y mi madre ha encontrado mucha distracción con ella. Menos mal, porque me agobiaba mucho la idea de que estuviera tan sola.

—¿No tiene amigas? —pregunta Teresa extrañada, inclinándose sobre la mesa con interés.

—Sí, claro, pero todas son amigas de ella y de mi padre que lo único que hacen es meter baza en lugar de escucharla. Olga la acompaña a dar paseos cuando pueden, la ayuda con el horno incluso cuando no le toca y la escucha sin meter mierda.

—A ver si va a ser una psicópata que quiere matarla para quedarse con su dinero.

Violeta la mira espantada, dejando caer el tenedor, que resuena contra el plato.

—No digas chorradas.

—No sé, tanta atención desinteresada, no me digas que no es un poco raro.

—Solo es una mujer agradecida, y al parecer muy sola según me ha dicho mi madre. Es nueva en el pueblo y no conoce a nadie, y necesita el trabajo para vivir, igual que tú y yo.

—Vale, vale —dice Teresa levantando las manos en señal de rendición.

—La verdad es que estoy deseando conocerla para poder agradecerle lo que hace por mi madre —dice Violeta clavando una mirada intensa sobre su compañera de trabajo.

—Tienes razón, la verdad es que la gente de pueblo es muy distinta a la de ciudad. Aquí te pueden ver agonizando en plena calle y ni se inmutan. En fin, cambiando de tema, ¿vas a hacer parada en Huesca?

La cara de su amiga se transforma en una mueca traviesa que desboca el corazón de

Violeta en cuanto comprende el doble sentido de su pregunta.

—No seas cerda. No, claro que no.

—¿Por qué? Si yo fuera tú, volvería a ese bar solo por curiosidad, no te cuesta nada pasar por allí. Imagínate que está esa mujer misteriosa y podéis repetir esa noche apoteósica de la que tanto hablas.

Violeta se sonroja hasta que la cara le arde.

—Yo no hablo tanto de esa noche.

Teresa arquea las cejas y carraspea. A Violeta ya le arden hasta las orejas.

—Vale, tal vez un poco —reconoce entre risas.

Si es sincera consigo misma, piensa en esa noche a diario. No ha olvidado a esa mujer y mucho menos todo lo que hizo con ella. En su mente está muy presente ese deseo enfermizo que despertaba en ella con cada roce y la facilidad con la que el placer se expandía por su cuerpo una y otra vez hasta dejarla exhausta. Violeta está segura de que ese tipo de conexión o de química en la cama solo puede tenerse con una persona, y aquella mujer fue la suya. Está convencida de que no se encontrará con nadie más capaz de despertar en ella una pasión parecida, pero tampoco le importa, la vida se compone de experiencias de todo tipo, unas mejores y otras peores, y ahora sabe que en cuanto al sexo, ella, con apenas treinta y dos años, ya ha tenido la suerte de experimentar la más placentera.

—Un poco, dice —se ríe Teresa—. Por cierto, ¿has hablado ya con Marina?

A Violeta le cambia el semblante. A finales de la semana pasada, cuando Marina volvió a llamarla, decidió que quedaría con ella y zanjaría el asunto de una vez. Al menos así se lo hizo saber a Teresa, pero lo cierto es que, como siempre, ha ido dejando pasar los días, posponiendo algo que sabe que es inevitable.

—No, todavía no.

—Joder, Violeta, te vas a ir de vacaciones y te va a estar dando el coñazo, ¿eso es lo que quieres?

—No, claro que no. Es que como parece que va espaciando un poco más las llamadas, no sé, tal vez se esté dando cuenta.

—Si tú lo dices.

Las dos amigas terminan de comer y, como si los astros se hubiesen alineado y Marina hubiera escuchado la conversación entre ambas, la casualidad hace que cuando las dos están saliendo por la puerta, se topen de frente con ella.

—Marina —dice Violeta sorprendida.

—Hola, Violeta. Teresa…

Teresa es la que rompe el momento incómodo entre ambas saludando a Marina con dos besos.

—¿Vienes a comer? —le pregunta a Marina por pura cortesía.

—No, en realidad solo pasaba por aquí, pero ya que estoy —dice mirando a Violeta—.

¿Tienes tiempo para un café? Te prometo que no te entretendré mucho.

Violeta mira a Teresa con cierta incomodidad, pero sabe que debe enfrentarse a este momento y no va a tener una oportunidad mejor que esta.

—Está bien.

—Pues os dejo, chicas —se despide Teresa dejándolas a solas.

El ambiente en la cafetería se vuelve denso cuando Marina toma asiento frente a Violeta. El murmullo de las conversaciones ajenas parece amplificar el silencio incómodo que las envuelve.

—Es difícil hablar contigo —dice Marina forzando una sonrisa amable.

—Hemos roto, Marina —contesta Violeta—, y en nuestro caso me parece que seguir manteniendo contacto no es bueno para ninguna.

—Es que yo no quiero mantener contacto, Violeta, lo que quiero es que volvamos a intentarlo. Escucha —Marina extiende una mano por encima de la mesa para intentar coger la de Violeta, pero ella la aparta y esconde ambas sobre su regazo—, sé que quizá te agobié un poco, pero he cambiado, te lo juro, intento demostrártelo, pero tú no me dejas.

—La cuestión es que siempre es culpa mía —resopla Violeta—. No has cambiado en absoluto, Marina, sigues siendo igual de controladora que antes, y tu insistencia en que volvamos no es más que otra forma de agobiarme incluso ahora que no estamos juntas. Rompí la relación y tú te niegas a aceptarlo porque no es lo que tú quieres, y ese es el problema, que siempre se han hecho las cosas como tú has querido.

Ante la cara de estupefacción de Marina, Violeta se calla y decide que tampoco es necesario seguir echándole cosas en cara. Ella ha tomado una decisión y Marina simplemente tiene que respetarla. En medio de ese silencio incómodo para ambas, a la mente de Violeta vuelve la imagen de la mujer misteriosa del hostal, haciendo que se pregunte por qué con Marina no puede ser todo igual de fácil que con ella. Buen sexo, unas risas y después cada una a lo suyo.

—Me parece que eres un poco injusta y que te estás precipitando con la decisión —dice Marina volviendo a la carga.

—Mira, mis padres tienen problemas —dice Violeta de repente sin tener muy claro por qué le está explicando eso—. Mañana me voy de vacaciones al pueblo y no descarto quedarme allí de nuevo y trabajar en el horno con mi madre.

A Marina la boca se le abre hasta formar una circunferencia y Violeta, asombrada por lo que acaba de decir, se pregunta hasta qué punto lo dice para quitarse a Marina de encima sin necesidad de ser muy borde o si realmente en algún punto recóndito de su cerebro, esa idea en la que alguna vez ha pensado cuando se agobia en el trabajo, empieza a tener cada vez más opciones de convertirse en algo real. Quizá ha llegado el momento de dejar la vida estresante de Madrid para los madrileños.

—¿Tú en el pueblo? —pregunta Marina como si le resultase imposible de imaginar—, pero si eres la mujer más urbanita que conozco.

Violeta se ofende.

—Está claro que me conoces poco si piensas así.

—Quizá es porque en todo el tiempo que hemos salido juntas no me has llevado a conocer a tus padres ni una sola vez.

—Mira, Marina, me parece que ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar y seguir estirando esta conversación solo servirá para que nos digamos cosas de las que luego nos podemos arrepentir.

Violeta se levanta dejando su café intacto.

—Te deseo lo mejor, pero no me llames más. Tú y yo no vamos a volver nunca. Sigue con tu vida, por favor.

Marina la mira sin decir una palabra y después vuelve la vista hacia su taza ignorando su presencia. Violeta sale del restaurante con mal cuerpo, pero con la certeza de que ha dejado cerrado el capítulo con Marina. El aire fresco de la calle le golpea la cara, trayéndole una sensación de libertad que hacía tiempo no experimentaba.

CAPÍTULO 7

Cuando Violeta abre los ojos siente una paz que hacía tiempo que no experimentaba. Está en la que fue su habitación cuando todavía vivía con sus padres. Por suerte, su madre no es de esas que lo ha conservado todo tal y como ella lo dejó. Ha acondicionado la habitación como una de invitados, dejando por supuesto gran parte del armario solo para ella, y ha puesto una cama grande donde ahora duerme despatarrada sin escuchar el sonido del tráfico incesante de Madrid.

Llegó ayer casi entrando la noche después de un viaje muy tranquilo. Apenas tuvo tiempo de nada, deshizo las maletas, se dio una ducha y, mientras hablaba un poco con su madre, llegó la hora de la cena.

Violeta mira el reloj cuando escucha ruido en la cocina. Son las ocho de la mañana y frunce el ceño porque sabe que su madre se va muy temprano al horno y a esa hora no debería estar ahí. Se viste rápido, se recoge el pelo en una cola y sale de la habitación directa a la cocina.

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Te encuentras mal? —pregunta al encontrarla dentro.

Maite se gira muy resuelta después de dejar una pequeña bandeja sobre la mesa que contiene cruasanes, magdalenas y galletas recién horneadas. Violeta comprende de inmediato que se encuentra perfectamente.

—Para nada, me he escapado para traerte el desayuno —dice feliz de tenerla con ella.

—Mamá… No hacía falta.

—Claro que sí, además, así camino un poco, que no me viene mal. Venga, ya que te has levantado, siéntate, que sirvo café y desayuno contigo.

Madre e hija se sientan frente a frente y Violeta coge una galleta con virutas de chocolate que casi se le deshace en la boca.

—Dios mío —dice sin dejar de comer—, ya no me acordaba de lo buenas que estaban.

Su madre se ríe y le acerca la bandeja para que coja otra, pero esta vez Violeta se decanta por un cruasán que moja en su café con leche.

—Qué manera de matar el sabor —se queja su madre.

Violeta se ríe, sabe que su madre no soporta que haga esas cosas.

—Cuando acabemos me voy contigo, que hoy estaréis hasta arriba.

—Pues ahora todavía es pronto —dice Maite consultando la hora—, pero a partir de las nueve, no te voy a negar que iremos de cabeza.

—Entonces decidido, y así me presentas a Olga, que tengo muchas ganas de conocerla.

—Yo también tengo muchas ganas de presentártela, estoy segura de que haréis buenas

migas, aunque esta mañana no podrá ser porque le he dado fiesta. Le traen unos materiales para hacer algunas reformas y si no está en casa, ya me dirás tú quién los recoge.

—Vaya —dice Violeta decepcionada.

Lleva tantos días escuchando hablar tanto y tan bien de la vecina de su madre, que conocerla se había convertido en algo prioritario para ella.

—No te preocupes, le he hablado mucho de ti y ella también tiene ganas de conocerte, así que nos ha invitado a tomar café en su casa esta tarde. Será la primera vez que voy desde que vive aquí al lado.

—¿No has visitado nunca su casa? —se sorprende Violeta.

—Ni ella la mía, si apenas hemos tenido tiempo.

—Creía que quedabais mucho —duda su hija.

—Sí, sí, pero solemos dar un paseo si hace bueno o nos tomamos un café en algún bar del pueblo.

Cuando se levantan dispuestas a marcharse, Violeta repara en un pequeño fajo de cartas apiladas sobre el mueble del salón.

—Son de tu padre. Llegan aquí y no sé qué hacer con ellas. No tengo una dirección a la que enviarlas y no sé, tirarlas tampoco me parece correcto.

La voz de su madre se ha apagado y las dos se quedan en silencio observando el bulto sobre el mueble.

—No es cosa tuya, mamá, es él quien tiene que preocuparse.

—Ya lo sé, pero siempre ha sido muy despistado para estas cosas, seguro que todavía no ha cambiado la dirección —los ojos de Maite siguen clavados en las cartas mientras habla, Violeta las coge y las mete en su bolso.

—Está bien, yo me ocupo. Lo llamaré y le diré que cambie de dirección o las tiro —zanja dirigiéndose a la puerta.

Maite la mira compungida, cada vez que intenta preguntarle a Violeta cómo se siente con lo que ha sucedido, su hija cambia de tema o responde con evasivas. Sabe que está afectada, porque, aunque Violeta no viva con ella, es como si también la hubiera abandonado, y no encontrar la manera de saber cómo le afecta a su hija, le duele casi más que la marcha de su marido.

Las dos mujeres pasan la mañana trabajando y a Violeta las horas le vuelan sin que se dé cuenta. Conoce a mucha gente y se entretiene saludando a todas las señoras que le dicen lo contentas que están de verla por allí. Ella se desenvuelve con soltura detrás del mostrador y, aunque en algunos momentos llega a estresarle que la gente se amontone y las tres personas a las que ayuda y ella misma no den abasto, disfruta como nunca y cuando llega la hora de marcharse, incluso se sorprende.

—¿Ya? Pero si todavía hay que limpiar y recoger.

—Hoy se ocupa Antonio del cierre, yo quiero pasar tiempo contigo.

Su madre la arrastra fuera del horno ante la mirada divertida del encargado, que le dice que no se preocupe, que tendrá tiempo de ayudarlo más días. Las dos comen en un restaurante de comida casera donde Maite tiene reservada mesa y, cuando terminan, callejean dando un largo paseo por el pueblo hasta que terminan frente a la casa de Olga.

Maite abre la verja de fuera y las dos acceden al pequeño patio delantero. Violeta se fija en que está bastante descuidado y su madre le explica que es una de las cosas que Olga tiene pendientes de arreglar. En cuanto Maite llama al timbre, se escucha una voz desde el interior que suena lejana invitándolas a que entren.

—En la cocina —escuchan en cuanto acceden a la casa.

Violeta percibe un agradable aroma a café recién hecho mezclado con un toque de canela y vainilla que, junto con la buena temperatura de la casa y la luz cálida que se filtra por las ventanas, la convierten de inmediato en un hogar acogedor, pero ella siente cierta inquietud, algo la perturba desde que ha escuchado a la anfitriona y no es capaz de definir lo que es hasta que entra en la cocina siguiendo a su madre y, cuando Olga se da la vuelta y sus ojos se clavan en ella, Violeta nota que se le seca la boca al reconocer a la mujer desconocida con la que se acostó en aquel hostal de Huesca. El tiempo parece detenerse mientras los recuerdos de aquella noche inundan su mente como una avalancha. Las dos se miran, incapaces de decir nada. Olga estaba a punto de abrir un armario y se ha quedado congelada en el tiempo. La cabeza le está hirviendo y se pregunta cómo es posible que con todas las veces que Maite le ha hablado de su hija, no le haya mostrado ninguna foto. Las cosas no cambiarían, pero al menos, no la habría pillado por sorpresa.

—¿Qué te pasa, Olga? ¿Estás bien? —se interesa Maite acercándose a su vecina.

Olga boquea un par de veces hasta que consigue recomponerse y reaccionar.

—Sí, perdona, es que estaba echando unas cuentas mentales.

Se dan dos besos y Maite se gira hacia su hija arrastrando a su amiga de la mano.

—Te presento a Violeta. Ella es Olga.

Las dos se quedan frente a frente durante una fracción de segundo en la que si la tensión del ambiente pudiera visualizarse, Maite sufriría un colapso.

—Es un placer —reacciona Violeta estampándole dos besos en la mejilla.

Está turbada y no sabe si hace lo correcto, pero ante la falta de comunicación de Olga, decide fingir que no se conocen.

—Lo mismo digo —responde Olga—, tu madre me ha hablado mucho de ti.

Le clava una mirada intensa que a Violeta le dificulta mucho respirar con normalidad.

—Espero que bien —dice intentando mantener el tipo.

Olga sonríe de aquel modo encantador que sedujo a Violeta en una fracción de segundo, haciendo que aquella atracción que sintió hacia ella aparezca y la golpee como una ola traicionera que te pilla de espaldas y te sacude todo el cuerpo hasta hundirte bajo el agua.

Ninguna de las dos tiene muy claro cómo debe actuar, pero en una conversación muda en la que se miran unos segundos, comprenden que Violeta ha hecho lo correcto y que, al menos por ahora, lo mejor es que Maite no sepa nada de su encuentro de aquella noche.

Las tres se sientan a tomar el café, y es la propia Maite, ajena a la turbación de sus acompañantes, la que inicia la conversación preguntando a Olga cómo le ha ido la mañana con los de los materiales. Olga contesta como si fuera un robot, relatando los detalles mientras se esfuerza por apartar la mirada de Violeta, que está tan nerviosa que no sabe dónde meterse.

—¿Tienes lavabo?

—Por suerte, sí —responde Olga con una mueca sonriente.

—Es que vaya cosas preguntas, hija —dice Maite apurada.

Violeta se levanta sin decir nada y sigue las instrucciones que le ha dado Olga. Cuando llega al baño, se encierra y pega la espalda en la puerta tratando de que sus pulsaciones se normalicen. Las manos le tiemblan ligeramente mientras se echa agua fría en la cara. Desde que ha visto a Olga casi no puede pensar con claridad, el pulso le retumba en los oídos y siente un nudo en el estómago. Ya no se trata solo de todo lo que recuerda de aquella noche, es que a la luz del día, con ese aire despreocupado y esa sonrisa que parece iluminar toda la casa, le resulta incluso más atractiva.

—Qué putada —dice masticando cada letra mientras mira hacia el techo.

CAPÍTULO 8

—¿Qué te pasa? Te noto rara —pregunta Maite a su hija en cuanto vuelven a su casa mientras cuelga las llaves en el pequeño gancho junto a la puerta.

—¿Qué? —responde a su vez Violeta, tratando de ganar tiempo.

—¿Es que no te ha caído bien Olga?

Violeta se gira hacia su madre con cara de susto, como si lo que acaba de decirle fuese algo completamente imposible. ¿Cómo no va a caerle bien Olga con lo mucho que le gusta?

—No, quiero decir, que sí, claro que me cae bien —balbucea, notando cómo le arden las mejillas.

—¿Entonces por qué te has comportado así durante todo el rato? —su madre se deshace del abrigo y la mira con incertidumbre.

—¿Comportarme cómo?

—No sé, hija, como si tuvieras ganas de salir corriendo desde que has entrado.

—Eso no es verdad —balbucea, notando cómo le arden las mejillas.

—Pues es lo que parecía —dice Maite un poco disgustada.

—¿En serio? Lo siento, mamá, de verdad que no pretendía eso, es que me duele la cabeza. Mañana me disculparé con Olga si la he ofendido.

—No te preocupes, si ella también estaba un poco rara.

Violeta no sabe hacia dónde mirar, el corazón le da un vuelco al escuchar que Olga también parecía afectada.

—¿Quieres decir que no estás exagerando? Yo no he notado nada.

—Tú qué ibas a notar. Anda ven, te daré un analgésico a ver si se te pasa el dolor de cabeza.

—No, mejor me voy a dar una vuelta por el pueblo. Solo necesito un poco de aire fresco —dice, sintiendo que las paredes de la casa se le vienen encima.

En realidad, lo único que quiere Violeta es salir corriendo, necesita alejarse de su madre y estar sola para pensar en lo que acaba de pasar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, hace mucho que no recorro estas calles yo sola y me apetece hacerlo. Volveré antes de la cena, lo prometo.

Violeta no se ha quitado el abrigo, así que besa a su madre y vuelve a salir a la calle. En cuanto pone un pie fuera, lo primero que hace es girarse hacia la casa de su vecina preguntándose

si estará cerca de alguna ventana y la estará viendo.

—Madre mía —dice sofocada, y echa a caminar calle abajo.

No toma un rumbo fijo, pero sus pasos son acelerados, como si huyera de algo o de alguien, hasta que sin darse cuenta, llega a la parte alta de las Pasarelas del río Vero y se sienta en un muro, dejando que su vista se pierda en la negrura del paisaje.

De manera mecánica, saca su teléfono y llama a Teresa. Los tonos hasta que escucha su voz al otro lado se le hacen interminables.

—Menos mal —dice apurada cuando Teresa la saluda.

—¿Menos mal? ¿Qué pasa? —se preocupa su amiga ante su tono de voz.

—Tengo un problema muy serio, Tere, uno de los gordos —dice consciente de lo dramática que suena.

—¿Qué problema? ¿Le ha pasado algo a tu madre?

—No, no, ella está bien, pero yo…

—¿Tú? Joder, Violeta, ¿qué ha pasado? —se desespera Teresa, muerta de curiosidad.

—Olga, la vecina de mi madre.

—No me lo digas, al final tenía yo razón y es una interesada —tantea su amiga.

—No, es mucho peor que eso.

—¿Ah, sí? —se sorprende Teresa, cada vez más intrigada.

—Olga es la mujer del hostal.

A los siguientes segundos les sigue un silencio sepulcral en el que Violeta mira la pantalla del teléfono por si la llamada se ha cortado.

—¿Cómo has dicho? —pregunta Teresa con los ojos abiertos de par en par.

—Pues eso, Olga, la vecina de mi madre —a Violeta le entra un cosquilleo en los labios cuando pronuncia su nombre que la deja inmóvil.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Teresa a duras penas puede contener la risa.

—A mí no me hace gracia, ¿sabes la cara que se me ha quedado cuando la he visto? Por poco me da un pasmo.

—¿Y ella qué ha dicho?

Teresa no puede contener su emoción, pagaría lo que fuera por haber presenciado el momento.

—Nada, ¿qué iba a decir? Hemos fingido que no nos conocíamos, no iba a decirle a mi madre que nos habíamos acostado. Joder, Teresa, no sé qué hacer —dice agobiada.

—No te entiendo, ¿a qué te refieres?

—¿Cómo que a qué me refiero? Voy a estar aquí más de dos semanas y la voy a ver cada día, Tere. No podré fingir que no ha pasado nada si cuando la veo me tiemblan hasta las pestañas.

—¿Te tiemblan las pestañas? Eso no me lo has dicho —la chincha con malicia.

—Pues es mucho peor —confiesa Violeta—. Estábamos en su cocina, mi madre no dejaba

de hablar y yo no podía dejar de recordar aquella noche. Joder, me he puesto malísima.

—Deseando repetir —deduce su amiga.

—Joder, claro. No sabes lo guapa que es, y su risa, su manera de gesticular cuando habla, es tan elegante y a la vez tan campechana.

La risa de Teresa hace que Violeta corte su retahíla de halagos hacia Olga.

—Pues sí que vas a tener un problema como no te controles.

—¿Y qué hago?

—A ver, tienes dos opciones; o sigues fingiendo que no ha pasado nada y te comportas, o hablas con ella y le dices lo que te pasa cuando la tienes delante.

—¿Quieres que le diga que me pone cachonda? —a Violeta la voz le sale más alta de lo que le hubiera gustado, provocando que algunas personas que paseaban por delante de ella se giren con curiosidad para mirarla.

—¿Es que no es verdad?

—Sí, claro, pero no se lo voy a decir.

—Pues no sé qué más decirte, Violeta, pero algo tendrás que hacer, porque si esa mujer te pone como te pone, lo vas a pasar muy mal si tienes que estar con ella cada día. Yo se lo diría, quizá ella no se sienta como tú y cuando te diga que entre vosotras no va a pasar nada, se te baje el calentón de golpe.

—¿Y por qué no va a querer que pase nada?

Violeta se da cuenta de inmediato de cuanto le fastidiaría eso, pero enseguida comprende también lo inadecuado que sería tener una aventura con la amiga de su madre. Todo serían complicaciones, y si algo sale mal, podría acabar salpicando la relación que hay entre ellas, y no puede hacerle eso a su madre.

—Mira, Violeta, yo no sé lo que quiere esa mujer, pero a la hija de su jefa babeando como una cría a su lado, seguro que no.

—Tienes razón, pero no necesito decirle nada, simplemente comportarme los días que esté aquí. No puedo poner en peligro su relación con mi madre, después yo me marcharé y ellas se quedarán aquí con el problema.

—Eso también es cierto, y tu madre no está para más disgustos —concluye su amiga.

—Pues no se hable más, me daré una ducha de agua fría cada día si es necesario, pero Olga no se dará ni cuenta. Seguiré fingiendo que no ha pasado nada, es lo mejor para todas.

—Está bien. Si te agobias llámame y despotricamos sobre el gilipollas de Hernán, eso seguro que te alivia.

Las dos compañeras se ríen y cuando cuelgan, Violeta todavía se queda un rato sentada en solitario en ese muro, pensativa, recordando aquella noche mientras piensa angustiada que tan solo las separa un muro. El viento frío de la noche le acaricia el rostro, pero ni siquiera eso consigue calmar el ardor que siente por dentro cada vez que piensa en Olga.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, Violeta llega al horno a las nueve en punto, tal y como lo acordó anoche con su madre. Entra por la puerta trasera, saluda a Antonio y a otro chico del que no recuerda el nombre y después, a su madre.

—¿Has dormido bien? — le pregunta esta mientras organiza una bandeja de magdalenas recién salidas del horno.

—Sí —contesta su hija con una verdad a medias, evitando la mirada inquisitiva de su madre. Ha descansado, pero le costó mucho conciliar el sueño pensando en su vecina.

—Ve a la tienda, anda, que siendo hoy Nochebuena, vamos a estar hasta arriba de gente recogiendo encargos y haciendo compras de última hora. Ya sabes cómo es esto, todo el mundo espera al último momento.

Violeta traga saliva y cruza la puerta que la lleva al otro lado. Allí se encuentra con las dos dependientas habituales con las que ya coincidió ayer, y también con Olga, que le dedica una mirada fugaz mientras despacha a una clienta con soltura. Violeta no puede evitar quedarse absorta mirándola, descubriendo que además de esa belleza que la tiene encandilada, también le gusta su forma de moverse, su manera de hablar y dirigirse a las clientas, su amabilidad, y también esa sonrisa corta, pero franca que dedica a cada una de las personas con las que se encuentra.

—¿Te ocupas tú, Violeta?

Una de las dependientas le señala a un hombre que espera frente a ella. Violeta reacciona carraspeando y enseguida sonríe y le pregunta qué necesita. Olga la observa de reojo, nerviosa, notando la inquietud de Violeta y la suya propia. No estaba preparada para eso, ni para gestionar el nerviosismo que le provoca.

Durante la siguiente media hora, las cuatro mujeres despachan a la clientela sin descanso mientras Violeta se pregunta desde cuándo hay tanta gente en el pueblo. Todas se mueven de un lado a otro por detrás del mostrador, todas lo hacen con soltura menos ella, que es la que va más perdida porque todavía no sabe dónde están todas las cosas.

Tanto Olga como ella tratan de evitarse, hasta que una clienta le pide a Violeta unas pastas que están justo donde despacha Olga.

—¿Aquellas de allí? —se asegura Violeta notando como su cuerpo entra en combustión.

—Sí, sí, las de chocolate por fuera.

—¿Cuántas quiere?

—Dos.

Violeta recorre el mostrador con forma de ele hasta llegar donde se encuentra Olga, situándose a su lado y carraspeando para llamar su atención. Olga se gira y el vello se le eriza como si hubiera electricidad estática a su alrededor.

—¿Qué pasa? —pregunta mirando a Violeta de soslayo.

—Necesito coger dos de esas.

Violeta las señala con un gesto de cabeza y la respiración contenida. Olga se hace a un lado, pero tampoco puede apartarse mucho porque está cogiendo cruasanes de otra bandeja justo al lado, por lo que sus cuerpos se rozan y a Violeta le entra un tembleque en las manos que le impide coger las pastas con las pinzas.

—Joder —dice cuando se le cae la primera vez.

Las dos se miran un instante y Olga se muerde los labios para no reírse. Violeta, irritada, le da un leve empujón con el culo que hace que Olga trastabille y tenga que apoyarse con la mano sobre el mostrador para no caerse. Le echa una mirada furibunda, pero se desvanece de su rostro enseguida cuando sus ojos se pierden por las formas del cuerpo de Violeta sin que pueda evitarlo.

—Acaba ya —exige nerviosa y a Violeta se le vuelve a caer la pasta.

El señor al que atiende Olga, mayor y sin nada mejor que hacer, las mira divertido y se gira hacia su mujer, que coge botellas de zumo de la nevera. Al ver que no le hace caso, se regocija y vuelve la mirada hacia las dos dependientas, que no parecen ser capaces de compartir espacio.

—Déjame a mí —dice Olga, que le quita las pinzas y coge la pasta que le falta para que se marche cuanto antes.

Violeta se marcha enfurruñada y cada vez más nerviosa. La cercanía de Olga no ha hecho más que acrecentar ese deseo que siente por ella y su mente comienza a trabajar en bucle, repitiéndose a sí misma que no va a ser capaz de soportar esos días. Del mismo modo que ayer las horas le pasaban volando, hoy se le hacen insoportablemente largas porque se siente incapaz de respirar el mismo aire que ella sin poder compartir aquellos besos o las caricias que tanto placer le provocaron.

De nuevo, y sin saber en qué momento pasa, vuelve a quedarse absorta, con la caja de un pedido en las manos mientras la clienta espera a que se la entregue con el billete en la mano. La misma dependienta de antes es la que le llama la atención para que reaccione.

—Perdón, aquí tiene.

Cuando Violeta se gira después de cobrarle, se encuentra de frente con Olga, que la coge del brazo y tira de ella hacia la trastienda, una pequeña habitación que al fondo tiene una puerta donde hay un baño.

—Tienes que dejar de comportarte así —le dice Olga con la voz contenida en cuanto las dos están a solas en la pequeña habitación.

—¿Comportarme cómo? —pregunta mirando hacia la puerta como si necesitase salir

corriendo.

—Como si fueras tonta, Violeta. Deja de mirarme como un caramelo, joder, que al final tu madre se dará cuenta.

Violeta nota como el rubor le sube hasta las mejillas haciendo que le ardan.

—¿Y si no puedo evitarlo?

—Sí que puedes, te concentras y lo haces, ya está.

—Claro, qué fácil —se queja ella.

—Es que no veo dónde está el problema.

—El problema está en que me pones mucho, Olga, y contra eso no puedo hacer nada —confiesa Violeta sin cortarse.

Olga, sintiendo una ola de calor subirle por el cuerpo, se gira hacia la puerta de inmediato, alertada por si entra alguien.

—Joder, Violeta. Tú también me pones, pero no me paso la mañana desnudándote con la mirada.

Su confesión deja las piernas de Violeta como un postre de gelatina.

—¿Y cómo lo haces?

—Yo qué sé —se irrita Olga—, autocontrol, supongo. Mira —dice y se pega más a ella para susurrarle—. Entre tú y yo no puede pasar nada más, Violeta. No es solo que necesito este trabajo y no me puedo arriesgar a perderlo, es que también aprecio mucho a tu madre y valoro su amistad. No quiero poner todo eso en juego por un calentón, ¿de acuerdo? Vas a estar aquí unos días y después volverás a Madrid, ¿crees que es posible que las dos finjamos que simplemente nos llevamos bien y ya está?

—¿Cómo si nos hubiéramos caído bien?

—Sí, exacto. Tu madre no necesita saber lo que pasó en Huesca, y al fin y al cabo, tú y yo realmente no nos conocemos de nada que vaya más allá de…

Olga se calla cuando piensa en aquella habitación y todo lo que sucedió dentro.

—Joder… —dice con cierta turbación—. Da igual, si nos ve hablar solo pensará que nos hemos caído en gracia y estará contenta de que nos llevemos bien. Solo tenemos que soportar esto unos días, después te vas y se acaba esta tensión.

Violeta no sabe si siente alivio al saber que Olga también la desea o decepción porque no esté dispuesta a explorar un poco esa atracción enfermiza que ambas empiezan a sentir una por la otra.

—Está bien. Yo tampoco quiero perjudicar a mi madre.

—Perfecto, pues estamos de acuerdo.

Violeta de repente se nota más tranquila, al menos lo han hablado y ya no se siente tan perdida. Ahora está segura de que solo tiene que centrarse en tratar a Olga como lo que es, una amiga de su madre que también puede llegar a serlo de ella si consigue trazar una línea y dejar aparcado ese episodio cada vez que estén juntas.

—Pues si ya lo tenemos todo claro —dice Violeta con una sonrisa, dispuesta a volver detrás del mostrador.

—Hay algo más —dice Olga dejándola clavada en el sitio.

—¿Qué?

—Tu madre me ha invitado a cenar esta noche en vuestra casa, te lo digo porque tengo la impresión de que no te ha dicho nada.

Violeta la mira con la boca medio abierta y menea la cabeza de lado a lado.

—No, no me lo ha dicho —balbucea desconcertada.

Intenta buscar en su cabeza esa conversación, tal vez su madre sí que le mencionó que había invitado a su vecina a cenar con ellas en Nochebuena, de hecho, si lo piensa, le parece lo más lógico sabiendo que se llevan tan bien y que Olga está sola, pero por más que lo piensa, no lo recuerda.

—Si crees que es demasiado puedo inventarme una excusa y le digo a tu madre que no puedo, hemos de intentar que esto sea fácil para todas —dice Olga.

—No, no le digas nada. Mi madre te aprecia mucho y se llevaría un disgusto, y después de lo mal que lo ha pasado con lo de mi padre, no le voy a negar eso.

—Precisamente porque me preocupo por ella, Violeta, peor lo pasará si percibe que tú estás incómoda —dice Olga muy seria.

—Yo estaré bien, en serio. Si tú también lo estás, claro.

Olga le sonríe como toda respuesta, y la sacudida que Violeta siente en el centro del pecho la deja tan desconcertada, que necesita unos segundos para serenarse antes de salir de la habitación.

CAPÍTULO 10

Por ser el día que es, el horno cierra a las dos en punto de cara al público y a las cuatro para todos los que trabajan en él. Por si Violeta no hubiera tenido suficiente despachando y después limpiando y recogiendo junto a Olga, cuando salen, su madre la espera como hace habitualmente y las tres hacen el camino de regreso a casa juntas.

Violeta decide mantenerse en un segundo plano, saca su teléfono móvil y, haciendo ver que contesta algunos mensajes, se queda algo rezagada dejando que las dos mujeres vayan al frente. Olga la va mirando de reojo de vez en cuando, la situación la hace sentir muy incómoda porque en ningún momento pretende quitarle el protagonismo con su madre, pero tampoco sabe cómo apartarse del medio sin que eso llame la atención de Maite.

—Los jóvenes y los móviles —dice Maite de sopetón, descubriendo a Olga observando a su hija.

A Olga le sube un calor extraño por el cuerpo y el corazón le da un acelerón que por poco se le sale por la boca. Se frota las manos enguantadas, intentando disimular su nerviosismo.

—Bueno, tú también eres bastante joven, qué digo —se corrige Maite—, aunque no te veo mucho con ese trasto.

—No soy muy de teléfonos —dice para salir del paso.

—Violeta tampoco, aunque bueno, la verdad es que no lo sé, la veo tan poco que ya no sé cuáles son sus aficiones, ¿sabes? —dice melancólica.

—Maite, tal vez sería mejor que estos días te deje sola con tu hija, apenas la ves y deberías aprovechar el tiempo con ella.

Olga vuelve a echar una mirada rápida hacia atrás, asegurándose de que Violeta no la escucha.

—No digas sandeces, mujer. A Violeta le caes bien, y ya tengo yo mis ratos a solas con ella, tú también necesitas distraerte, que en este pueblo se aburre mucho una si no conoce a nadie.

Maite se cuelga de su brazo y sigue caminando sin esperar más respuesta por su parte. Al cabo de unos minutos, Violeta se les une colocándose al otro lado de su madre, en silencio, aunque no se le hace incómodo porque ninguna habla y, a pesar del frío, el resto del paseo resulta agradable.

—Bueno —dice Maite cuando llegan a su puerta—, descansa y haz lo que tengas que hacer y cuando a ti te apetezca, ya te vienes para casa —le dice a Olga.

—Está bien, pero recuerda no hacer mucha comida que yo llevaré un pastel de carne —dice la vecina.

Violeta las mira a ambas en silencio, de repente se imagina a Olga en la cocina preparando el guiso y descubre que no le importaría estar allí con ella, ayudándola mientras se beben una copa de vino y hacen otras cosas. El pensamiento le provoca un estremecimiento y se gira para abrir la puerta de la cancela.

—Sí, sí, me acuerdo —dice Maite.

Las mujeres se despiden y por fin Violeta puede entrar en su casa y dejar de sentir esa opresión en el pecho que le produce la presencia de Olga.

—No sabía que la habías invitado a cenar —dice en cuanto entran.

Maite se gira hacia ella y la mira con espanto.

—¿No te lo dije?

Violeta niega.

—¿Te molesta que venga? —pregunta su madre cada vez más nerviosa ante la expresión extraña de su hija—, porque si es así le digo que se suspende la cena.

—No digas chorradas, mamá. No me molesta en absoluto.

—¿Y por qué tienes esa cara?

—¿Qué cara?

—No sé, estás un poco rara —repite igual que el día anterior.

—No estoy rara, es solo que hacía mucho que no me quedaba a dormir aquí y estoy un poco desubicada, extraño mi cama y mis cosas, pero en un par de días se me pasa, no te preocupes —miente su hija—. ¿Qué vamos a cenar? Además del pastel de carne…

Violeta desvía el tema y la expresión de su madre enseguida pasa de la preocupación al alivio inmediato.

—He comprado gambas para hacer al horno y con eso, el pastel y un buen aperitivo, yo creo que es suficiente para las tres. Y el postre, por supuesto.

Maite abre la nevera y le muestra un pastel de queso con frambuesa con una pinta deliciosa.

—Ya lo creo —dice Violeta salivando.

—Ahora ni tocarlo. Venga, lávate las manos y ayúdame a preparar la comida.

Maite mete una bandeja de canelones en el horno y, mientras ella prepara una ensalada, Violeta corta unas rebanadas de pan.

—¿De verdad que no te importa que haya invitado a Olga? —vuelve a insistir su madre—, está sola y me parece lo correcto.

—Que no me importa, mamá —contesta Violeta—. ¿Cómo es que se ha venido a vivir aquí? —pregunta cada vez más interesada por la vida de su vecina.

—Creo que ya te dije que heredó la casa —su madre comienza a hablar de manera distraída mientras corta los tomates—. De esto no digas ni pío delante de ella, si te lo quiere contar algún

día, que te lo cuente, de lo contrario, tú no sabes nada.

—No diré nada —asegura Violeta cada vez más intrigada.

—Olga se divorció de su marido hace un par de años. Un divorcio normal, tampoco es que tenga problemas con él, pero tenían un piso a medias que no había manera de vender, y la hipoteca había que pagarla, lo típico. El caso es que ni estando alquilado les llegaba para cubrir los gastos y la pobre iba asfixiada porque también tenía que pagar el que había alquilado para vivir.

—¿Y por qué no se quedó en el suyo?

—Porque la hipoteca era muy alta para hacerse cargo ella sola. Si ya digo yo que comprar a medias es lo peor que hay, no lo hagas nunca, hija —dice su madre de repente.

Violeta no se sorprende de ese hecho, porque la casa en la que vive su madre es suya propia, heredada de sus padres, y al menos en ese aspecto, no tendrá que preocuparse cuando se divorcie de su padre.

—En fin, que justo lo vendieron hace muy poquito y coincidió con la herencia de esta casa, creo que te lo dije.

—Sí, algo me comentaste.

—Pues Olga estaba cansada de todo, había llegado a ese momento de la vida en el que una necesita cortar con todo y empezar de cero en otra parte, y como nada la ataba en su pueblo, llegó a un acuerdo con su hermana, le compró su parte de la casa y se ha venido aquí. Es una valiente, lo decidió todo en cuestión de días, yo no sé si sería capaz, supongo que son cosas de la juventud.

—Bueno, tampoco es tan joven —comenta Violeta.

Su madre le clava la mirada y se ríe con muchas ganas.

—Eso lo dices ahora, que en plena treintena los de cuarenta ya te parecen mayores, pero cuando llegues a su edad, ya verás cómo piensas de otra manera.

Maite no puede dejar de reírse y su hija la mira divertida. Sabe que su madre tiene razón, además, ella no considera a Olga mayor, solo madura, pero no sabe cómo hablar de ella delante de su madre sin delatar esa atracción que siente por su vecina y amiga.

—Yo no la considero mayor, es solo que…

Violeta se calla, no sabe qué decir y es mejor no meter la pata.

—¿Sabes que además de los hombres también le gustan las mujeres?

A Violeta se le escurre la panera entre las manos de la impresión, por suerte no llega muy lejos y cae sobre la mesa. Nota una corriente recorrerle todo el cuerpo y mira a su madre tratando de actuar con normalidad.

—¿Te lo ha contado ella?

—Claro, tonta —su madre vuelve a reírse de la actitud de su hija, mientras coloca distraídamente unos mechones de pelo detrás de su oreja—. ¿Quién quieres que me lo cuente?

—Bueno, no sé, es que es raro.

—Raro, ¿por qué? Somos amigas.

—Y ¿cómo fue decírtelo?

Violeta nota un cosquilleo en las yemas de los dedos, algo que nunca le había sucedido y se empieza a preguntar si será que la sangre no le llega a todas partes.

—Oye, de esto no le digas nada, ¿eh? —vuelve a pedir su madre.

Su hija sacude la cabeza de manera negativa, con los ojos muy abiertos y el aire retenido en los pulmones. Si su vecina ya le intriga de por sí, conocer este tipo de detalles de su vida la tiene en vilo.

—Una tarde estuvimos de cháchara y nos pasamos un poco con el vino. Yo le conté cómo conocí a tu padre, ella cómo conoció a su marido, y eso me dio pie a preguntarle por qué habían roto. Entonces me explicó que ella hacía mucho tiempo que sentía atracción por las mujeres y que un día, en una cena de trabajo, acabó acostándose con una.

Violeta traga saliva, su madre se ha sentado frente a ella y la mira mientras habla a la espera de que la alarma del horno les indique que su comida está lista.

—Dice que, a pesar de no estar enamorada de aquella mujer, aquella noche sintió cosas que jamás había sentido con su marido.

Su madre baja la voz y se lo explica como si fuera una confidencia.

—Hija, yo no sé lo que hacéis —dice de repente y Violeta nota que le explotan las orejas de la vergüenza que siente—, pero ahí decidió que no quería seguir con su marido y se divorció.

—Al menos fue sincera con él y consigo misma —dice ella intentando que su madre no le pregunte cosas que no está dispuesta a explicar.

—Sí, es una mujer muy sensata, ya la irás conociendo.

—¿Y ahora no está con nadie?

La pregunta sale de su boca sin que pueda contenerla. Violeta baja la mirada hacia la mesa y mueve la panera de sitio como si le importara muy poco la respuesta y hubiera preguntado por pura curiosidad.

—No, qué va, aunque hace unos días me explicó que en Huesca había tenido un lío con una mujer que no se podía quitar de la cabeza.

A Violeta se le seca la boca de tal modo, que siente que la lengua se le ha convertido en un trozo de corcho.

—Yo de verdad que a los jóvenes no os entiendo.

—¿Por qué? —pregunta con la voz temblona.

—Ay, hija, porque sois muy raros. Resulta que conoce a esa chica, tienen un lío y cuando le pregunto que por qué no la llama y vuelve a quedar con ella, coge y me dice que no sabe ni su nombre. ¿Tú te crees que eso es normal? Dime que tú no haces esas cosas, Violeta.

Violeta no contesta porque los oídos le están zumbando hasta convertir las palabras de su madre en un sonido difícil de entender.

—Violeta…

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando? ¿Tú también haces esas cosas? ¿Te lías con una chica sin preguntarle si quiera su nombre?

—No, no —miente sintiéndose mezquina—, yo es lo primero que pregunto.

—Pues para que tú veas lo que puede hacer un calentón de esos. Ahora la pobre no puede localizarla porque no sabe ni el nombre, ni el teléfono, ni nada.

Maite sacude la cabeza de tal modo que Violeta piensa que solo le falta santiguarse. La campana del horno pita y su madre se levanta con ese movimiento ágil tan característico suyo. Violeta se gira y mira hacia la pared que da a la casa de su vecina, consciente de cuánto desearía ahora mismo estar al otro lado de ese muro.

CAPÍTULO 11

Olga tiene listo el pastel de carne desde hace más de hora y media. Ha estado haciendo tiempo en su casa, dando vueltas de un lado para otro intentando demorar su presencia en casa de sus vecinas todo lo posible. Cualquier otro día, ya habría llamado al timbre para salir a pasear con Maite y estaría tomando una copa mientras charlan animadamente, pero ahora es diferente, la presencia de su hija lo ha cambiado todo sacudiendo el mundo de Olga como si la hubieran cogido de los pies y puesto bocabajo con la intención de vaciarle los bolsillos.

Finalmente, y consciente de que, si no se presenta en su casa, a Maite le parecerá extraño, a las siete y media en punto llama al timbre. No sabía qué ponerse, es solo una cena entre amigas, pero es una fecha señalada y para qué negarlo, quiere gustarle a Violeta por mucho que a ella le haya dicho que solo pueden ser amigas. Así que, dentro de la informalidad, ha elegido unos pantalones de color gris oscuro acompañados por un jersey blanco de cuello vuelto y una americana que parece que hayan diseñado para ella. Se ha dejado la melena suelta, nada que no haga otras veces, pero se la ha cepillado con esmero y moldeado ligeramente de tal modo que, podrían ir a cenar a uno de los mejores restaurantes y su elegancia no pasaría desapercibida.

La puerta la abre Violeta, que ha pensado lo mismo que Olga y ha elegido un vestuario parecido, solo que ella se ha hecho un recogido que deja su largo cuello al descubierto, provocando en Olga unas repentinas ganas de pasar la lengua muy despacio, como hizo aquella noche.

—Pasa —dice Violeta manteniéndose tiesa como un palo junto a la puerta.

Olga deja un rastro de perfume que le nubla el juicio y la mantiene anclada a aquella noche que pasaron juntas en Huesca. Ha utilizado el mismo, y Violeta está segura de que lo ha hecho a propósito. Le dedica una mirada exigente y tensa, pero su vecina pasa por su lado con aire altivo y no se detiene hasta que llega a la cocina.

—Qué guapa estás —dice Maite en cuanto la ve.

Olga deja la bandeja con el pastel de carne. Las dos se dan dos besos y Violeta frunce el ceño notando una bola de celos creciéndole en el pecho.

—Tú también —contesta Olga observando el vestido que ha elegido la anfitriona.

—Gracias —sonríe Maite abriendo el armario para sacar las copas—. Quítate la chaqueta, déjala en mi habitación y así no te coge olor a gambas.

—¿Qué puerta es? —pregunta Olga mirando hacia el pasillo.

—Te acompaño —responde Violeta antes de que lo haga su madre.

Olga se vuelve y se la encuentra a sus espaldas. Cuando se miran, la corriente eléctrica atraviesa la estancia como un fogonazo, haciendo que el aire entre ellas se vuelva denso y pesado, y Olga comprende que va a ser una noche muy difícil.

—¿A mí no me das dos besos? —dispara Violeta deteniéndose en cuanto llegan a la puerta de la habitación.

Cuando se gira dispuesta a dejarla pasar hacia el interior, Olga le corta el paso apoyando la mano en la pared.

—Esto no es lo que hemos acordado —dice en voz muy baja, con la mirada fija en los ojos brillantes de Violeta.

—Tampoco que vinieras aquí con esa ropa y ese perfume.

—¿Qué le pasa a mi perfume? —pregunta Olga conteniendo la respiración.

—Lo sabes de sobra, te lo has puesto a propósito. Hueles igual que aquella noche —dice clavando la mirada en sus labios.

Olga nota un calor desbordante subirle por las piernas, obligándola a cerrarlas.

—Tienes razón, y he hecho mal —admite Olga para sorpresa de Violeta—. También ha sido mala idea venir, si yo que se supone que soy la más madura de las dos, no sé controlarme, no puedo esperar que lo hagas tú.

—¿Me llamas inmadura? —se ofende Violeta.

—No te llamo nada, solo digo que esto no va a salir bien.

—¿Por qué no? Esta mañana estabas convencida de que sí —la provoca Violeta con media sonrisa burlona.

Olga se quita la chaqueta y la tira sobre la cama para después alzar la mirada y acercar sus labios al oído izquierdo de Violeta.

—Es muy difícil que salga bien si desde que he cruzado la puerta de tu casa solo puedo pensar en follarte.

Sus palabras caen sobre Violeta con una fuerza demoledora que le deja las piernas temblorosas y el cuerpo deshecho de deseo. Se queda tan impactada, que no le da tiempo de responder nada antes de que Olga la deje allí sola y vuelva a la cocina con su madre, que las espera con tres copas de vino espumoso acompañadas por unos platos con tacos de queso, jamón y patatas.

Cuando Violeta vuelve unos segundos después, no le queda más remedio que sentarse al lado de Olga, que la mira de reojo mientras coge aire y lo suelta lentamente antes de centrarse en Maite y así dejar de pensar en su hija. Violeta hace lo mismo y alza la copa cuando su madre propone un brindis por las tres. Después se hace un silencio incómodo y Maite se queda absorta cuando a Violeta comienza a sonarle el teléfono y la pantalla indica que es su padre el que la está llamando.

Violeta pierde la sonrisa de golpe y se queda parada, de repente se pone tensa y su semblante se ensombrece de un modo tan evidente, que a Olga no le pasa desapercibido.

—¿No lo vas a coger? —pregunta su madre con la voz temblona.

Su hija niega sin apartar la vista del teléfono hasta que deja de sonar.

—¿Creéis que estará bien? —pregunta Maite de repente, refiriéndose a su marido.

Violeta encoge los hombros como si no le importara, aunque hay algo en su expresión que le dice a Olga todo lo contrario.

—Seguro que sí —responde la vecina tratando de que madre e hija vuelvan a la normalidad.

Maite ya le ha hablado un par de veces de su preocupación por Violeta sobre ese asunto, de que no se pronuncia al respecto sobre cómo le afecta lo que ha pasado con su padre, pero Olga, a pesar de la intimidad que compartieron, no tiene confianza con ella para preguntarle.

—Son las primeras Navidades que pasamos separados —sigue diciendo Maite con tristeza.

—No te preocupes —Olga se levanta y rodea la mesa situándose a su lado—, seguro que está perfectamente y solo llama a Violeta para felicitarle las fiestas.

Olga le da un beso a Maite en la mejilla y mira de soslayo a Violeta, que ha clavado la mirada en la mesa.

—Deberías cogerle el teléfono, Violeta, es tu padre —dice Maite muy seria.

Violeta la mira sin decir nada, y después de beber media copa de vino de un trago, se levanta y se va en dirección a la puerta.

—Violeta, ¿qué haces? —pregunta Maite nerviosa, pero como toda respuesta, obtiene el portazo que su hija da cuando sale.

Maite, agobiada, se levanta dispuesta a seguirla, pero Olga la detiene.

—No dejes que tu marido te fastidie también esta noche con tu hija, Maite —le dice su vecina y Maite se deja caer en la silla derrotada.

—¿Y ahora qué hago?

—Nada. Ya salgo yo, solo necesita despejarse un poco, le haré compañía un rato y entramos enseguida.

—Está bien, gracias, Olga. Iré poniendo las gambas en el horno.

Olga sale abriendo la puerta con cuidado. Encuentra a Violeta pegada a la pared, con los brazos sobre el pecho mientras el vaho escapa de su boca. Su vecina, notando el frío calándole los huesos, se sitúa justo a su lado.

El frío de diciembre muerde la piel expuesta mientras Violeta permanece sin moverse. Las luces navideñas del vecindario parpadean en la distancia, creando sombras danzantes sobre el asfalto. Olga se acerca, y el contraste entre el aire gélido y el calor que emana de su cuerpo crea una sensación extraña y reconfortante.

—¿Necesitas hablar? —pregunta Olga tratando de contener la tiritona que le está a punto de entrar.

—No hay mucho que decir —responde Violeta con la mirada clavada al frente.

—Siempre hay algo que decir.

Esa declaración tan solemne, hace que Violeta se gire y mire a Olga esperando a que termine su discurso.

—Lo que tu padre le ha hecho a tu madre es una putada, pero no deja de ser tu padre por eso y es normal que tengas sentimientos contradictorios. No has de sentirte mal por echarlo de menos, ni por querer hablar con él o felicitarle la Navidad.

A Violeta le tiembla el labio mientras asiente a sus palabras, conmovida. Y no sabe si le tiembla por el frío o porque tiene ganas de llorar.

—Ya, pero mi madre…

Olga se gira hacia ella hasta que se quedan tan pegadas que una respira el vaho que sale de la boca de la otra.

—Que hables con tu padre no significa que no apoyes a tu madre ni que aplaudas lo que él ha hecho, solo que lo quieres, nada más. Maite no te ha pedido en ningún momento que dejes de hablar con él, Violeta, de hecho, está preocupada por ti. Así que, si te apetece hablar con él, mi consejo es que lo llames y no te quedes con eso ahí dentro —Olga le pone una mano en el pecho al mismo tiempo que se saca el teléfono de Violeta del bolsillo —que ha cogido antes de salir— y se lo ofrece con la otra mano.

Violeta le sonríe y sus dedos se rozan cuando se lo quita de las manos mientras asiente con la cabeza.

—Gracias.

—De nada. Te dejo sola para que lo llames, pero no tardes mucho si no quieres morir congelada.

Olga hace el intento de moverse, pero no logra hacerlo ni un centímetro porque la mano de Violeta se cierne en su cintura y sus labios atrapan los suyos con un beso exigente del que Olga no puede ni quiere zafarse. Se aferra a su cuello con las dos manos heladas, pero ni siquiera el respingo que da Violeta al sentir el frío de sus dedos las separa, lo hace el ruido de los pasos de Maite al otro lado de la puerta, preocupada por la tardanza de ambas.

Violeta pega la espalda a la pared y Olga da un paso atrás tratando de recuperar la compostura justo cuando la puerta se abre. Maite no tiene tiempo de abrir la boca, porque su vecina, turbada por el beso que le tiene ardiendo todo el cuerpo, prácticamente la arroya y la empuja de nuevo al interior.

—Dale un segundo, va a hacer una llamada y enseguida entra —dice y cierra la puerta a sus espaldas, como si en el exterior dejase a un asesino en serie.

—¿Va todo bien? ¿Te ha contado algo? —se preocupa Maite.

—Solo estaba un poco preocupada por si te sentías mal si lo llamaba, pero ya está arreglado. ¿Me pones una copa de vino? Estoy congelada.

—Claro —dice Maite solícita y feliz de que su hija por fin hable con su padre.

Maite se va hacia la cocina, Olga todavía necesita unos segundos para poder seguirla porque las piernas no le responden.

CAPÍTULO 12

Violeta vuelve unos minutos más tarde. Tiene la cara pálida, contrastando con unas mejillas rosadas por el frío. Se frota las manos cuando entra y da un beso a su madre en la mejilla que disipa la tensión entre ellas.

—Siéntate, que sirvo los platos —ordena Maite.

Su hija se sienta al lado de Olga y las dos se miran un instante que les corta la respiración. Maite, ajena a todo, se sienta frente a ellas y comienza una charla que logra distraerlas de esa tensión electrizante que hay entre ambas durante un buen rato.

—¿Cómo llevas la reforma? —pregunta Maite cambiando de tema radicalmente.

Olga se limpia la boca con la servilleta y nota la mirada de interés de Violeta clavada en ella. Cada vez que cuenta algo sobre su vida o cuestiones relacionadas con ella, la hija de su vecina presta una atención absoluta, como si todo en ella le interesase o le pareciese fascinante, lo mismo que le pasa a Olga cuando es Violeta la que habla.

—Lentísima —dice con una sonrisa tan natural, que Violeta siente una especie de pellizco en el estómago.

Violeta, salvo ese patio delantero que necesita una reforma urgente, no recuerda haber visto signos de arreglos evidentes cuando estuvo en su casa.

—¿Qué estás reformando? —se interesa centrada en Olga de tal forma, que por un momento, ha olvidado que su madre está allí.

—En realidad tampoco es una reforma. Solo cambio algunas cosas que no me gustan. Ahora estoy con el papel que hay en las paredes de mi habitación. Mis tíos tenían un gusto espantoso y muy soso para la decoración y cada vez que entro, me siento fuera de lugar. Así que estoy con eso, pero es bastante engorroso.

—Siento no poder ayudarte —se lamenta Maite realmente afectada—, pero desde que José se fue, apenas tengo tiempo para respirar, cuando salgo del horno también me tengo que encargar de todos los pedidos, de las facturas…

—No has de justificarte, Maite —la corta Olga—, lo entiendo perfectamente.

—Yo podría ayudarte los días que esté por aquí —suelta Violeta en un arrebato que probablemente es culpa del vino.

Olga la mira tan alarmada como se siente Violeta al darse cuenta de lo que implica lo que acaba de decir, pero ninguna tiene tiempo de rebatir esa idea porque a Maite parece encantarle.

—Eso sería estupendo —aplaude su madre—, te debo tantos favores, Olga, que me sentiría

mucho mejor si mi hija puede echarte una mano, al menos hasta que termines tu habitación.

—Os lo agradezco mucho, pero no puedo quitaros el poco tiempo que tenéis juntas —dice Olga, que considera que su excusa es muy buena.

—Tampoco nos vas a robar tanto, yo voy a estar un par de tardes muy ocupada, esos días Violeta podría ir contigo, entre las dos seguro que le dais un buen achuchón y lo dejáis casi listo. Además, yo también necesitaré que me hagáis un favor.

—¿Qué favor? —pregunta Violeta con cara de circunstancias.

—El martes necesito que vayáis a Huesca a llevar los pedidos. El hijo de Antonio no puede y ya me he comprometido. Entre las dos podéis hacerlo en una mañana y después podéis aprovechar y pasar la tarde por allí.

—¿Y el horno? ¿Quién te ayuda? —se preocupa Olga.

—Las chicas se tendrán que apañar solas durante un día, tampoco pasará nada.

Maite rebaña el jugo que las gambas han dejado en su plato con un trozo de pan sin dar más importancia a la conversación, como si ya lo hubiera decidido todo. Olga y Violeta se miran y sus pulsaciones se disparan ante la idea de pasar un día juntas. A ninguna se le ha ocurrido rechazar esa parte de quedarse en Huesca a pasar la tarde, tal vez porque las dos han pensado en lo mismo, en aquel bar donde se conocieron y el hostal donde pasaron la mejor noche de sus vidas.

Después de recoger los platos, pasan al sofá con vasos de vino dulce acompañando los dulces navideños que Maite ha comprado en exceso. El aroma dulzón de los postres navideños inunda el salón mientras todas se acomodan en el sofá. Las tres mujeres siguen hablando. Maite cuenta anécdotas de cuando su hija era pequeña a petición de Olga. Violeta, en cualquier otra ocasión estaría avergonzada y regañaría a su madre por destapar algunas de sus vergüenzas, sin embargo, en este caso no le importa, quizá se deba a que el vino le ha quitado un poco el pudor, o tal vez se deba a la fascinación con la que Olga la escucha y las risas cómplices que ambas intercambian durante la velada. Olga también explica algunas cosas sobre ella, aunque más bien de su etapa adolescente en la que deja claro que siempre ha sido una mujer extrovertida y al mismo tiempo recelosa de su espacio. Así pasan un par de horas hasta que Maite bosteza agotada y mira su reloj.

—Con vuestro permiso, yo me voy a marchar ya a dormir, que mañana he de madrugar para ir al horno.

—¿Mañana? Pero si es Navidad, mamá —protesta Violeta alucinada.

—Es verdad, ¿qué tienes que hacer en el horno un día como ese? —la apoya Olga.

—Me comprometí con algunas clientas para hacerles mantecados y roscas. Fue al poco de haberse ido José, estaba colapsada y necesitaba llenar las horas como fuese, y ahora no puedo decirles que no.

—Joder, mamá —se queja Violeta.

—Serán solo un par de horas, no me llevará mucho tiempo. Hoy he dejado las masas

preparadas. Solo tengo que hornearlo todo y ponerlo en bandejas, nada más.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofrece Olga.

—Para nada, allí solo hay trabajo para una persona.

Maite se levanta y le da un beso a cada una.

—Vosotras seguid con la charla que a mí no me molestáis. Y mañana, si no tienes planes, te vienes a comer también, así no estás sola —dice Maite.

Olga sonríe agradecida; en realidad, no hay nada que le apetezca más que seguir pasando tiempo con su vecina, aunque en este caso, si es sincera consigo misma, a quien más le apetece ver es a la hija. Pero sabe que debe rechazar la oferta, no solo por esa atracción irrefrenable que siente hacia Violeta y que es evidente que no sabe controlar, es que se está dando cuenta de que Violeta comienza a gustarle más allá de su físico y eso le va a generar un tipo de problema mucho peor, uno que tendrá que superar cuando la hija de su vecina se marche a Madrid y ella se quede ahí echándola de menos.

—No sé si debería…

Ahora es Violeta la que la corta.

—¿Tienes algún plan? —pregunta mirándola fijamente.

Olga abre la boca para contestar, pero su mente, bloqueada por la belleza de Violeta, es incapaz de preparar una excusa a tiempo.

—Entonces te vienes y no se hable más.

—Así se habla, hija —aplaude su madre.

—De acuerdo —acepta Olga—, pero será en mi casa. Compraré comida hecha, mañana no va a cocinar nadie.

Maite le sonríe y asiente, después les da las buenas noches y desaparece por el pasillo hasta que se escucha la puerta de su habitación cuando se cierra.

Cuando Olga y Violeta se quedan solas, la tensión vuelve entre ellas y de repente se quedan mudas.

—Me parece que es mejor que me marche —concluye Olga levantándose.

Violeta no objeta nada, sabe que tiene razón, que la atracción entre ellas es tan fuerte que si se queda el riesgo de que terminen desnudas en su sofá, es demasiado elevado, y no quiere imaginarse la cara que se le quedaría a su madre si las descubre.

—Te acompaño a la puerta.

Violeta también se pone en pie y las dos se miran un instante. Olga traga saliva; nota el corazón latiendo en la garganta y una pulsión entre las piernas difícil de ignorar. Se gira dando la espalda a Violeta para evitar la tentación y camina hasta la puerta escuchando los pasos de su vecina tras ella. Ni siquiera ha llegado a poner la mano en la maneta cuando nota la mano de Violeta en su cintura sujetándola con firmeza. A Olga la recorre un escalofrío cuando la hace girar y la mira fijamente.

—¿Te vas a ir sin darme dos besos? —pregunta Violeta a punto de que le explote el

corazón.

Olga sonríe con malicia sin poder aguantarse. La desfachatez de Violeta le gusta demasiado como para obviarla.

—¿Quieres dos o uno en otro sitio? —la provoca Olga.

Esta vez es Violeta la que siente una flojera descomunal por todo el cuerpo.

—Quiero muchos en muchos sitios.

Violeta reclama su cuerpo atrayéndola hacia ella y, justo cuando sus labios están a punto de rozarse, escuchan la puerta de la habitación de Maite y acto seguido, sus pasos. De nuevo, las dos se separan y la anfitriona aparece en el salón con el abrigo de Olga en la mano.

—Estaba en mi habitación y… ¿Ya te vas? —pregunta extrañada.

Olga la mira sobrepasada, la presencia de Violeta le pone la sangre tan caliente que ni siquiera se acordaba de su abrigo.

—Sí, Violeta ha dicho que mañana por la mañana se pasará un rato para ayudarme con el papel de la habitación aprovechando que estás en el horno —Olga ha soltado lo primero que se le ha pasado por la cabeza para justificar su huida casi sin respirar, y solo cuando ya lo ha dicho, se da cuenta de que la excusa solo la pone en una situación mucho más complicada.

—Sí —la apoya Violeta con una sonrisa socarrona ante la cara de pasmo de su madre—, le echaré una mano, así que lo mejor es que ahora nos vayamos a dormir o mañana no habrá quien se levante.

—Pues muy bien hecho —dice Maite con regocijo mientras le entrega el abrigo a Olga—. Los días hay que aprovecharlos, ya tendréis tiempo de contaros cosas mientras arrancáis ese papel tan horrible de las paredes.

Maite se da la vuelta y vuelve a desaparecer por donde ha venido. Las dos se quedan allí, quietas como estatuas hasta que escuchan la puerta cerrarse de nuevo. Entonces Violeta reacciona y, antes de que Olga pueda ponerse el abrigo, la empuja contra la puerta y la besa con tal pasión, que a Olga se le escurre entre las manos y solo puede aferrarse a la cintura de su vecina con la firmeza de quien necesita sentirla cerca. El beso se prolonga y sus lenguas se unen cuando Olga nota como la pierna de Violeta se abre paso entre las suyas hasta que sus muslos ejercen presión sobre sus sexos, arrancando un par de suspiros que se escuchan demasiado fuertes.

—Violeta, tienes que parar —dice Olga con poco convencimiento.

—No puedo —exhala ella en su boca, y sigue ejerciendo una presión sobre su sexo que Olga le devuelve aferrándose a su trasero para adaptarse a un baile excitante que, en mucho menos tiempo del esperado, termina por provocarles un orgasmo tan intenso, que Violeta muerde el cuello de Olga para acallar sus gemidos.

Tras los últimos coletazos de placer, Olga abre los ojos y observa aliviada que siguen solas.

—Joder, Violeta…

—Ya, aquí no puede volver a pasar —contesta ella con la voz rasposa.

—Eso no es lo que se supone que tenías que decir —dice Olga riendo.

—¿No? ¿Y qué era? —sonríe también Violeta.

—Pues no sé, que ha sido un error, que no se repetirá…

Olga se queda callada de repente y niega con la cabeza.

—¿De verdad no quieres que se repita? —pregunta Violeta—. Porque yo no puedo pensar en otra cosa.

Olga le clava la mirada y suspira. Negar algo que ella también desea es absurdo.

—Joder… Tengamos cuidado, ¿vale?

—Eso ya me gusta más —Violeta le da un beso y le succiona el labio inferior con fuerza antes de separarse—. ¿A qué hora voy a tu casa?

Olga pone los ojos en blanco, todavía incrédula por haber sido ella la que ha propuesto semejante estupidez.

—Cuando quieras, yo madrugo siempre.

CAPÍTULO 13

Olga lleva más de una hora levantada. Ha hecho la cama y recogido su habitación, se ha duchado, ha desayunado y lavado los platos, y todo eso lo ha hecho mientras comprobaba el reloj cada diez minutos. Está muy nerviosa ante la visita de Violeta. Se le hace muy difícil acostumbrarse al hecho de que pensar en su vecina le acelere el pulso de ese modo. Se rasca la nuca y se recoge el pelo en una coleta al mismo tiempo que se deja caer en el sofá.

Son casi las nueve de la mañana y una parte de ella, la más pequeña, piensa que lo mejor que podría pasar, es que Violeta se duerma y no acuda a esa extraña cita. Sus ojos se clavan en la pequeña libreta que siempre tiene sobre la mesa auxiliar por si debe tomar alguna nota y la coge abriéndola por una página en blanco. De manera inconsciente, traza una línea vertical en el centro de la hoja y en un lado pone "pros" y en el otro, "contras".

—Joder —suspira cuando se da cuenta de lo que está haciendo.

Esta noche apenas ha podido dormir. No se puede quitar a Violeta de la cabeza. Para ella era mucho más fácil cuando lo único que había entre ellas era atracción sexual, pero esa relación estrecha con su madre está provocando que poco a poco tenga que conocer a Violeta de otro modo, y por mucho que lo busca, no hay nada en ella que no le guste. La hija de su vecina no solo le ha caído bien, es que le gusta su manera de ser y todo lo que va descubriendo de su carácter encaja con lo que ella busca en las personas. Además, esos intercambios de miradas entre ambas la vuelven loca y cada vez que se rozan, a Olga no solo le sube la temperatura, también la recorre un hormigueo electrizante y adictivo como una droga.

Se ha pasado media noche imaginando qué pasaría si se inicia algo entre ellas, y lo que más le preocupa no es cómo resolver los inconvenientes que podrían surgir entre ambas, es el simple hecho de estar planteándose algo así. ¿Qué ve en Violeta? ¿Es posible que en tan poco tiempo haya podido prendarse de ella de ese modo? ¿O solo es un calentón tan fuerte que la tiene confundida?

Cuando se dispone a apuntar cosas en el lado positivo de lo que sería una relación con Violeta, se le ocurren tantas que se abruma y no es capaz de escribir ninguna. Entonces pasa al lado negativo y ahí le vienen cuatro de golpe que escribe de un plumazo. La primera es que se trata de la hija de Maite, y Olga valora mucho la amistad de su vecina y por nada del mundo quiere hacer nada que la estropee. La segunda es que Violeta vive en Madrid y, aunque no es una distancia excesiva y podrían verse cada semana, Olga sabe que podría aguantar eso un tiempo, pero conforme se fuese enamorando de Violeta, no soportaría tanta ausencia. La tercera es la

diferencia de edad, Olga es diez años mayor que Violeta y, a pesar de que le parece una mujer madura, tampoco la conoce lo suficiente como para estar segura. Y la cuarta y quizá la más importante de todas, ¿querría Violeta algo con ella o solo la ve como a esa mujer cuarentona y apetecible con la que tener una tórrida aventura navideña?

El timbre suena haciendo eco y Olga se sobresalta de tal modo que no sabe ni lo que tiene que hacer. Deja la libreta sobre la mesa y se dirige hacia la puerta con el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Es muy temprano? —pregunta Violeta al otro lado.

A pesar de que solo hay unos metros entre una casa y otra, está encogida por el frío, con las mejillas sonrosadas y pequeñas nubes de vaho escapando de sus labios.

—No, llevo rato levantada —responde Olga dejándola pasar mientras observa el cielo sorprendida por lo claro que está el día.

Violeta se detiene en el centro del salón y Olga cierra la puerta. Las dos se miran en silencio y de nuevo el ambiente se carga de una electricidad tan pesada que hace que les cueste respirar.

—Tu madre querrá ver la habitación cuando vuelva —dice Olga de sopetón.

—¿Y qué quieres decir con eso? —se ríe Violeta mientras Olga se acerca a ella hasta que la coge por la cintura y le da un beso en los labios que la deja sin palabras.

—Digo que si has venido a arrancar papel, debemos arrancarlo —le susurra al oído y después baja por su cuello repartiendo un reguero de besos que continúan el camino subiendo por su mentón para acabar de nuevo en sus labios.

—Pues no me lo estás poniendo muy fácil —jadea Violeta agarrada a su espalda.

—Es que eres como una adicción.

Olga no puede aguantarse, el deseo le arde tanto entre las piernas que la sangre ya no le llega al cerebro, y a Violeta tampoco. La primera vez que se acuestan esa mañana lo hacen en ese mismo instante. Sin muchos miramientos, acaban sobre el sofá devorándose como si la noche anterior no hubieran quedado saciadas. Violeta vuelve a hundir la cara entre las piernas de Olga y a beber de ella embriagada por ese sabor dulzón que tanto la excita. Su vecina, al igual que aquella noche, encadena un orgasmo tras otro hasta sentir que Violeta le ha absorbido hasta la última gota de energía.

—Para —dice divertida cuando su amante vuelve a la carga—, dame un respiro o acabarás conmigo.

Violeta la mira sonriente y trepa por su cuerpo hasta llegar a sus labios.

—Estaría saboreándote todo el día si me dejaras.

A Olga la corriente le tensa la columna. Todo lo que Violeta hace y dice le gusta y la excita de un modo desconcertante. Intentando no pensar en todo lo que siente, toma el control de la situación y esta vez es ella la que se ocupa de explorar cada rincón del cuerpo de Violeta. Lo hace con calma, jugando con su excitación como le place, llevándola a unos límites que a Violeta

la dejan al borde de la locura.

Se permiten unos minutos de descanso en los que no hablan y ni siquiera se miran. Solo permanecen juntas, desnudas una junto a la otra mientras se acarician suavemente y cada una divaga en sus propios pensamientos.

Olga cierra los ojos sobre el pecho de Violeta y se siente tan a gusto, que el cansancio la vence y se queda dormida. Violeta se queda un rato con ella, acariciándola en silencio mientras intenta poner en orden todo ese cúmulo de emociones que revolotean por su cuerpo desde que conoce a su vecina. Es incapaz de definir lo que siente por ella, no puede ponerle nombre porque nunca ha vivido nada parecido, lo que sí sabe es que no puede dejar de pensar en ella y que en el único sitio que le apetece estar, es donde está ahora, junto a Olga.

Tras unos minutos y muy a su pesar, se levanta con cuidado de no despertarla y se viste. Sabe que Olga antes tenía razón, su madre querrá ver los avances cuando venga y no pueden decirle que han estado ahí sin hacer nada, así que Violeta entra en la habitación de Olga con algo de pudor porque siente que invade su intimidad, y comienza a arrancar el papel de las dos paredes que faltan. Son muchas las veces que la vista se le va hacia distintos lugares de la habitación, sobre la cómoda, la mesilla de noche o la ropa doblada que hay sobre la silla. Violeta siente una curiosidad cada vez mayor por la vida de Olga, pero se contiene y sigue pegando tirones en el papel. A ella la tarea no le parece tan ardua ni pesada como decía Olga, se divierte escuchando cómo se rompe y tiene la paciencia suficiente como para entretenerse con la rasqueta para arrancar esos dichosos trozos que se resisten a salir.

Decide que todo puede ser más divertido con música, así que vuelve al salón para coger su móvil. Camina de manera lenta, como si fuera una ladrona tratando de que no la descubran. Olga todavía sigue en el sofá, está tumbada de lado, tapada con una manta y la expresión completamente relajada. Violeta se queda a sus pies y no sabe definir el tiempo exacto que ha pasado mirándola, pero tiene la seguridad de que podría pasarse así todo el día. Sorprendida por todo lo que le está pasando, rodea el sofá y se acerca hacia la mesa para coger su teléfono, momento en el que no puede evitar que su mirada se clave en la libreta que hay al lado, donde Olga tiene anotadas algunas cosas.

Violeta no se considera una chafardera, o tal vez un poco, pero no ha podido resistirse y la libreta está en sus manos mientras lee esa lista de pros y contras que Olga ha elaborado. Aunque no pone su nombre en ninguna parte ni la finalidad con la que la ha escrito, Violeta solo necesita leer los contras para comprender que se trata de ella misma. De manera inconsciente, se ha sentado al borde del sofá para examinar la lista con detalle. Está desconcertada, porque está claro que para Olga significa lo suficiente como para hacerla elaborar algo así, pero parece que no ha encontrado nada bueno en ella porque ese lado de la lista está vacío.

—Husmear es de mala educación —dice Olga de repente.

Violeta se lleva tal susto, que abre la mano y la libreta se estrella contra el suelo. Se gira sofocada hacia Olga y la ve observarla con una sonrisa encantadora que la deja más confundida

de lo que ya se siente.

—Perdona, he venido a por el móvil y no quería… Bueno, sí quería —reconoce más roja que un tomate—, me despiertas tanta curiosidad que no he podido evitarlo.

Olga suelta una risita nasal y se incorpora un poco para recoger la libreta del suelo. Aunque trata de no mostrar ninguna emoción al respecto, está muy nerviosa ante el hecho de que Violeta haya visto su lista.

—¿No tengo nada que te guste? —pregunta Violeta girándose hacia ella.

—¿Cómo sabes que esa lista habla de ti? —contraataca Olga mientras coge su ropa y comienza a vestirse.

—Es hija de Maite, vive en Madrid y hay una diferencia de diez años —repite en voz alta Violeta—, las dos segundas pueden referirse a otra persona, pero mi madre solo tiene una hija y soy yo.

—Podría ser otra Maite —Olga entorna los ojos mientras se abrocha el pantalón.

Violeta reprime la tentación de impedírselo para volver a tomar su cuerpo, pero esta vez se controla.

—¿En serio es otra Maite? —pregunta Violeta en tono irónico.

—No, claro que no —reconoce Olga sentándose a su lado.

—Entonces, ¿no hay nada en mí que te guste o es que no has terminado de escribir esa lista?

Olga vuelve a sonreír, aunque esta vez es una risa más nerviosa.

—Claro que hay cosas que me gustan, Violeta, ese es el problema, que eran tantas que era absurdo escribirlas.

Esta vez la que sonríe es Violeta. Es una risa sincera y amplia que le ocupa toda la cara. No se esperaba que Olga fuese tan sincera, pero si se para a pensarlo, tampoco esperaba nada de lo que le está pasando con ella.

—¿Te planteas que tengamos algo más serio? —pregunta Violeta subiendo su pierna sobre las de Olga, que la acaricia lentamente mientras piensa.

—No sé, la he escrito sin pensar, pero tampoco te puedo sacar de mi cabeza, me siento como si estuviera en una pendiente y me hubieran lanzado cuesta abajo. No puedo frenarme, y no sé si a ti te pasa lo mismo o la única que se está implicando demasiado soy yo.

Violeta vuelve a coger la libreta y traza una línea sobre la cuestión de su madre.

—Esto, en caso de que tú y yo, ya sabes… —Violeta no es capaz de verbalizarlo, no se atreve, pero a Olga no le hace falta para entender lo que le dice—, mi madre no creo que llegase a ser un problema.

De ahí salta a la siguiente línea, la que indica que ella vive en Madrid.

—Esta de aquí —Violeta suspira con pesadez—, no sé, tampoco me parece que sea algo que nos tenga que preocupar tan pronto, ¿no?

Olga la mira, realmente no sabe qué le está queriendo decir Violeta con esa conversación,

así que asiente y permanece en silencio.

—Y esta —ahora Violeta se ríe cuando señala la diferencia de edad—. A mí siempre me han atraído las mujeres más mayores que yo, me parecen infinitamente más interesantes y experimentadas, y diez años no son nada.

Tacha la línea y se queda mirando la cuarta, esa de la que ninguna de las dos ha hablado todavía, donde Olga ha escrito: “¿qué quiere Violeta?”

—¿Y bien? —pregunta Olga tras una pausa—. ¿Te plantearías algo?

Violeta la mira pensativa y finalmente asiente.

—Sí, por supuesto que sí. Jamás he sentido esta atracción ni la conexión que tengo contigo con nadie, si esto sigue así, claro que me lanzaría a la piscina contigo.

Olga se queda algo sorprendida ante la seguridad de Violeta, después coge la libreta, arranca la hoja y la convierte en una pelota arrugada que deja sobre la mesa.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunta Violeta asustada.

—Que está todo aclarado, pero tampoco quiero que nos precipitemos, Violeta. Apenas nos conocemos, sabemos que funcionamos de maravilla en la cama y que nos llevamos bien fuera de ella, pero no me parece suficiente para dar un paso así con lo que ello implica.

—Lo dices por mi madre —dice Violeta haciendo una mueca.

—Lo está pasando mal, Violeta, y yo no sé hasta qué punto estaría de acuerdo con esto. Dejemos pasar los días a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

—Pero necesitamos pasar rato juntas, Olga. ¿Cómo vamos a descubrir si esto que empezamos a sentir va hacia alguna parte si apenas nos vemos?

—Nos veremos en el horno, y por la tarde puedes venir aquí.

—El día dos tengo que incorporarme al trabajo, apenas nos queda una semana y los días pasan muy deprisa.

Olga sonríe, le coge ambas mejillas y la besa para silenciarla al mismo tiempo que se sube sobre ella a horcajadas.

—Buscaremos tiempo y excusas. Ahora tócame.

Olga le pone la mano entre sus piernas por encima del pantalón. Violeta nota la quemazón y la humedad y de nuevo esa pulsión que no controlan, se apodera de ellas arrastrándolas hasta la cama.

CAPÍTULO 14

—Es tardísimo —dice Olga agobiada, vistiéndose por tercera vez esa mañana—. Tu madre no tardará en llegar y no hemos hecho nada.

—Habla por ti, yo he arrancado todo eso —Violeta señala una de las paredes y el montón de papel que hay tirado en el suelo.

Olga sonríe, le da un beso en la mejilla y va directa hacia su bolso para coger dinero.

—Anda, hazme el favor y ve a la tienda de comida preparada a comprar algo para comer, quedará muy raro si voy yo y tu madre te encuentra aquí sola. Yo arrancaré un poco más de papel, recogeré esto y ya me meto en la cocina para preparar la mesa.

Violeta acepta el billete y mira a Olga sin poder aguantarse la risa.

—¿De qué te ríes?

—De ti. No te agobies. Mi madre no sabe cómo tenías la habitación de avanzada ni si cuesta arrancar este papel o no. Le diremos que está muy enganchado y es muy entretenido —responde Violeta, jugando con el billete entre sus dedos.

—¿Siempre eres tan mentirosa? —Olga se pone las manos en la cintura y entorna los ojos, tratando de mantener un gesto serio que no logra sostener.

—No es una mentira, solo camuflamos un poco la verdad, y lo hacemos para que tú te sientas bien, no lo olvides. ¿Qué quieres que compre?

Violeta agita el billete en el aire, haciendo que el papel cruja.

—Lo que os guste a vosotras, yo como de todo —responde Olga, pasándose una mano por el pelo con gesto nervioso.

Violeta la mira de arriba abajo y Olga nota como la corriente vuelve a atravesarle el cuerpo como una ráfaga.

—Joder, sal de mi habitación ahora mismo —ordena autoritaria señalando la puerta.

—Vale —Violeta se ríe y cruza la puerta dispuesta a marcharse, pero Olga la retiene agarrándola del brazo.

—¿Qué haces? ¿Te vas con esos pelos de loca? —pregunta entre risas empujando a Violeta hacia el lavabo.

Las dos se miran al espejo: Violeta delante y Olga situada justo detrás de ella. El pelo alborotado de ambas delata claramente que no ha sido precisamente papel lo que han estado arrancando. Los dedos de Olga se entrelazan suavemente con los mechones rebeldes de Violeta mientras intentan poner orden. Las dos se lavan y se adecentan, después se besan y es entonces

cuando Violeta se marcha.

Olga arranca un poco más de papel, seguidamente mete los restos en una bolsa de basura, barre el suelo y cuando sale a la calle para tirarlo todo, se encuentra con que ya viene Maite de camino. El corazón se le acelera y siente una punzada de culpa cuando su vecina le sonríe desde lejos. Olga se siente una traidora y realmente no sabe si está actuando correctamente al ocultarle lo que le pasa con su hija, pero ya tiene ese acuerdo con Violeta y de momento lo va a mantener.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta en cuanto Maite llega a la puerta de su casa, intentando que su voz suene casual.

—Bien, aunque entre una cosa y otra, me he entretenido más de la cuenta. Además, después me he encontrado con una conocida que hacía tiempo que no veía y me he parado a tomar un café con ella.

Olga se agobia mucho cuando se da cuenta de que si Maite no hubiera hecho todo eso, habría llegado a su casa mucho antes y la habría pillado en plena faena con su hija, y no arrancando papel como debía estar haciendo.

—¿Dónde está Violeta? —pregunta Maite aceptando el refresco que Olga le ha ofrecido.

—Ha ido a comprar la comida mientras yo terminaba de recoger la habitación. No creo que tarde en volver.

Maite la observa de reojo mientras Olga remueve en los armarios de la cocina. La nota nerviosa, demasiado tensa cuando por norma suele ser una mujer muy tranquila.

—¿Estás bien, Olga? Te noto un poco inquieta.

El vaso que acababa de coger se estrella contra el suelo en cuanto la escucha. Olga se queda paralizada mirando el montón de cristales esparcidos por el suelo, incapaz de comprender por qué se ha puesto tan nerviosa ante la pregunta de Maite. Es su vecina, la que, resuelta y decidida, se levanta con rapidez para coger la escoba y barrer todo ese desastre.

—Deja, Maite, ya lo hago yo —reacciona Olga quitándole la escoba.

Barre todos los cristales en silencio, notando la mirada de su vecina clavada sobre ella. Cuando termina, lo tira todo a la basura, se abre otro refresco y se sienta frente a ella.

—Perdona por el espectáculo, hoy estoy un poco despistada —dice Olga tratando de aparentar normalidad, aunque sus dedos no dejan de jugar con la condensación del vaso.

—Ya lo he visto, pero ¿te pasa algo? No habrás discutido con mi hija, ¿no?

Olga abre mucho los ojos cuando la mira y niega con la cabeza, con tanta fuerza que un mechón de pelo le cae sobre los ojos.

—No, para nada, es difícil discutir con Violeta —sus labios se curvan en una pequeña sonrisa involuntaria al pronunciar su nombre.

Olga se da cuenta en ese momento de lo que le sucede. Necesita hablar de lo que le está pasando, exteriorizar con alguien lo que empieza a sentir por Violeta y también esa preocupación que le produce la situación en general, pero no puede hacerlo porque su única amiga en el pueblo resulta que es la madre de Violeta, y el peso de ese pensamiento le oprime el pecho.

—¿Entonces? Yo te lo cuento todo, Olga, si te pasa algo me lo puedes decir, que siempre me lío a hablarte de mis problemas y a lo mejor tú también necesitas contarme cosas —la voz de Maite es suave y comprensiva.

—No es nada, Maite, de verdad. Es que tengo el día tonto —sonríe Olga—. Me he puesto un poco nostálgica, eso es todo.

—¿Nostálgica? ¿Echas de menos a tu exmarido? —pregunta Maite tratando de sonsacarla.

—No, a él no —responde con seguridad—, pero a veces sí que echo de menos compartir mi vida con otra persona.

—Pues ya encontrarás a alguien, mujer. Eres joven y guapa, y tienes un corazón enorme —dice Maite con cariño, estirando el brazo para darle un apretón en la mano.

El gesto de afecto hace que Olga sienta una nueva punzada de culpabilidad. Si Maite supiera que ya siente que ha encontrado a alguien, y que ese alguien es precisamente su hija... Un escalofrío le recorre la espalda al imaginarse su reacción.

El timbre suena en ese momento y Olga se levanta como un resorte para ir a abrirle a Violeta. Maite vuelve a mirarla y se le escapa media sonrisa cuando las ve junto a la puerta.

—Tu madre ya está aquí —susurra Olga en cuanto Violeta se le acerca.

La hija de Maite se queda parada un instante, pero enseguida reacciona y se comporta como si nada.

—He traído un poco de todo, no sabía lo que te gustaba —dice Violeta entregando la bolsa a Olga.

—Ya te he dicho que me gusta todo.

Violeta esboza una risilla malévola que Olga no puede evitar devolverle y las dos caminan hasta la cocina.

—¿Qué tal os ha ido? ¿Habéis avanzado mucho? —pregunta Maite en cuanto las dos están frente a ella.

Olga, que no se siente cómoda mintiendo a su vecina, comienza a sacar las bandejas de la bolsa para que sea Violeta quien responda.

—Pues no mucho, algunos trozos salen muy fácil, pero hay otros que son muy entretenidos, el papel se rompe y hay que ir rascando con la rasqueta —explica Violeta como si nada.

—Bueno, pues te vienes todos los días hasta que lo acabéis —decide Maite.

Olga la mira de soslayo, sofocada porque Violeta le acaba de pasar por detrás y le ha rozado sutilmente el trasero. Nota las mejillas ardiendo y el cosquilleo recorriendo todo su cuerpo. Se gira hacia Violeta y le dedica una mirada asesina que la hija de su vecina recibe con una sonrisa traviesa.

La venganza de Olga no tarda en llegar, cuando se sienta a la mesa, al lado de Violeta porque Maite ha ocupado la silla de su otro lado con el bolso, con la excusa de que está moviendo la silla para echarse un poco más adelante, ha dejado ir una mano y apretado el muslo

de Violeta hasta hacerla dar un respingo. Esta vez es Olga la que recibe una mirada intensa de su amante y la que tiene que morderse los carrillos para contener la risa. Así se pasan toda la comida, aprovechando cada oportunidad para rozarse o dejar caer una caricia.

—Voy al baño —anuncia Maite cuando ya están tomando los postres y Olga se ha levantado para preparar los cafés.

Violeta se levanta en cuanto su madre sale por la puerta y se pega a la espalda de Olga aprisionando su cuerpo contra el mármol. Olga, excitada y deseosa de sentirla, se aferra a las manos que Violeta tiene alrededor de su cintura y las aprieta con fuerza mientras suspira y echa la cabeza hacia atrás durante un instante que Violeta aprovecha para besarle el cuello.

—Venga, suéltame, que nos va a pillar —sonríe Olga porque le ha hecho cosquillas.

—Pero si se acaba de ir —protesta Violeta con tono infantil.

Olga se gira entre sus brazos y le da un beso apasionado que pilla a Violeta tan desprevenida que, cuando Olga se separa de ella, no recuerda ni la silla en la que estaba sentada.

—Venga, quita —le dice Olga divertida, dándole un cachete en el culo y señalándole la silla.

Violeta se deja caer mientras la mira y comprende en ese mismo instante que no quiere volver a Madrid. De repente se da cuenta de que su vida allí ya no tiene ningún sentido. Odia su trabajo desde hace mucho tiempo, su relación con Marina murió hace meses y salvo su amistad con Teresa, allí no le queda nada que la motive.

Olga escucha abrirse la puerta del baño en el mismo instante que se gira para dejar los cafés sobre la mesa y ve la cara pensativa y preocupada de Violeta.

—¿Qué te pasa? —le susurra ansiosa, inclinada sobre la mesa mientras mira hacia la puerta esperando la vuelta de Maite.

—Nada —Violeta le sonríe con una mueca, turbada, incapaz de cambiar esa expresión porque pensar en su vuelta le está provocando ansiedad.

Madrid no tiene nada para ella, salvo un trabajo que ya no la llena con un jefe egocéntrico e insoportable. Alquézar tiene a su madre, tiene la tranquilidad que tanto tiempo lleva anhelando, y tiene a Olga y la aventura navideña que ha iniciado con ella.

CAPÍTULO 15

Son las cuatro de la madrugada cuando las tres mujeres: madre, hija y Olga, llegan al horno para cargar la furgoneta de reparto con todo lo que Violeta y Olga deben llevar a Huesca. Fuera hace un frío que les ha dejado las manos entumecidas y solo Maite parece desenvolverse con soltura a esas horas tan tempranas.

Violeta ha bostezado cuatro veces seguidas, lo que, a su vez, ha contagiado a Olga, que se frota las manos frente a uno de los hornos mientras el calor le devuelve poco a poco la sensibilidad en los dedos. Maite, concentrada, comprueba en su libreta todo lo que tiene que salir.

Olga y Violeta cruzan varias miradas cómplices. No han podido saludarse como a ellas les hubiera gustado porque Maite ha salido junto a su hija, pero por la forma en que se miran, no necesitan darse ningún beso para expresar ese deseo que sienten la una por la otra. Violeta, estremecida porque no logra quitarse el frío del cuerpo, se acerca hasta su madre para ver si puede ayudarla con algo. Olga las observa sin moverse del lado del horno, sobre todo a Violeta, con quien no pudo hablar ayer por la tarde porque las tres se quedaron en su casa jugando a las cartas y comiendo todo tipo de porquerías que le van a poner el culo como un pan redondo.

Desde que notó aquella inquietud en Violeta está preocupada, teme haber hecho algo que la incomodara o haber dicho algo inoportuno. No es capaz de meterse en su mente y le da pánico que la hija de Maite haya cambiado de opinión y no quiera seguir explorando eso que tienen más allá de los días que le quedan de vacaciones. Olga tiene la sensación de que las horas vuelan a un ritmo vertiginoso y que los minutos junto a Violeta se le escurren entre los dedos. Nada le parece suficiente y, a pesar del deseo fogoso que siente por ella y de ese ardor que no controla cuando están a solas, siente que cada vez que se acuestan, están perdiendo un tiempo muy valioso para conocerse con más profundidad.

—Olga, ¿me escuchas? —pregunta Maite por segunda vez.

—¿Qué?

—Madre mía, yo no sé qué os pasa, está claro que madrugar tanto os afecta la mente —se ríe Maite mirándolas a ambas—. Digo que esto ya está listo, en total son cuatro las panaderías por las que debéis pasar.

—De acuerdo, ¿eso es lo que hay que cargar? —señala Olga las cajas que Violeta está amontonando junto a la furgoneta.

—Sí, he escrito el nombre de cada panadería en las cajas para que no os equivoquéis,

aunque no sé si fiarme de que vayáis, las dos estáis muy despistadas —dice apretando los labios con una mueca de preocupación.

—No digas tonterías, mujer, es que no tengo por costumbre levantarme tan temprano y me parece que me falta más café —la tranquiliza Olga.

—Eso lo soluciono yo mientras termináis de cargar, voy a encender la máquina de cápsulas y os tomáis otro antes de salir.

—Perfecto —agradece Olga.

Maite se mete en una sala que tiene habilitada como pequeña cocina y Olga comienza a coger cajas junto a Violeta.

—¿Todo bien? —le pregunta agachada junto a ella.

Violeta la mira con gesto de sorpresa y se detiene.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, entre nosotras, ayer estabas un poco rara.

—¿Yo?

Las dos se ponen en pie y Olga deja las cajas en la parte trasera de la furgoneta. Inclina el cuerpo hacia delante para empujarlas hasta el fondo y de inmediato nota el calor del cuerpo de Violeta pegado a su trasero. Olga se incorpora tan rápido, que olvida el techo de la furgoneta y se golpea la cabeza.

—Joder —dice, tocándose con la mano.

Violeta se ríe y la hace girar entre sus manos hasta que la tiene de frente. Después echa una mirada clandestina hacia la sala donde todavía está su madre y cuando se asegura de que sigue ahí, le da un beso en la frente y acto seguido, otro en los labios.

—¿Qué haces? —sisea Olga con los ojos desorbitados, mirando hacia la sala como si fuera a salir un monstruo de allí.

—Relájate, esa cafetera es más antigua que un campanario y tarda mucho en calentarse —dice Violeta con parsimonia, mientras sigue sujetando su cintura y le da otro beso en la barbilla —. Todo está perfecto entre nosotras —le susurra haciendo que Olga se estremezca.

Después de echar otra mirada hacia la puerta, su vecina deja de resistirse a esa pulsión que la empuja hacia Violeta y la envuelve en un abrazo cálido en el que las dos se funden y suspiran como si una fuerza invisible quisiera separarlas.

—Ayer parecías preocupada —insiste Olga.

—Bueno, los días pasan… —suelta sin pensar Violeta.

Olga se queda parada procesando una frase que no sabe cómo debe interpretar. Violeta aparta la mirada porque no esperaba que ese arrebato de sinceridad saliera de sus labios, pero cuando Olga abre la boca para contestarle, Maite sale con dos vasos de café en las manos.

—¿Todavía estáis así? —pregunta sorprendida.

Las dos mujeres se giran de sopetón hacia las cajas y se dan cuenta de que han olvidado seguir cargando la furgoneta.

—Sí, es que… —balbucea su hija mirando a Olga en busca de ayuda porque no sabe qué decir.

—Nos hemos despistado hablando —completa la vecina.

—Anda, bebeos el café a ver si os despierta de una vez.

Olga y Violeta apoyan el culo en la parte trasera de la furgoneta y se beben el café mientras Maite repasa por última vez la lista de lo que se debe entregar.

—¿Quién conduce? —pregunta Maite con las llaves en la mano cuando las dos terminan el café.

—Yo —contestan ambas a la vez.

Maite alterna la mirada entre una y otra, dudando y a la vez divertida por la conexión que percibe en ellas.

—Conduzco yo —se adelanta Olga con chulería, quitándole las llaves de la mano mientras mira a Violeta con gesto desafiante.

La hija de Maite alza las manos en señal de rendición, aunque por la forma en que la ha mirado, Olga sabe que en algún momento sufrirá las consecuencias de ese desafío.

CAPÍTULO 16

—Necesito otro café —dice Violeta sin poder controlar un bostezo cuando terminan de realizar la tercera entrega. El frío de la mañana le ha dejado los huesos entumecidos y ni siquiera el calor de la calefacción de la furgoneta ha logrado espabilarla del todo.

Olga, que no puede evitar contagiarse, bosteza también mientras comprueba la hora y ve que van muy bien de tiempo. Se han comprometido a entregarlo todo antes de las diez, son las ocho y media y solo les falta una panadería.

—Yo necesito un desayuno en condiciones además del café. ¿Te gustan los churros? Te invito —propone Olga, señalando un puesto ambulante que desprende un aroma dulzón y tentador desde un lado de la plaza.

A Violeta la boca se le hace agua solo de pensarlo. El olor a aceite caliente y masa frita flota en el aire frío de la mañana, mezclándose con el aroma del chocolate recién hecho. Tras asentir, se pega a Olga buscando refugio del frío que aún persiste. Esta, con un gesto natural que parece ensayado mil veces, le pasa la mano sobre los hombros atrayéndola hacia ella y atraviesan la plazaadoquinada para comprar el desayuno. Las dos piden una ración de porras para cada una y una taza de chocolate caliente. Violeta localiza un banco libre en el que el sol está dando de lleno y ambas se dirigen hacia él y se sientan agradeciendo el calor de los rayos en la cara.

—Va a hacer muy buen día —comenta Violeta mirando al cielo.

—Pues anuncian nevadas para esta noche —contesta Olga distraída antes de morder una porra embadurnada en chocolate.

—Pero eso es esta noche, hoy podemos aprovechar que el día está despejado.

Olga se gira para mirarla y le sonríe.

—¿Tienes algo pensado para hacer aquí?

—Pues la verdad es que no conozco mucho Huesca —dice torciendo los labios en una mueca de circunstancias—, pero conozco Alquézar. ¿Has estado en las Pasarelas del Vero?

—Todavía no he tenido tiempo.

A Violeta se le cae una gota de chocolate sobre el regazo cuando va a morder la porra que acaba de mojar. Olga la mira riendo y la limpia con su servilleta antes de acercarse y darle un beso en los labios.

—Mira que eres marrana —le susurra, y le lame un poco de chocolate que tiene en la comisura de los labios.

Violeta se estremece y la mira sonriente mientras piensa que podría pasarse todo el día así,

sentada junto a ella, compartiendo momentos de complicidad en medio de la calle como si solo existieran ellas.

—¿Quieres que vayamos esta tarde? Podemos repartir lo que nos queda, dar una vuelta por aquí, comer en algún restaurante que nos llame la atención y después volver al pueblo. Con el día que hace te encantará pasear por allí, además, es la mejor fecha, con el buen tiempo aquello se llena de turistas y en lugar de un paseo, parece una procesión religiosa.

—Lo pintas tan bien que no puedo negarme —dice Olga complacida.

Son poco más de las tres de la tarde cuando llegan a Alquézar. Han decidido comer pronto para poder pasear con calma por las pasarelas antes de que se haga de noche. Dejan la furgoneta aparcada en la puerta del horno y se van caminando hacia el inicio del recorrido. Olga tenía muchas ganas de hacer esa ruta, pero para cuando Maite termina con todas sus cosas por las tardes, ya es de noche y siempre lo ha ido posponiendo.

Las dos descienden por las escaleras entre rocas húmedas, el frío les cala los huesos de inmediato y Olga se abraza el cuerpo entumecido.

—Es solo este tramo, después se abre y dará el sol de nuevo —dice Violeta.

Cuando llegan abajo pasean con calma. Olga está maravillada a pesar de que ni siquiera el calor de los rayos de sol está logrando quitarle el frío. Se acercan a la orilla del río y se quedan allí quietas contemplando los destellos del agua. Olga se sitúa detrás de Violeta y la abraza dándole un beso en el cuello.

—Es precioso —dice mirando al frente.

—En verano podemos volver, si nos descalzamos podemos atravesar el río y cruzar al otro lado. No hay más de lo que ves —dice señalando una explanada de piedras que se adentra en una especie de cueva que es más bien un techo de roca—, pero es divertido.

—¿Entonces cuentas con que nos seguiremos viendo en verano? —le susurra Olga y la hace girar hasta dejarla de frente.

Violeta se queda muy quieta, mirándola aturdida. Olga en ese momento le ha recordado a la noche en la que se conocieron, cuando la miraba con aquella seguridad aplastante que le hacía temblar todos los huesos y que parece haber perdido desde que sabe que es la hija de Maite.

—¿Tú no?

Olga cabecea, haciéndose la interesante. Violeta se deshace y se lanza a por sus labios en un beso exigente del que Olga toma el control hasta casi hacerle perder el sentido.

—Claro que quiero —susurra contra su boca—, y también quiero pasar la noche contigo.

—¿Esta noche? —la voz de Violeta sale con tono aflautado, casi ahogada de excitación solo de pensarlo.

—Sí, ya es martes, Violeta, nos queda menos de una semana juntas —declara Olga.

Violeta traga saliva, no le gusta pensar en esa cuenta atrás. El lunes tiene que volver a Madrid y cada vez que lo recuerda, se le gira el estómago. Anoche estuvo hablando con su amiga

Teresa y le contó por encima la angustia que siente, su compañera no supo qué decirle y Violeta se sintió desolada porque cada vez está más confusa.

—¿Y cómo lo hacemos para que mi madre no se entere? —a Violeta la cabeza va a explotarle.

Olga se ríe y vuelve a besarla.

—No lo sé —susurra provocativa—, piensa, cuando quieres eres muy resolutiva.

—Saldré por la ventana de mi habitación cuando se acueste —dice de repente.

Olga suelta una risotada y se muerde el labio.

—¿Como una adolescente?

—No será la primera vez que lo hago —reconoce Violeta con una mueca gamberra.

—Vaya, vaya, y la pobre Maite creyendo que su hija es una santa.

Violeta arquea una ceja y se encoge de hombros.

—Tú estate pendiente del móvil, cuando se vaya a dormir, te envío un mensaje y me esperas con la puerta abierta.

—Está bien, pero tendrás que irte antes de que tu madre se levante y vea que no estás.

—Pondremos el despertador. Dejaré la ventana abierta y entraré como una gata sigilosa.

Olga vuelve a reírse, la abraza y la besa antes de cogerla de la mano para subir a las pasarelas y comenzar el recorrido por encima del río Vero.

CAPÍTULO 17

Cuando Violeta llega a su casa, el aroma a comida casera inunda el ambiente. Maite ya tiene la cena preparada y los platos servidos en la mesa de la cocina, donde el vapor se eleva formando espirales en el aire. Ha sentido la tentación de preguntarle si podía invitar también a Olga, las palabras han bailado en la punta de su lengua, pero como su madre no ha dicho nada, ha preferido mantenerse en silencio para no levantar sospechas.

—¿Cómo ha ido por Huesca? —pregunta Maite mientras cenan—, ¿habéis tenido algún problema con el reparto?

—Ninguno, todo ha salido redondo, tráfico escaso y sin problemas para aparcar —explica sonriente.

—¿Y qué habéis hecho por allí?

Maite pincha un trozo de ensalada y se lo lleva a la boca.

—Poca cosa, dar una vuelta por el centro y comer. Después hemos venido aquí para ir a las Pasarelas del Vero.

—Ah, ¿sí? —Maite la mira sorprendida y Violeta se agobia pensando que quizá se ha entrometido entre ellas.

—¿Querías llevarla tú? —pregunta angustiada.

Su madre mastica deprisa cuando ve la cara desencajada de Violeta.

—No, cariño —se apresura a contestar—, me parece estupendo que la hayas llevado. Olga tenía muchas ganas de ir y yo apenas tengo tiempo, es solo que suponía que aprovecharíais el día por Huesca.

—Ya, pero hacía tanto sol.

—Sí, ha hecho buen día, pero a última hora ya estaba demasiado gris, nevará seguro.

—Eso dice Olga.

Violeta baja la mirada, no sabe si la está nombrando demasiado. Maite la mira de soslayo, nota a su hija un poco rara, pero no acierta a adivinar el motivo y tampoco quiere agobiarla.

Después de la cena, Violeta se da una ducha y, tras un rato sentadas juntas en el sofá, Maite comienza a dar cabezadas.

—Vete a la cama, mamá —le pide su hija con el corazón desbocado.

No ve el momento de salir por la ventana y pasar a casa de Olga. Lo haría por la puerta si no fuera porque al cerrarse siempre emite un chasquido fuerte y sabe que su madre se despertará con total seguridad. Maite da un bostezo y arquea la espalda con cansancio antes de levantarse y

desearle las buenas noches.

Violeta espera quieta como una estatua, atenta a cada sonido que hace su madre. Conoce de memoria su rutina y sabe que lo último que hará antes de meterse en la cama, será vaciar la vejiga. En cuanto escucha la cisterna del cuarto de baño, deja pasar quince minutos para asegurarse de que se ha dormido y va a su habitación cerrando la puerta con sigilo. Después envía un mensaje a Olga anunciando que ya sale y se pone la chaqueta y abre la ventana recibiendo una oleada de aire frío mezclado con diminutos copos de nieve.

—Vaya —dice disgustada por el contratiempo.

Se asoma y saca una mano para comprobar la magnitud de la nevada. Es bastante débil, así que decide que no necesita el paraguas teniendo en cuenta la corta distancia que debe recorrer. La luz exterior que ilumina ese lateral de la casa —que a su vez da al lado de la casa de Olga— está situada en la esquina que da con la parte frontal y apenas ilumina esa zona. Violeta enciende la linterna de su móvil, solo ha abierto una de las hojas de la ventana, así que el espacio para salir es bastante estrecho.

Olga, que al recibir el mensaje ha salido a la entrada para esperarla con un paraguas, la ve salir desde su casa. Ve como primero aparece una pierna. Olga no entiende por qué no ha abierto toda la ventana. Violeta se retuerce y pasa el cuerpo y la cabeza hasta que se queda colgando como si estuviera montando a caballo. La pierna que tiene fuera no le llega al suelo y ella tantea con la punta del pie mientras se va descolgando poco a poco.

—¿Qué coño hace? —se pregunta Olga conteniendo las ganas de pegarle un grito. Con lo fácil que sería si abre las dos hojas, se sienta en la repisa y da un pequeño salto.

Violeta por fin toca el suelo y sus labios se estiran con satisfacción. Se deja caer lentamente para buscar más apoyo con el pie, pero no cuenta con que la nieve ha mojado las baldosas del patio y, en cuanto apoya todo su peso, el pie le resbala y aunque intenta agarrarse a todas partes, no logra mantener el equilibrio y acaba despatarrada en el suelo.

La caída ha sido muy lenta y la posición en la que ha quedado Violeta muy ridícula. Olga no puede aguantarse la risa y por eso se lleva una mano a la boca para contener la carcajada cuando Violeta comienza a levantarse mientras rezonga varios improperios que Olga no comprende, pero que la hacen reír con más fuerza.

Violeta recoge su móvil del suelo y después de mirarse el cuerpo y ver que se ha mojado toda la ropa, se gira hacia la ventana y tira de la única hoja que ha abierto. Acto seguido, Olga la ve buscar algo debajo de una maceta y colocarlo a modo de cuña para bloquear la ventana desde fuera y dejarla cerrada, de manera que desde dentro no se aprecie y ella pueda volver a acceder cuando regrese.

—Será perra —sisea Olga sin dejar de mirarla.

Violeta camina a pasos rápidos hasta la puerta de su casa y cuando sale, Olga ya la espera en la acera con el paraguas y una sonrisa que no puede borrar de su cara.

—¿Te has hecho daño? —pregunta protegiéndola con el paraguas.

—Joder, ¿lo has visto? —contesta Violeta roja de vergüenza.

—Ya te digo, el mejor momento del día.

Olga le da un beso en la mejilla y la conduce hasta su casa. Cuando entran, a Violeta se le han olvidado las ganas de vengarse de la risa de Olga y se lanza a por sus labios como si no los hubiera probado en todo el día.

—Estás empapada —dice Olga cuando le toca la ropa.

—No es la ropa lo único que tengo empapado —suelta Violeta provocando un calambrazo entre las piernas de Olga.

—Ven, vamos a la ducha, allí entrarás en calor.

Violeta se deja arrastrar y las dos acaban bajo el chorro de agua caliente entre caricias, besos y jadeos que después seguirán en la cama rememorando aquella primera noche que pasaron juntas y constatando que hay algo que ha cambiado desde entonces. Ahora la conexión entre ambas tiene un nivel distinto, uno mucho más profundo que las hace disfrutar el sexo de otro modo mucho más visceral. Es algo más pegado a las entrañas porque empieza a haber sentimientos de por medio y las sensaciones se desbordan cuando las dos, después de compartir un orgasmo, se miran a los ojos con los labios temblando.

Ambas mujeres piensan lo mismo, ninguna quiere que Violeta vuelva a Madrid, pero las dos se lo callan por miedo a abrumar a la otra y se limitan a fundirse en un abrazo antes de quedarse profundamente dormidas.

CAPÍTULO 18

Olga abre los ojos somnolienta, desorientada por un sonido que se cuela en su consciencia como agua entre las piedras. La habitación está en penumbra, apenas iluminada por la tenue luz que se filtra a través de las cortinas. Violeta está acurrucada junto a su cuerpo, su respiración es suave y acompasada, las dos desnudas bajo el edredón que las envuelve como un capullo protector. El calor que emana del cuerpo de Violeta es tan reconfortante que sus párpados vuelven a cerrarse, pesados por el sueño y la tranquilidad que le produce.

Los golpes se repiten con más fuerza, reverberando en las paredes como un eco persistente. Sus ojos se abren de golpe, el corazón le late con tanta fuerza que puede sentir cada pulsación en sus oídos. Violeta también se ha despertado, su cuerpo se tensa junto al suyo, y los tres golpes vuelven a sonar, cada vez más apremiantes.

—Joder, alguien llama a la puerta —dice Olga apartando el edredón para levantarse—. ¿Qué hora es? —pregunta cuando enciende la luz de la mesita de noche.

Violeta coge su móvil y comprueba con el rostro desencajado que se han dormido.

—Joder, Olga, la que llama debe ser mi madre. Tengo dos llamadas perdidas de ella.

—Vístete y no hagas ruido —le ordena Olga después de ponerse un batín para salir a abrirle.

Olga se atusa un poco el pelo mientras atraviesa el salón y llega hasta la puerta.

—Hola, Maite, ¿qué pasa? —pregunta haciéndose la tonta.

—Violeta no está en casa —dispara asustada como una madre que ha perdido a uno de sus cachorros.

—¿Qué?

Olga se hace a un lado y la deja pasar cerrando la puerta a sus espaldas.

—Me he despertado y he ido a llamarla como hago cada día cuando ya tengo el desayuno listo y no estaba en su habitación. He mirado por toda la casa y no está por ningún sitio, y la llamo al móvil y no lo coge —dice cada vez más angustiada.

—Debe estar en el horno —trata de tranquilizarla Olga elevando la voz un par de tonos.

Es lo primero que se le ha ocurrido y debe asegurarse de que Violeta la escucha para que su versión coincida.

—¿En el horno? —repite Maite descolocada.

—Sí, ayer me comentó que quería ir temprano para intentar hacer una receta de roscos que le había dado una amiga.

—¿Violeta haciendo roscos? Pero si nunca se ha interesado por aprender mis recetas. Cuando estaba aquí intentaba enseñarla y no había manera, hasta le regalé una libreta en la que yo escribía recetas que se me ocurrían para que las hiciéramos juntas, pero al final la di por imposible.

—Pues no sé, es lo que me dijo —responde Olga tratando de no mostrar su nerviosismo.

Violeta está vestida, tiesa como un palo junto a la puerta de la habitación, escuchando con espanto la coartada que le acaba de dar Olga.

—Ay, no sé, estoy muy preocupada —dice Maite—. ¿Tanto le costaba avisarme?

—No habrá querido despertarte. Si me esperas cinco minutos, me visto y nos vamos juntas al horno, ya verás como está allí.

—Está bien. Me va a escuchar esta hija mía cuando la vea —rezonga Maite muy inquieta.

Olga la deja en el salón y corre hasta la habitación cerrando la puerta en cuanto entra.

—¿Por qué le has dicho eso? —sisea Violeta—, yo no tengo ni idea de cómo se hace un rosco.

—Pues aprendes, y ya puedes correr —Olga le señala la ventana.

—¿Quieres que salga por ahí?

—Bien que saliste ayer por la tuya para echar un polvo, ¿no? —susurra Olga.

Violeta sonríe y se dan un beso en los labios que acaba convertido en una secuencia de varios que se repiten uno tras otro.

—Venga, ve, no puedo entretener mucho a tu madre y cuando llegue tiene que verte haciendo algo. Además, la pobre está muy preocupada —dice Olga sintiéndose culpable.

—¿Y de dónde saco yo una receta?

—Algo se te ocurrirá —Olga le da una palmada en el culo y abre la ventana.

Le da la mano a Violeta para que salga sin incidentes y vuelven a darse un beso.

—Ten cuidado de no resbalarte con la nieve —le advierte Olga.

Violeta asiente y se agacha para pasar por el lateral de la casa y que Maite no la vea por la ventana del salón. Olga se viste deprisa, sabe que debe darle tiempo a Violeta, pero se siente tan mal por su amiga, que tampoco quiere alargarle la angustia. Se lava la cara y las manos, se cepilla el pelo antes de hacerse un recogido rápido y sale al salón.

—Ten, te he preparado un café —dice Maite desde la puerta de su cocina.

Olga lo agradece, forma parte de su rutina y si se marcha sin tomárselo, no estará cómoda hasta que no lo haga. Mientras se lo bebe, a Maite le entra un mensaje en el móvil y cuando lo lee, suelta un resoplido.

—Mírala, a buenas horas —dice mostrándole la pantalla a Olga—. Tenías razón, ahora ha visto las llamadas y me contesta la muy sinvergüenza, dice que está en el horno.

Olga se muerde los labios y suspira con alivio. Eso no se le había ocurrido y agradece que Violeta haya cortado ya la angustia de su madre.

—¿Te importa entonces si me hago unas tostadas antes de irnos?

Cuando Olga y Maite llegan al horno veinte minutos más tarde, Violeta está en la cocina. Tiene un recipiente en el que ha batido huevos y está mezclándolos con la harina, el aceite y la levadura. También ha raspado un poco de limón y ha añadido un chorro de anís, todo ello después de hacer una llamada desesperada a su amiga Teresa y pedirle la receta de los roscos que ha recordado que llevó el día de su cumpleaños.

—¿Cómo se te ocurre marcharte y no avisarme? ¿Sabes lo preocupada que estaba? —suelta Maite en cuanto entran.

—Perdona, mamá, es que me he despertado muy temprano y como no podía dormirme…

Violeta sigue batiendo la masa, que poco a poco se va espesando. Olga la observa divertida desde la puerta, cruzada de brazos con una sonrisa que Violeta ve cuando la mira de reojo.

—¿Roscos al anís? —olfatea su madre.

—Sí —titubea Violeta.

—¿Desde cuándo haces tú roscos? —pregunta su madre, escrutando con ojo experto la consistencia de la mezcla.

—Desde nunca, pero ayer le contaba a Olga que mi compañera de trabajo los trajo un día para su cumpleaños y estaban muy buenos —miente volviendo a dedicar una breve mirada a Olga.

Su mirada se engancha fugazmente con la de Olga, que la observa desde la puerta con una mezcla de diversión y ternura que hace que el corazón le dé un vuelco.

—Y me entró antojo, así que he decidido intentar hacerlos —resume casi sin respirar.

Maite acepta la excusa y asiente.

—Está bien, pero la próxima vez me dejas una nota, y a esa masa le falta un poco más de harina —señala con el dedo—, y ponte un delantal, que te vas a poner perdida.

—Sí, mamá —responde con tono marcial.

Olga aprovecha que Maite ha salido para hablar con Antonio para acercarse corriendo a Violeta.

—Parece que hoy te quedas aquí haciendo de pastelera —dice guiñándole un ojo antes de mirar la masa—. ¿Nos vemos esta tarde en mi casa?

—Sí —se ríe Violeta haciendo una mueca de fastidio—. Esto es culpa tuya, deberías quedarte tú haciendo esto.

—Pero si estás monísima —Olga le lanza un beso al aire y cruza la puerta para ir a la tienda y comenzar a atender clientes.

CAPÍTULO 19

Es jueves y Violeta y Olga llevan un par de horas atendiendo sin descanso. El ajetreo constante de la panadería apenas les ha dejado tiempo para hablar entre ellas, pero las miradas cómplices, las sonrisas espontáneas y los roces disimulados de sus manos se suceden en cuanto tienen ocasión. El tintineo de la campanilla de la puerta marca el ritmo de un día que parece no dar tregua. Ninguna de las dos quiere pensar en el poco tiempo que les queda, pero la semana se acaba y Violeta, el lunes, estará viajando hacia Madrid.

Olga no para de darle vueltas al asunto mientras coloca meticulosamente los pasteles en el expositor, y la idea de mantener eso que tienen a distancia se le antoja insoportable. Sus dedos tiemblan ligeramente cada vez que rozan los de Violeta al pasarse las bandejas. Ella no es de esas, no es de las que saben esperar, necesita expresar todo lo que siente y sabe que los días de espera pueden acabar con ella.

Por su parte, Violeta está hecha un lío y cada vez que piensa en ello siente que el pecho se le comprime y que no puede respirar. Sus movimientos automáticos tras el mostrador se vuelven más lentos, más pesados. Su vida en Madrid le parece muy lejana ahora, como si fuera de una persona diferente a la que no conoce, y eso la agobia de un modo incontestable. Cada vez que mira a Olga y recuerda que se quedará sin ese cosquilleo que le provocan sus guiños o sus sonrisas cuando repara en ella, nota que ese nudo que tiene en el centro del pecho, aumenta de tamaño.

—Oye, Violeta, ¿te importa si cuelgo esto aquí? —Violeta la escucha de fondo, está tan absorta en sus cavilaciones que no es capaz de centrarse y la clienta le repite la pregunta hasta que es Olga la que se acerca.

—¿Qué es? —pregunta Olga, colocándose junto a Violeta.

Su presencia a su lado, el olor de su perfume y su calor corporal, pero sobre todo esa caricia sutil que Olga le ha hecho colocando un instante la mano en su cintura, han devuelto a Violeta a la realidad. La clienta, una vecina de toda la vida a la que Violeta conoce porque su nieta y ella iban juntas al colegio, les muestra un cartel que pretende colgar en el cristal del escaparate.

—Es un cartel para el concurso de roscones de reyes que hemos organizado las vecinas de la calle.

En ese momento sale Maite de la trastienda y Violeta y Olga, a pesar de que no están en ninguna posición comprometedora, se separan un poco dejándole sitio entre medio de ambas.

Maite se acerca al cartel y lo lee mientras asiente.

—Te podrías apuntar —dice Olga mirándola de reojo.

—¿Maite? Ni hablar —se ríe la vecina—, sería jugar con ventaja, pero vosotras dos sí que podéis —dice señalando a Violeta y Olga, que se miran y se ríen.

—¿Yo? —Violeta se señala a sí misma con gesto incrédulo.

—¿Por qué no? —pregunta la vecina sin perder esa sonrisa.

—Porque corro el riesgo de quedarme sin horno, Josefina, ayer hizo unos roscos de anís y por poco prende fuego a la cocina —dice su madre haciendo que todas se rían menos Violeta.

Ella hace una mueca y frunce el ceño, picada al darse cuenta de que su madre piensa que solo sirve para despachar en la tienda.

—Pues me apunto —dice de repente para sorpresa de Maite—, y Olga también.

—¿Yo? —se señala sorprendida—, a mí déjame tranquila, que apenas tengo tiempo.

—Venga… —le suplica Violeta cogiéndole las manos.

Olga se pone muy nerviosa.

—Por favor, solo será un día, el concurso se resuelve el sábado —dice releyendo el cartel para asegurarse—. Dame la satisfacción de ganarte antes de irme.

—¿Ganarme tú a mí? —se pica también Olga ante la mirada divertida de todos los presentes, incluida Maite, a quien le encanta la complicidad entre su hija y su vecina.

—Eso he dicho.

—Está bien, apúntenos a las dos —ordena Olga a la vecina.

—Estupendo —aplaude Josefina—. ¿Lo puedo colgar entonces?

—Claro —contesta Maite—. Ponlo donde tú quieras.

Josefina engancha el cartel en la puerta de la entrada y se marcha después de recordarles que el concurso es el sábado a las tres de la tarde.

—¿De verdad vais a participar? —pregunta Maite mirándolas con gesto divertido.

—Por supuesto —contesta Violeta muy digna.

—Nos podrías echar una mano —dice Olga. A ella le gusta cocinar y de vez en cuando hace algún postre, pero nunca se ha atrevido con un roscón de reyes.

—¿Yo? Ni lo soñéis, os espabiláis solitas, lo único que voy a concederos es la cocina para que mañana os paséis el día probando. Pero ya os advierto que la hija de Josefina tiene muy buena mano con la repostería, ¿por qué os pensáis que lo organiza?

—¿Estás diciendo que vamos a perder? —pregunta Violeta ofendida.

—Pero vamos a ver, cariño, tú no has hecho repostería en tu vida, no puedes esperar presentarte a un concurso y ganar.

Maite le da un beso y vuelve a la trastienda. Violeta se queda quieta con el gesto enfurruñado.

—¿Por qué te enfadas? —le susurra Olga aprovechando que hay poca clientela en ese momento y la están atendiendo sus otras compañeras.

—No me enfado —Violeta ni siquiera la mira y a Olga le parece demasiado adorable.

—Claro que sí, cariño —dice y Violeta se gira hacia ella con el corazón desbocado—, estás molesta, solo hay que verte.

Olga ni siquiera ha sido consciente del tono afectuoso que acaba de utilizar con ella por primera vez, pero a Violeta le ha afectado mucho. Está en un momento que ella considera de bajón, y que Olga la trate con ese cariño de un modo tan natural, es algo que se le acaba de arraigar en el pecho hasta cortarle la entrada de aire.

—Se cree que solo sirvo para vender pan —protesta con los ojos acuosos.

A Olga le sorprende lo afectada que está y la arrastra hacia el cuartucho que ellas utilizan para descansar.

—¿Por qué dices eso? —le susurra cuando están solas—, tu madre te valora más que a nada en el mundo, y te considera capaz de todo. Es solo que nunca has mostrado interés por aprender, y después del desastre de los roscos de ayer…

Olga decide omitir ese momento en el que les comenzó a llegar un intenso olor a quemado y encontraron a Violeta metiendo la bandeja de roscos debajo del grifo.

—Estaba nerviosa —se defiende agitada—, tuve que salir corriendo de tu casa y ponerme a hacer una receta que no había hecho nunca en tiempo récord. Después llegó ella contigo, empezó a regañarme y yo solo podía mirarte a ti, que estabas ahí escandalosamente guapa…

—Vale —la corta Olga mirándola con adoración—. Está bien, tienes razón, lo de ayer no cuenta. Pero no te pongas así, Violeta, tu madre no lo ha dicho con mala intención.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

Violeta se encoge de hombros como una niña, en ese momento solo quiere estar con Olga, que la cobije entre sus brazos y la deje relajarse junto a ella. Y Olga lo hace, parece leerle el pensamiento y, después de echar un vistazo hacia la puerta, la atrae hacia ella y la estrecha con fuerza.

—Yo confío en ti, Violeta —le susurra al oído entre besos que reparte por su oreja muy despacio—, pero si quieres quedar en una buena posición, tendrás que esforzarte mucho y hacer algo innovador que al mismo tiempo resulte tradicional. Ya has escuchado a tu madre, la hija de Josefina tiene buena mano.

Violeta asiente entre sus brazos, en ese momento le da igual el concurso, lo único que quiere es que Olga no la suelte.

CAPÍTULO 20

El viernes Violeta se despierta más temprano que ningún día. El cielo aún conserva ese tono azul oscuro que precede al amanecer. Apenas ha dormido, primero hablando por teléfono en voz baja con Olga, después intercambiando varios mensajes con ella cuando colgaron y acto seguido, simplemente pensando en ella y también en el dichoso concurso.

Se levanta con una idea en la cabeza. Ayer su madre habló de aquella libreta que le regaló donde apuntaba las recetas y Violeta sabe que sigue en la estantería con sus viejos libros porque nunca llegó a llevársela. Rebusca con ansia entre los títulos hasta que finalmente la encuentra y esboza una sonrisa victoriosa. Se sienta en la cama mientras observa la letra redondeada y pulcra de su madre en cada una de las recetas. Hay dos que son exclusivas para hacer roscones de reyes, pero Violeta no quiere copiarla porque quiere algo que añada su toque personal y, mientras se viste, va dándole vueltas al asunto.

Desayunan las dos juntas y cuando terminan pasan a buscar a Olga. Ayer quedaron en que las tres irían juntas al horno. Es un día diferente para ellas y están emocionadas, Olga y Violeta porque se van a pasar todo el día en la cocina haciendo pruebas y Maite porque en el fondo, le hace mucha ilusión que ambas participen en el concurso.

Cuando Olga sale de su casa, envuelta en una bufanda color crema que resalta el brillo de sus ojos, las dos cruzan una mirada electrizante que les paraliza el cuerpo. Ambas han de contener las ganas de saludarse con un beso y se conforman con un roce de manos cuando Olga se coloca al lado de Violeta para emprender la marcha hacia el horno.

—Bueno —dice Maite cuando ya están en la cocina—. ¿Habéis pensado lo que vais a hacer?

—Yo voy a hacer una receta tradicional —dice Olga—, me conformo con que me salga bueno.

—Por muy tradicional que sea, a ninguna nos sale igual, seguro que estará riquísimo. ¿Y tú, hija, también lo harás tradicional? —se interesa Maite.

Ayer Olga aprovechó un rato que se dedicaron las dos para ir a tomar un café a solas y le pidió que apoyase un poco a Violeta. Trató de ser muy sutil en su comentario, evitando mencionar que a su hija le afectaba mucho que no confiase en ella, pero Maite no solo adivinó eso, sino que, también se percató de que la confianza entre Olga y Violeta era mucho mayor de lo que ella sospechaba.

—Tradicional, sí, pero voy a añadirle un ingrediente extra.

—¿Ah, sí? —Maite sonríe complacida por su dedicación—. ¿Y cuál es?

—Ya lo adivinarás cuando la pruebes, eso si no se me quema, claro —suelta con un toque de retintín.

Maite se acerca a ella sonriendo y, atrayéndola con un abrazo, le besa la mejilla.

—Yo sé que no se te va a quemar, y estoy segura de que también estará deliciosa. Os dejo, que por vuestra culpa me va a tocar atender a mí a la gente —les reprocha con un guiño.

—¿Qué ingrediente es ese?

Olga se acerca a Violeta en cuanto Maite las deja a solas, la coge por la cintura y la atrae hacia ella hasta que sus caderas chocan y sus labios se estrellan en un beso suave y tierno.

—No te lo digo, que te copias —contesta Violeta colgándose de su cuello.

Olga se ríe y la estruja con más fuerza entre sus labios, hundiendo la cara en el hueco de su cuello para empaparse de su aroma.

—Tengo muchas ganas de hacer el amor contigo —susurra provocando espasmos en el cuerpo de Violeta.

—No digas eso ahora —le pide con la voz estrangulada por la agitación que siente—, que me desconcentras.

—Pero es que es verdad, te subiría encima de una de estas mesas y te comería entera.

Olga le muerde el cuello, a Violeta se le nubla la vista y también la mente.

—Eres una cabrona, lo haces para que no me salga mi roscón —bromea aferrada a ella como a un salvavidas.

Las dos miran hacia la puerta cuando escuchan pasos y se separan suspirando para comprobar con alivio, que se trata de una falsa alarma y quienquiera que pasase por ahí, no quería entrar en la cocina.

—Aléjate de mí —Violeta la señala con un dedo amenazante, aunque tiene las pulsaciones tan desbordadas que a duras penas sabe lo que tiene que hacer.

Olga le guiña un ojo y lanza un beso al aire mientras camina de espaldas hacia la que será su mesa. Situada a poco más de un metro de Violeta.

—Vale, vamos a centrarnos —dice Olga antes de beber un poco de agua.

—Sí, por favor —agradece Violeta con una sonrisa, aunque no puede evitar dedicarle varias miradas.

Después saca la libreta de su madre y la coloca sobre la mesa abierta por la página de la receta que ha escogido y que ahora tiene un par de apuntes que ella misma le ha añadido.

—¿Qué es eso? —pregunta Olga con curiosidad, mientras prepara lo que necesita.

—La libreta de recetas que me regaló mi madre.

Olga entorna los ojos divertida.

—Eso es trampa —dice y la señala.

—En realidad, no lo es. Si me la regaló, significa que las recetas ahora son mías, además, la he modificado.

Violeta esparce harina sobre la mesa y, cuando se gira, ya tiene a Olga a su lado.

—Venga, dime qué es, sabes que no me voy a copiar, además, te voy a ver.

Olga le hace una caricia muy suave en las costillas que le provoca un escalofrío y la hace tensarse. Violeta se da cuenta de que no va a parar, y también de que no tiene sentido ocultárselo, en algo tiene razón, en cuanto saque el ingrediente; lo verá.

—Está bien —si gira hacia ella y de repente le pone una mano llena de harina en toda la cara—, esto por pesada.

Olga abre la boca sorprendida y sonríe mientras se limpia y el polvo va cayendo frente a ella.

—Serás cochina —dice soplando la harina de sus labios.

A Violeta le hace mucha gracia el modo que tiene de arrugar la nariz, y después de darle un beso, coge un trapo y termina de limpiarla con mucho mimo. Olga aprovecha y vuelve a colocar las manos en su cintura.

—Bueno, ¿me dices el ingrediente o no?

Violeta va pasando el trapo por la mejilla de Olga con cuidado, centrada en no dejar rastro de harina por su cara.

—Pasas.

—¿Pasas? —repite Olga arrugando la ceja izquierda.

—Sí. Mi madre las añadió a una tarta de manzana, yo las voy a añadir al roscón de reyes, solo que, en lugar de ponerlas enteras que me dan un poco de asco, las voy a secar en el horno, después las trituraré y las añadiré a la masa espolvoreada.

Cuando termina de hablar, Olga la está mirando fijamente, concentrada y sorprendida.

—A mí me encantan las pasas —susurra.

—¿Sí? —a Violeta le tiembla la voz cuando pregunta, Olga le parece irresistible cuando la mira así.

—Entonces serás la primera en probarla.

Violeta llega con el trapo a la comisura de sus labios y lo deja caer para seguir la línea con sus dedos antes de tirar de su labio inferior hacia abajo y acercar los suyos encajándose de un modo tan perfecto, que las dos se entregan a ese beso como si todo hubiera desaparecido a su alrededor, tan compenetradas y necesitadas de seguir, que no escuchan los pasos de Maite cuando se acerca a la cocina y solo son conscientes de su presencia cuando la puerta se abre de repente y las sorprende de lleno.

Violeta y Olga se separan con tanta turbación, que ni siquiera pueden alzar la vista. Maite se ha quedado clavada en el sitio y Violeta es la primera que reacciona y la mira con los labios hinchados por el beso. Olga, sin embargo, está paralizada, por mucho que lo intenta no puede moverse. No es solo la vergüenza de sentirse pillada en el trabajo besando a una compañera como una adolescente con las hormonas desbordadas, es que siente que le ha fallado a Maite, no solo porque la empleada a la que besa es nada más y nada menos que su hija, es porque Maite se

ha convertido en su mejor amiga y ella no se ha visto capaz de sincerarse con algo tan importante como esto. Nota el corazón en la boca y un calor asfixiante que la hace sentir como si estuviera dentro de uno de los hornos.

—Mamá… —la voz de Violeta suena tan dócil como suplicante, ella no se siente tan incómoda como Olga, pero sí muy confundida y no sabe qué decirle.

Mira a Olga en busca de ayuda, pero se da cuenta de inmediato de que Olga está fuera de juego.

—Venía por si necesitabais algo, pero mejor vuelvo después —dice Maite todavía impactada por la escena.

Violeta, que la está mirando, no tiene la sensación de que su madre esté enfadada, pero Olga, que permanece cabizbaja y quieta como una estatua, nota un nudo de ansiedad estallarle dentro del cuerpo hasta el punto de que su pecho se sacude en un espasmo y el aire se le escapa de los pulmones dejándola con la boca abierta.

—Madre mía —dice con un hilo de voz en cuanto Maite cierra la puerta.

—Olga, tranquilízate —se preocupa Violeta al verla tan afectada—, no está enfadada, ¿vale? Creo que solo se ha sorprendido.

—Claro que se ha sorprendido, la he traicionado —en los ojos de Olga hay un brillo acuoso que pone muy nerviosa a Violeta.

—No digas tonterías, tú no has traicionado a nadie, ni yo tampoco. Lo hablamos y decidimos ocultarlo para ver cómo nos iba, ¿recuerdas? —Olga levanta la mirada y la clava en los ojos suplicantes de Violeta—. Después hablaremos con ella, le explicaremos lo que ha pasado y mi madre lo entenderá, no te agobies, por favor.

Violeta la abraza, pero Olga está muy tensa, la sola idea de que Maite vuelva a pillarlas no la deja relajarse. Intentan seguir con la elaboración de los roscones, pero Olga tiene la mente en otra parte, no se concentra y no hay nada que le salga, así que, finalmente, se quita el delantal y se acerca a Violeta.

—Me voy a casa, necesito despejarme o me explotará la cabeza aquí dentro —dice y le da un beso en la frente.

—Pero, Olga… —Violeta la mira con una mezcla de agobio y miedo.

—Estoy bien —le sonríe con tristeza—, pero es que, nos hemos equivocado, Violeta, ahora me doy cuenta. No decírselo a tu madre fue una torpeza y tengo la sensación de que he traicionado su confianza.

Violeta no sabe qué decirle, Olga está tan agobiada en ese momento, que no hay palabras que la reconforten.

—Está bien. ¿Puedo ir a tu casa después? —Violeta no se atreve a mirarla cuando le pregunta, aterrorizada por si recibe una negativa por respuesta.

Las manos de Olga aparecen a cada lado de sus mejillas de repente y la mira esbozando una sonrisa suave.

—Claro que puedes —dice antes de darle un beso de despedida y salir por la puerta trasera.

Violeta se queda mirando la puerta por donde ha salido Olga, con el corazón encogido y las manos todavía tibias del último contacto. Respira hondo y vuelve a centrarse en su mesa de trabajo, decidida a que, al menos, si todo lo demás se complica, su roscón sea algo de lo que sentirse orgullosa.

CAPÍTULO 21

Violeta y su madre hacen el camino de regreso a casa en silencio. El frío de la calle les enrojece las mejillas mientras avanzan, cada una sumida en sus propios pensamientos. Antes, cuando Maite ha vuelto a entrar en la cocina un par de horas más tarde, su hija ya le ha dicho que Olga se había marchado porque se había visto sobrepasada por la situación. Maite no ha querido comentar nada, y tampoco quiere hacerlo en plena calle, por eso espera hasta que llegan a su casa y terminan de comer.

El tintineo de los cubiertos contra los platos vacíos marca el final de una comida que ha transcurrido en un silencio incómodo.

—Bueno, ¿me lo cuentas? —pregunta Maite mientras coloca su servilleta sobre la mesa.

—¿Qué? —Violeta levanta la vista de su taza de café con aturdimiento.

—¿Qué pasa entre Olga y tú? Además de lo evidente —dispara directa su madre, con ese tono que siempre utiliza cuando quiere respuestas claras.

Violeta se aclara la voz y medita. Lleva parte de la mañana pensando en cómo afrontar esa conversación con su madre y ahora se ha quedado en blanco. La otra media se la ha pasado pensando en Olga, está muy preocupada y lo único que quiere es levantarse y pasar a la casa de al lado para ver cómo se encuentra.

—Violeta… —insiste su madre, inclinándose ligeramente hacia delante.

Al fin alza la mirada y la clava en su progenitora. Violeta decide relatarlo todo, no quiere omitir nada porque sabe que, en el momento que su madre hable con Olga, ella será completamente sincera y no quiere que sus versiones no coincidan. Le cuenta que se conocieron aquella noche en Huesca y su madre abre los ojos tanto que Violeta teme que se le vayan a salir de las cuencas.

—¿De verdad? —pregunta atónita. No parece enfadada, incluso se ríe y hace un movimiento que expresa su sorpresa—. Menuda casualidad.

—Ya —sonríe también Violeta, recordando aquella noche con un cosquilleo en el estómago.

Le sigue relatando la sucesión de hechos. Ese momento en el que su madre la llevó a casa de Olga para presentársela y las dos se reconocieron. Maite no sale de su asombro.

—¿Por qué no dijisteis nada en ese momento?

—Pues la verdad es que no lo sé, mamá. Las dos nos quedamos muy impactadas, para mí aquella noche en Huesca fue muy intensa, era algo en lo que pensaba mucho, pero que a su vez

sabía que no volvería a suceder porque ni siquiera sabía su nombre, y al encontrármela aquí y encima saber que era tu amiga, me quedé bloqueada y mi reacción fue la de fingir que no la conocía.

—Y ella te siguió el juego —continúa Maite.

—Sí —se ríe Violeta al recordar aquel momento que le parece tan lejano—, ella también se quedó muy descolocada.

Violeta le sigue explicando lo que sucedió después. Desde esa conversación en la que ambas decidieron que no debía pasar nada entre ellas, hasta el poco efecto que tuvo porque la atracción entre ambas era inevitable. Le cuenta que se han estado viendo a escondidas y que si no le han dicho nada, es porque no saben hacia dónde les va a llevar eso y que si sale mal, no querían que ella se viese en la tesitura de estar en medio.

Maite, como ya intuía su hija que pasaría, no se enfada por su comportamiento y las comprende.

—Me preocupa mucho Olga —dice Violeta finalmente.

—¿Por qué?

—Porque le ha afectado mucho lo que ha pasado, ella cree que ha traicionado tu confianza y me da miedo que decida cortar lo que sea que tenemos para dejar de sentirse así.

Maite mira a su hija, estupefacta y un poco preocupada. Ella intuía que había algo entre Olga y Violeta, pero no se imaginaba que ese algo era tan profundo como está empezando a descubrir.

—¿Tú qué sientes por Olga, Violeta?

Su hija la mira con el aire estancado en los pulmones, siente tantas cosas por esa mujer que ni siquiera sabe cómo explicarlas.

—No lo sé, mamá, me gusta, Olga me gusta mucho.

—¿Cuánto?

Violeta encoge los hombros y se toca el pecho, Maite traga saliva.

—¿Y Olga? ¿Ella te ha dicho algo?

—El tiempo se detiene cuando estamos juntas, mamá, por eso nos has pillado.

Maite abre la boca y vuelve a cerrarla sin saber qué contestar a eso.

—¿Has hablado con Olga desde que se ha marchado?

—Le he enviado un par de mensajes, pero no me ha contestado, ni siquiera los ha leído. Ahora iré a verla —dice Violeta compungida.

—¿Me dejas que vaya yo? —pregunta su madre sorprendiendo a Violeta.

—¿Tú? ¿Para qué?

—Bueno, me parece que del mismo modo que he hablado contigo, también tengo que hablar con ella, ¿no crees? Está asustada porque se piensa que me he enfadado…

—Sí —interrumpe Violeta.

—Pues déjame que vaya a explicarle a esa tonta que solo me enfadaré si te hace daño.

Maite se pone en pie con gesto cansado.

—Ese es precisamente uno de los motivos por los que no queríamos que supieras nada.

—Hija, ¿de verdad piensas que si os metéis en algo serio yo no me voy a enterar? No seáis ingenuas, por favor.

Violeta parpadea sintiéndose estúpida y sonríe brevemente.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo. Anda, ocúpate de hacer los pedidos de género que necesitamos para mañana. Lo tengo apuntado aquí para pedirlo.

Maite le entrega su agenda a Violeta y le muestra dónde tiene apuntados todos los proveedores. Violeta la coge con rapidez, sorprendentemente feliz de poder ayudarla en algo que no solo sea despachar clientes.

—¿Te importa si sigo probando mi roscón aquí? El último me ha quedado muy soso.

—Primero lava los platos de la comida y después haz lo que quieras, pero cuando acabes lo quiero todo recogido.

Por un momento, Violeta se siente como si tuviera quince años, cuando su madre tenía que perseguirla para todo porque era un poco vaga.

—Que sí —se ríe—, y no seas dura con Olga.

—Y dale, como sigáis empeñadas en que me tengo que enfadar, al final me enfadaré de verdad.

Maite sale por la puerta y Violeta coge aire. Le gustaría estar presente en esa conversación, pero sabe que ese es un momento entre ellas, entre las dos amigas, y ella no pinta nada.

CAPÍTULO 22

Olga está observando las paredes de su habitación con cierta sorpresa. El papel pintado que durante tanto tiempo había sido su obsesión yace ahora desperdigado por el suelo en jirones irregulares. Desde que ha llegado, ha empezado a arrancar papel para evitar pensar en lo que ha sucedido en la cocina del horno y no ha parado hasta que ha terminado. Ahora mira las paredes limpias y se siente extraña. Lleva días deseando terminar y debería estar eufórica, pero esa sensación agónica en su pecho no le permite disfrutarlo.

Se dirige a la cocina para coger bolsas de basura y tirar todo el papel que hay por el suelo de su habitación cuando llaman a la puerta. Los ojos se le van automáticamente al reloj de cuco que hay en la pared, y comprueba con asombro que son más de las tres de la tarde y ni siquiera ha comido. El estómago le gruñe recordándoselo. Deduce que es Violeta que viene para ayudarla con el papel, pero cuando abre la puerta, ansiosa por abrazarla, se queda paralizada cuando se encuentra con los ojos parpadeantes de Maite.

—¿Puedo pasar? —pregunta con una voz que intenta sonar casual pero que delata cierta tensión.

A Olga el corazón le late muy deprisa cuando se hace a un lado para que entre. Maite tiene suficiente confianza con ella como para sentirse en su casa, así que se quita el abrigo con parsimonia, lo cuelga en una silla y se remanga un poco el jersey porque hace demasiado calor.

—¿Me invitas a un café o te vas a quedar al lado de la puerta el resto de la tarde? —suelta Maite mirando a Olga, quien reacciona y cierra la puerta muy despacio.

—Sí, claro —dice, intentando concentrarse—. ¿Y Violeta?

—Violeta no vendrá hasta que tú y yo hayamos hablado, y en todo caso tendrás que ir tú, porque quiere hacer otro roscón.

Olga asiente y las dos entran en la cocina. Sirve dos tazas de café mientras Maite, que empieza a saber dónde está todo, saca la bandeja con galletas y mantecados del armario y la pone en la mesa.

—Maite… —Olga empieza a hablar, pero no sabe qué decirle.

—Me lo olía, Olga —la corta su vecina y ella abre los ojos con sorpresa.

—¿Te lo olías?

—Sí. No me preguntes cómo ni por qué, supongo que son cosas que se intuyen, pero esa forma de miraros y la complicidad que tenéis, en el fondo yo sabía que había algo más.

—Debí decírtelo —dice avergonzada.

—No, no debiste. Violeta ya me lo ha explicado todo, desde el principio —puntualiza Maite.

Olga la mira con recelo y frunce el ceño.

—¿Desde Huesca?

—Desde Huesca —confirma Maite—. Entiendo la decisión que tomasteis, aunque me parece absurdo, Olga, sabes que tarde o temprano me iba a enterar.

Olga se recuesta contra el respaldo de la silla, más tranquila.

—Sí, pero es complicado por numerosas razones, Maite. Tú eres mi mejor amiga y Violeta tu hija, le saco diez años, tú y yo trabajamos juntas. Hay un montón de factores que creo que son determinantes para pensar que no puede salir bien. Cuando Violeta y yo decidimos callarnos para mí todo era más volátil, era una atracción muy fuerte y su personalidad me fascinaba, pero no sabía si la cosa pasaría de ahí, quiero decir, si podría llegar a haber sentimientos de por medio. Joder —Olga suelta un bufido hasta que vacía los pulmones—, te hablo en pasado como si hiciese meses de todo esto y apenas hace una semana.

—¿Y qué pasa ahora, Olga? Y en esto sí que te pido que seas muy sincera. ¿Tú qué sientes por Violeta?

Olga también encoge los hombros en un gesto muy parecido a la respuesta de Violeta, solo que ella está a punto de ahogarse con su propia congoja.

—Yo lo que siento es que no puedo respirar cuando pienso en que el lunes se va a ir —dice clavando la mirada en las baldosas de la cocina.

Maite aprieta los labios con una mueca de preocupación.

—Debería cambiar las baldosas —dice Olga distraída—, son espantosas.

Maite estira el brazo y le coge la mano por encima de la mesa. Olga da un respingo y, al mismo tiempo, se estremece y ese nudo que amenaza con estrangularla, aumenta de tamaño.

—¿Qué vais a hacer? ¿Os vais a seguir viendo cuando ella se marche?

—No lo sé, no lo hemos hablado —a Olga la voz se le quiebra.

—Te lo preguntaré de otra manera. ¿Tú qué es lo que quieres?

—Quiero que lo que siento por ella deje de aumentar a cada segundo que paso a su lado, porque cuando se vaya me asfixiaré, Maite.

—Tenéis que hablarlo, Olga. Os tenéis que sentar las dos y dejar claro tanto lo que sentís la una por la otra como lo que esperáis de lo que sea que tenéis.

—¿A ti te parece bien que esté con tu hija? — pregunta Olga, lanzando la cuestión que lleva martirizándola desde que supo quién era Violeta.

—A mí no se me ocurre nadie mejor para Violeta, Olga, me da igual que trabajemos juntas o que le saques unos años. Lo que a mí me importa es que la hagas feliz, y si con el tiempo no sale bien, pues cada una a lo suyo y tú y yo tan amigas.

—Eso no es tan sencillo y tú lo sabes.

—Sí que lo es, Olga. Yo ya tengo una edad y suficiente experiencia en la vida como para

entender que las relaciones pueden no durar eternamente y que se pueden romper en cualquier momento. Siempre que no le hagas ninguna marranada, nuestra amistad no tiene por qué verse afectada, y si se la haces, pues bueno, encontrarás más amigas y yo también.

Olga la mira y sonríe, soltando el aire por la nariz, agradecida por la sinceridad de su vecina, pero sobre todo por el apoyo que le está mostrando.

—Bueno, tampoco adelantemos acontecimientos. A tu hija solo le quedan tres días aquí, tal vez esto solo haya sido una aventura navideña a la que las dos le estamos dando más importancia de la que tiene solo porque nos vemos a diario. Quizá cuando se marche, cada una vuelve a su vida y esto se queda en un buen recuerdo, o en algo que se repite cuando ella venga de visita.

Maite no se queda muy convencida con las palabras de Olga, pero si eso es lo que su vecina necesita decirse a sí misma para no agobiarse, ella no piensa rebatirlo. Tampoco puede meterse ni decirles lo que tienen que hacer, lo único que hará será estar ahí, atenta por si alguna la necesita y cruzando los dedos para que decidan lo que decidan, ninguna salga herida.

—Bueno, yo solo quería que supieras que no estoy enfadada y que me sigues teniendo. Ahora mueve ese culo y vamos a probar ese roscón de Violeta. Por cierto, tú deberías hacer alguna prueba también, para refinar detalles.

—Mi roscón no tiene ningún secreto, Maite, voy a hacer una receta tradicional sin más —dice y se levanta.

—¿El de Violeta sí? —Maite la mira interrogativa y se levanta también.

—Tal vez —dice Olga, guiñándole un ojo mientras se dirige hacia el salón, dejando a Maite sorprendida y quieta como una estatua.

Un minuto después, las dos llegan juntas a su casa y cuando entran en la cocina, encuentran a Violeta echando un vistazo dentro del horno. En cuanto se incorpora, su mirada se clava en los ojos de Olga —situada justo detrás de Maite— y el corazón se le desboca. Violeta quiere saltar a sus brazos y besar esos labios que lleva echando de menos toda la mañana, pero no se atreve, su madre está delante y tampoco sabe cómo está la situación entre ellas.

—Esto es un poco raro —dice Maite riendo al mismo tiempo que hace un gesto con las manos—. Voy un momento al baño.

Esquiva a Olga y las deja solas en la cocina. Violeta la mira con los ojos muy abiertos hasta que la vecina de su madre, después de escuchar la puerta del baño cerrarse, le sonríe y se acerca a ella.

—Ven aquí —dice posesiva y Violeta se excita de un modo inexplicable.

Olga la coge por la cintura, la pega a su cuerpo con firmeza y le da un beso de los que dejan a Violeta con la mente trastornada.

—¿Todo bien entre nosotras? —pregunta cuando recupera la cordura, con los ojos clavados en los labios sonrosados y brillantes de Olga.

—Claro —responde Olga.

—¿Y tú y ella? —pregunta haciendo un gesto hacia el pasillo.

—También.

—Pues no vuelvas a ignorarme así —Violeta le da un cachete en los hombros con ambas manos y después coloca las manos en su cuello para volver a besarla.

Olga se deja hacer, aunque tiene el oído puesto en la puerta del baño y cuando la escucha abrirse, rompe el beso y se separa de Violeta.

—Si puede ser, prefiero que no vuelva a pillarnos —dice Olga, sonriendo y guiñándole un ojo.

Violeta se derrite y le devuelve una sonrisa bobalicona que no pasa desapercibida a su madre cuando entra en la cocina.

CAPÍTULO 23

—¿Te puedes estar quieta? —se enfada Maite con su hija mientras ella da vueltas por la cocina del horno.

Son casi las doce de la mañana del sábado y Violeta y Olga acaban de meter en los hornos los roscones que llevarán en pocas horas al concurso. El aroma a masa recién horneada ya comienza a inundar el ambiente. A Olga no le importa en absoluto el resultado y está apoyada contra una mesa mientras observa con una sonrisa a Violeta, que comprueba el horno cada diez segundos como si su vida dependiera de ello.

—¿Y si se quema?

—Lo acabas de meter, hija, ¿cómo va a quemarse? —responde Maite poniendo los ojos en blanco.

Olga ya no puede aguantarse y se le escapa una carcajada que resuena por la estancia. Violeta se gira hacia ella enfurruñada y tuerce el gesto, arrugando la nariz de una forma que a Olga le parece adorable.

—¿Tú de qué te ríes? —exige saber con un tono irritado que se le pasa de golpe cuando Olga le dedica una caída de ojos que la deja temblando, con las piernas como la gelatina.

Maite las ignora a ambas, tiene la libreta que en su día regaló a su hija. Está leyendo con agrado los cambios que Violeta ha hecho tanto en esa receta como en otras, pasando las páginas con delicadeza mientras asiente complacida.

—Esto deberíamos probarlo, con estos cambios estoy segura de que sale riquísimo —comenta en voz alta.

Las dos la ignoran. Olga se ha levantado y se ha acercado a Violeta muy despacio, como quien se acerca a un animal asustadizo.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —le pregunta en tono conciliador.

Le hace una caricia en la mejilla y le aparta un mechón rebelde de pelo de la cara con una ternura que hace que a Violeta se le encoja el corazón.

—Porque quiero que me salga bien —dice y mira a su madre de reojo, mordiéndose los labios por dentro.

Olga tiene claro que más que el propio concurso, lo que le interesa a Violeta es la aprobación de Maite.

—Pero si está encantada, cariño, mírala con tu libreta —sisea Olga, inclinándose para susurrarle al oído.

Violeta vuelve a mirar, pero el cerebro ya se le ha fundido con la frase de Olga. Cada vez que se dirige a ella de ese modo tan afectuoso, su corazón se derrite y siente un agradable cosquilleo recorrerle todo el pecho hasta terminar en una pequeña explosión burbujeante sobre su vientre.

—Eh —llama su atención Olga con dulzura—. Ayer la probamos y estaba deliciosa, Violeta, es imposible que no les guste. Puede que no ganes, pero te aseguro que van a ser muchas las que le pidan a tu madre que les prepare ese roscón para reyes.

—¿Tú crees?

—Claro.

—¿Y el tuyo?

—Uno como el mío lo pueden comprar en cualquier pastelería. Anda, ahora sí que puedes comprobar el horno.

Violeta le sonríe enternecida y se planta delante del horno como un guardia que custodia un preso.

Las tres han comido juntas en el propio horno después de que Olga haya ido a comprar a la misma tienda del otro día. Ahora, las dos están sacando sus roscones de la nevera y salen a la calle para ir a la plaza donde se celebra el concurso.

Cuando llegan, encuentran a Josefina y otros vecinos detrás de dos mesas como las que se utilizan en las fiestas del pueblo. Sobre ellas, todos los participantes, hombres y mujeres, dejan sus roscones después de que se les asigne un número y se coloque un pequeño cartel frente al roscón, de ese modo se aseguran de que las decisiones son imparciales y nadie se guía por los nombres de sus autores para decidirse por uno u otro.

Media hora más tarde, comienza a llegar la gente del pueblo y también los seis miembros que formarán el jurado. Violeta no conoce a ninguno, pero su madre los conoce a todos.

—Suerte que han puesto números, porque, de todas esas, dos son primas de Josefina.

—¿Y si le han chivado cuál es el de su hija? —se preocupa Violeta.

—El karma los castigará con las diarreas de la muerte, tú no te preocupes —dice Olga provocando la risa de Maite.

La siguiente hora la pasan charlando con vecinos y paseando por algunos puestos que el propio ayuntamiento ha permitido colocar para convertir ese pequeño concurso organizado por los vecinos, en un entretenimiento en el que todo el pueblo pueda pasar un buen rato envuelto en un ambiente todavía más navideño gracias a los villancicos que suenan por los altavoces.

Cuando llega la hora del veredicto, Violeta y Olga se ponen en pie. El total de roscones sobre la mesa son catorce y Violeta los mira preocupada porque el suyo es uno de los primeros que el jurado ha probado y ella opina que para cuando lleguen al último, el sabor del suyo se les habrá olvidado.

Sin darse cuenta, se ha agarrado a la mano de Olga con firmeza y con la otra está aferrada

al chaquetón de su madre como cuando era pequeña y temía perderse cuando la llevaban a la feria.

Maite mira de reojo a su hija y después, también nerviosa porque ella que entiende de repostería sabe que merece el premio, clava la mirada en el jurado. En algún momento, Violeta se suelta de su mano y cuando Maite vuelve a mirarla, descubre que Olga está a su espalda y la tiene rodeada por la cintura en un gesto entre cariñoso y protector mientras que Violeta se aferra a las manos que Olga cruza sobre su pecho y contiene la respiración.

El jurado se pronuncia y nombra en primer lugar al tercer ganador, que se llevará un lote de turrones y un diploma. Es un vecino del pueblo, un chico de diecisiete años que ha comenzado a estudiar en una escuela de cocina este mismo año. Todo el mundo aplaude, y él, rojo y contento al mismo tiempo, recibe el premio entre risas y el regocijo de su madre.

Cuando anuncian al segundo ganador, Violeta y su madre se quedan de piedra. Es la hija de Josefina y ninguna da crédito a lo que escucha. La única que no se entera de nada y sigue aplaudiendo es Olga, que no la conoce. Cuando los aplausos terminan, es el número de Violeta el que suena a través del micrófono como ganadora del concurso. Olga y Maite reaccionan del mismo modo y comienzan a dar saltos histéricos mientras aplauden y gritan a una Violeta que se ha quedado petrificada.

—¿He ganado? —pregunta pasmada girándose hacia ellas.

—Claro, tonta —Olga se ríe y no consigue contener las ganas de besarla, así que le acuna las mejillas entre las manos y le da un beso en los labios que Violeta recibe con una sonrisa y el corazón desbocado.

Después es su madre la que le da un achuchón y la felicita antes de empujarla hacia las mesas donde debe recoger otro lote de turrones, además de una botella de vino y otra de cava junto al diploma. Olga le hace fotos con el móvil para inmortalizar un momento que sabe que es tan importante para Violeta, y después de recibir las felicitaciones correspondientes y de que las tres se queden un rato más por allí, deciden volver a casa cuando comienza a lloviznar.

—¿Te importa si me quedo en casa de Olga esta noche, mamá? —pregunta Violeta en cuanto llegan a la puerta.

Maite sonríe y se gira hacia ella.

—No, cariño, claro que no me importa —Maite la envuelve en un abrazo y sonríe con ternura a Olga, que la mira expectante—. Estoy muy orgullosa de ti, Violeta. Sabía que ibas a ganar.

—¿De verdad? —Violeta no da crédito.

—Por supuesto, en cuanto probé el roscón ayer por la tarde lo tuve clarísimo. Anda, dame, llévate todo eso a casa de Olga y lo celebráis.

—Creo que con esto nos apañamos —Violeta se queda con la botella de vino y una tableta de turrón, el resto se lo entrega a su madre y las dos se marchan a casa de Olga bajo la mirada preocupada de Maite, que parece ser la única que se da cuenta de la profunda conexión que hay

entre ellas.

CAPÍTULO 24

El domingo, cuando salen del horno y Maite y Olga bajan la persiana dando por finalizada la jornada, Violeta las mira a un par de metros de distancia, sintiendo que se ahoga. De repente tiene un nudo comprimiendo su garganta y siente un vacío muy difícil de explicar, como si algo vital se le escapara entre los dedos. Ese ha sido su último día trabajando allí; mañana volverá a Madrid y tendrá que retomar su vida, y solo de pensarlo tiene ganas de llorar.

—Violeta, ¿no vienes? —la voz de su madre la saca de sus pensamientos.

Su madre y Olga la miran desde la esquina con gesto interrogante, a ella le gustaría decirles que le den un par de minutos, que necesita serenarse y despedirse a su manera, pero sabe que si lo hace, le harán preguntas, y ahora mismo no se ve con fuerzas de responder cosas que ni ella misma entiende.

Es el último día del año y después de comer, deciden ir a pasar la tarde a Barbastro para que Olga vea uno de los pesebres que forman parte de la Ruta del Belén de Aragón. Las calles están llenas de gente que aprovecha las últimas horas del año para sus compras de última hora. Maite no dejaba de insistir en que debían ir ellas solas, consciente de que es su último día juntas, pero las dos han estado de acuerdo en que querían compartir ese rato también con ella. Violeta porque esa era una tradición de sus padres cada año y no quiere que su madre se la pierda solo porque su padre se ha marchado, y Olga porque necesita demostrarle a su amiga que, aunque hubiese algo entre su hija y ella, no significa que no puedan compartir tiempo juntas.

La tarde en Barbastro se les pasa volando, primero merendando y después contemplando los setenta metros cuadrados de pesebre situado en la Calle Santa Teresa de Jornet.

—¡Qué maravilla! —dice Olga impresionada.

—El año que viene iremos a visitar el de otro pueblo. José y yo íbamos a uno diferente cada Navidad.

Violeta mira a su madre y le parece encontrarla muy serena. Es como si por fin hubiese aceptado que no va a volver y estuviera comenzando a pasar página y enfrentarse a su nueva vida. Olga le aprieta la mano y le da un beso en la frente sonriendo.

—Estará bien, no te preocupes.

—Normal, si tú estás cerca —dice Violeta arrimándose a ella para que la abrace.

Olga la rodea con un brazo y la achucha contra su cuerpo. Ninguna dice nada, aunque tienen ganas de decirse muchas cosas.

Llegan a Alquézar cerca de las nueve de la noche y, siguiendo los planes ya pactados por la mañana, las tres van directas a casa de Maite. Es Nochevieja y van a cenar y a despedir el año juntas.

Las tres se meten en la cocina, de nuevo han decidido que nadie va a cocinar esa noche y han dejado la comida que han comprado preparada para calentar. Mientras Maite se encarga de eso, Violeta y Olga se ocupan de preparar los platos con las uvas para cuando den las campanadas. Entre ellas flota un ambiente extraño, un cruce de miradas constante que acelera sus corazones y provoca tensión en sus cuerpos. Las dos saben que esa noche no solo van a despedir el año, también se van a despedir ellas, y ninguna parece capaz de afrontarlo.

Durante la cena, Maite es la que lleva el peso de la conversación desde el principio hasta que las dos consiguen relajarse y todo transcurre entre risas, miradas cómplices y algún beso robado cuando Maite no mira. Cuando llega la hora de las uvas, las tres miran concentradas la televisión y tragan una tras otra al ritmo de las campanadas hasta dejar los platos vacíos. Después brindan con las copas de cava y se felicitan el nuevo año entre abrazos y besos como es tradición.

Violeta tiene las mejillas rojas por el calor y el subidón que le ha provocado el abrazo con Olga, o ese momento en el que las dos se han mirado y se han besado varias veces entre risas.

—No esperaba comenzar el año así cuando vine —confiesa Violeta en un susurro mientras su madre permanece distraída con los artistas que cantan en el programa de televisión.

—¿Empezarlo cómo?

—Contigo.

A Olga el corazón le late hasta en las orejas.

—Yo tampoco contaba con esto, pero me alegro.

Las dos se sonríen y vuelven a besarse.

—Esta me encanta, vamos a bailar —se levanta de un salto Maite.

Olga y Violeta se unen a ella y, durante la siguiente hora, las tres bailan hasta las canciones que no les gustan o no han escuchado nunca. Disfrutan hasta que sus cuerpos dicen basta y deciden que es la hora de irse a dormir.

—Quedaos aquí esta noche —dice Maite mirando por la ventana—, está lloviendo a cántaros. Yo me pongo los tapones y es como si no estuviera.

Olga y Violeta se ríen por el comentario y después de despedirse de Maite, entran en la habitación de Violeta.

—Así que aquí es donde duermes —dice Olga juguetona.

Violeta se gira hacia ella y después mira la cama notando como el cuerpo empieza a arderle de un modo perturbador.

—No es precisamente dormir lo que me apetece ahora mismo —dice y se acerca a ella.

Violeta coge a Olga por el cuello del jersey y la arrastra por la habitación hasta que llegan a la cama, donde la empuja y hace que caiga con la espalda sobre el colchón mientras la mira con

los ojos arrasados de deseo.

—Procura no hacer ruido —sonríe Olga acalorada cuando Violeta comienza a desnudarse —. Quiero poder mirar a tu madre a la cara por la mañana.

—Mi madre tiene el sueño muy profundo, no necesita los tapones —zanja Violeta lanzándole las bragas.

Olga las coge al vuelo y con el cosquilleo del deseo paralizándole la mente, comienza a desnudarse mientras Violeta se acerca a ella.

CAPÍTULO 25

Olga abre los ojos porque le molesta la luz de la mesilla al encenderse. Los párpados le pesan y el mundo todavía está difuso cuando se encuentra con Violeta hecha un ovillo mientras la mira con gesto derrotado, los ojos le brillan en la penumbra. A pesar del sueño y de que su cerebro todavía no se ha puesto en marcha, todas las alarmas de Olga saltan en ese momento, como si un interruptor se hubiera activado en ese momento.

—¿Qué te pasa? —pregunta sacando la mano de debajo de las mantas para acariciarle la mejilla.

—No quiero irme —la voz le sale estrangulada y Olga la ve tragar saliva mientras aprieta los labios, formando una línea tensa y temblorosa.

La conciencia de que todo acaba esa mañana cae sobre ella como un muro derribado que la aplasta. El aire se vuelve denso, casi irrespirable. Olga se arrastra y se pega más a Violeta intentando contener el llanto que, de manera repentina, pugna por desbordarle los ojos.

—Yo tampoco quiero que te vayas, Violeta —susurra y vuelve a hacerle una caricia, consciente de que ha sido un error no hablar de eso antes.

—Pero mi vida está allí —Violeta lo dice porque es un hecho, pero para ella es como una sentencia y comienza a agobiarse hasta el punto de que su respiración se vuelve irregular, entrecortada, como si el aire no encontrara camino hacia sus pulmones.

—Lo sé —Olga no sabe qué decir, solo de pensar en que en unas horas no volverá a verla, el corazón se le detiene. Sus dedos se tensan sobre la mejilla de Violeta, como si quisiera retenerla.

—No me quiero ir —el sollozo repentino de Violeta la coge desprevenida cuando se abraza a ella llorando—. Todo lo que quiero lo tengo en Alquézar —balbucea entre hipidos.

Olga la estrecha entre sus brazos hasta casi fundirse con ella, sigue paralizada sin saber cómo consolarla, porque no puede ni quiere condicionar las decisiones de Violeta.

—Tranquilízate, cariño —le susurra mientras las lágrimas corren también por sus mejillas.

Violeta balbucea cosas contra su pecho que Olga no consigue entender, así que se centra en calmarla y de paso secarse las lágrimas cuando escucha un par de toques suaves en la puerta. El llanto de Violeta se detiene de manera abrupta, pero no contesta, así que lo hace Olga.

—¿Sí?

—Soy yo —dice Maite sin abrir la puerta—, solo quería saber si preparo desayuno para vosotras también.

Olga tiene la cabeza a punto de estallarle y Violeta vuelve a estar llorando, así que, como considera que el asunto es lo suficientemente importante, le pide a Maite que entre, puesto que las dos se pusieron el pijama para no congelarse después de su acalorado encuentro.

—¿Qué pasa? —pregunta Maite preocupada en cuanto sube la persiana.

Olga la mira derrotada, incapaz de expresar el drama que las dos sienten en ese momento. La madre de Violeta se sienta en un lado de la cama y trata de que su hija se separe de Olga para que la mire a la cara.

—No me quiero ir, mamá —vuelve a sollozar su hija abrazándose esta vez a ella.

Maite la acoge entre sus brazos y mira a Olga con cara de susto, pero no tiene tiempo de decir nada porque Violeta sigue balbuceando.

—Odio mi trabajo —confiesa haciendo que las dos se miren sorprendidas por la noticia—, allí no me valoran y me siento una inútil, el único sitio donde estoy bien es aquí.

Maite la consuela y deja que llore hasta que se cansa. Mientras tanto, Olga permanece inmóvil a su lado, con el corazón desbocado y las emociones a flor de piel. Las dos se miran interrogantes y Olga hace un gesto negativo con la cabeza porque sabe que quien debe tomar la palabra en este caso; es Maite, no ella.

—Vamos a ver, Violeta —dice su madre cuando su hija deja de llorar.

Violeta se sienta justo al lado de Olga, las dos con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

—¿Tú estás segura de lo que sientes por Olga?

Las dos miran a Maite sorprendidas, Violeta porque el corazón le está estallando en ese momento, Olga porque no entiende el motivo de la pregunta, Violeta no la ha nombrado a ella en ningún momento.

—Porque si lo tienes claro —sigue Maite sin esperar a que responda—, en el horno siempre has tenido un puesto asegurado y tú lo sabes. A mí no hay nada que me haga más feliz que tener cerca a mi única hija, pero no quiero que te equivoques y tomes una decisión precipitada —dice mirando también a Olga—. No tenía ni idea de que estabas mal en el trabajo, no me habías contado nada, pero, en cualquier caso, mi opinión es que tienes que volver a Madrid y pensar muy bien en lo que quieres. Tomar decisiones en caliente nunca es bueno.

—Estoy de acuerdo —interviene Olga tras coger aire y serenarse un poco—. Tu madre tiene razón, Violeta, debes volver a tu vida, cuando recuperes la rutina, tal vez no lo veas todo tan negro.

—¿A ti te da igual que me marche? —escupe Violeta dolida.

—No, cariño, no me da igual y tú lo sabes, pero no puedes tomar una decisión como esa tan a la ligera.

—Olga y tú os podéis seguir viendo los fines de semana, Violeta. Vuelve a Madrid y tómate unos días para pensar bien en lo que quieres y lo que necesitas.

—Volveré a Madrid, pero no tengo nada que pensar, mañana mismo pediré la baja

voluntaria y daré los quince días, así que en dos semanas estaré de vuelta os guste o no.

Violeta se levanta malhumorada y después de coger ropa limpia, se encierra en el cuarto de baño.

—¿Qué le pasa en el trabajo? —le pregunta Maite a Olga.

—No lo sé, a mí no me ha dicho nada —responde Olga.

Maite suelta un suspiro de preocupación y después coge la mano de Olga.

—Y tú, ¿cómo estás?

Olga hace botar los hombros.

—Bien, supongo —contesta Olga.

Durante el desayuno consiguen que Violeta les explique que hace muchos meses que se siente infravalorada en el trabajo, que su jefe no hace más que explotarla con la promesa de un aumento de sueldo que nunca llega y que lo que antes era un trabajo que la motivaba, ahora la agobia y no le aporta nada.

—¿Por qué no me lo habías contado? —se enfada su madre.

—Porque no puedes hacer nada —responde Violeta.

—¿Y no has pensado en cambiar de trabajo? —le pregunta Olga.

—Muchas veces, pero allí está mi compañera Teresa, que es la única que logra que mis mañanas sean amenas. Además, ya no sé si eso es lo que verdaderamente me gusta, creo que me he quemado demasiado rápido y ni siquiera la idea de comenzar de nuevo en otro sitio me motiva.

Maite baja la cabeza con preocupación, sin saber qué aconsejarle ante una situación de hastío como esa.

Violeta apura los minutos en Alquézar hasta terminar de comer, cuando después de acabarse el café, se levanta y anuncia que se marcha. A Olga se le vuelve a caer el mundo encima, pero mantiene el tipo y se pone en pie forzando una sonrisa. Violeta se despide de su madre dentro de su casa y Olga la acompaña hasta la calle para compartir un último momento de intimidad con ella.

—Bueno, supongo que me llamarás cuando llegues —dice Olga.

—Esto es un asco —protesta Violeta irritada.

—Lo sé —Olga sonríe a pesar de las circunstancias, le hace gracia el comportamiento adolescente de Violeta—, pero vendrás por aquí más a menudo, ¿no?

La coge por la cintura y le da un beso en los labios demasiado tierno. A Violeta las piernas le flojean.

—¿Estás rompiendo lo que sea que tenemos? —pregunta descompuesta.

—No rompo nada, Violeta. Como has dicho, ni siquiera sabemos lo que tenemos. Vuelve a Madrid, aclárate con lo que quieres hacer y después hablamos tú y yo.

—¿Y si decido quedarme?

Olga nota que la cabeza se le va, no quiere decir nada que condicione sus decisiones, y al

mismo tiempo quiere ser sincera con ella.

—Lo hablamos, Violeta, no tiene sentido decidir nada ahora.

—Para mí sí que lo tiene —Violeta se suelta—. Me gustas mucho y quiero ver a dónde nos lleva esto, ¿o es que tú no sientes nada?

—Joder, Violeta —Olga se pasa las manos por el pelo—, claro que siento, me va a estallar el pecho por tu culpa. No quiero separarme de ti, ¿entiendes eso? Ahora te vas y para mí es como si me arrancaran un trozo de alma que no voy a recuperar hasta que vuelvas.

—Qué bonito —Violeta se ríe y Olga la mira perpleja hasta que también sonríe.

—Anda, vete ya para que tengas tiempo de deshacer las maletas y descansar. Llámame cuando llegues, ¿vale?

—¿Y mañana? —Violeta pone cara de niña buena.

—Mañana también, y pasado, y al otro —le susurra Olga besándole la oreja. De ahí pasa a sus labios y se pierden en un beso nostálgico que se prolonga hasta dejarlas con dolor de mandíbula.

Olga se queda en la calle hasta que el coche de Violeta se hace tan pequeño en la distancia, que ya no puede verlo. Después duda entre ir hacia su casa o entrar a la de Maite, pero opta por la segunda porque está tan desolada que no quiere estar sola.

En cuanto pone un pie dentro, se derrumba y Maite la abraza consciente de que ha estado manteniendo el tipo desde que se ha levantado.

—Tranquila —le susurra su amiga—, os veréis muy pronto, ya verás.

—¿Y qué pasa si decide quedarse allí, Maite? Yo no quiero una relación a distancia.

Aunque Violeta lo ha intentado, Olga ha conseguido que se marche sin llegar a tener esa conversación. Porque sabe que si le dice lo que piensa, la decisión de Violeta se puede basar únicamente en su desasosiego por no tener a Olga, y ella no quiere ser la responsable de que abandone su vida por algo que ni siquiera saben si irá más allá de lo que han tenido.

—No te puedo ayudar con eso, Olga, es algo que tenéis que resolver entre vosotras.

—Lo sé —dice y vuelve a hundir la cabeza sobre su hombro.

CAPÍTULO 26

—¿Tú estás segura de lo que vas a hacer? — pregunta Teresa mientras remueve distraídamente su ensalada en la cafetería de la empresa.

Violeta le ha contado todos los detalles de su historia con Olga, también ha añadido todo lo que siente y el vacío que hay dentro de ella desde que ayer la despidió en la puerta de la casa de su madre. El recuerdo de ese último beso todavía le quema en los labios.

—Solo hace un día que no la veo y siento que hace años —suspira, dejando caer el tenedor sobre el plato que apenas tocado.

—Eso lo entiendo, Violeta, y te apoyo, pero es una decisión importante. ¿Y si te acabas cansando del trabajo en el horno? Recuerda que de adolescente dices que lo odiabas.

—De adolescente quería probar otras cosas y que mi vida no se redujera a quedarme en el pueblo ayudando a mis padres en el horno. He estudiado la carrera que quería y he tenido la oportunidad de ejercer.

—En este sitio de mierda —se ríe Teresa señalando el edificio gris y deprimente que se ve a través de la ventana—, la verdad es que no me extraña que te quieras marchar.

—Estos días en el horno han sido una maravilla, Tere. Y cuando gané el concurso de roscones —Violeta se interrumpe con una sonrisa orgullosa—, sé que es un premio cutre que no significa nada, pero me sentí mucho más orgullosa que aquí cuando acabamos un proyecto. Además, aunque no se lo he dicho a mi madre, disfruté muchísimo mientras preparaba la receta, sobre todo mientras pensaba en cómo cambiarla y darle mi toque personal.

—Joder, a ver si ahora me vas a salir pastelera.

Las dos se ríen divertidas.

—En fin, volvamos ya. Hernán me recibirá en su despacho ahora.

—Pobre gilipollas, ese no se espera el bombazo que le vas a soltar —se regocija Teresa—, solo espero que no me pongan a nadie incompetente por compañera, entonces me da algo y a lo mejor le tengo que pedir trabajo a tu madre —bromea Teresa.

—Pasa, Violeta, ¿qué tal las vacaciones? —pregunta su jefe cuando llega al despacho.

Ella se sienta y ni siquiera le responde, sabe que no le importa, que lo dice por pura educación.

—Vengo a pedir la baja voluntaria.

Hernán la mira con los ojos muy abiertos, realmente sorprendido.

—¿Voluntaria? ¿Te vas? —pregunta estúpidamente.

—Sí.

Durante los siguientes diez minutos, su jefe la bombardea preguntando si se va a la competencia porque no se acaba de creer que Violeta quiera dejar la empresa para ir a vender bollos al horno de su familia. Mientras ella comienza a explicarle que está cansada de no sentirse valorada en la empresa, Hernán Carro abre un cajón, extrae una hoja en blanco y escribe algo en ella que después firma y extiende hacia Violeta.

—Aumento de un 15 % del sueldo y te hago jefa de sección —dice de repente—. Ahí lo tienes por escrito y firmado por mí. Si aceptas quedarte, mañana mismo hablo con Recursos Humanos para que apliquen el aumento en tu nómina de inmediato.

Violeta mira el papel que tiene entre las manos, sabe que esta vez va en serio y, aunque llega tarde, por un momento no puede evitar sentirse inflada como un pavo. Lo ha logrado, ha bastado con decirle que se marchaba para conseguir aquello que llevaba tiempo ansiando y que sabe que se ha ganado.

—¿Qué me dices? —pregunta su jefe con impaciencia.

—Tengo que pensarlo.

Violeta sale del despacho atolondrada. Ha entrado con una idea fija y no esperaba que Hernán le cambiase las opciones. Llega hasta su mesa, pero la pasa de largo y se sienta con Teresa.

—¿Qué te ha dicho?

Violeta le enseña el papel que Hernán le ha dado y su compañera sonríe y le da un abrazo, aunque ella no es capaz de reaccionar.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Teresa.

—Joder, no lo sé —se lamenta Violeta, que se siente muy confusa—, de momento irme a casa y llamar a Olga, tengo que contárselo.

Del mismo modo que ver el nombre de Violeta en su teléfono le desboca el corazón y le llena el pecho de una corriente de hormigas, lo que le cuenta le cae encima como un jarro de agua fría.

—Me alegro por ti, Violeta, te lo mereces —dice sincera, tratando de que el nudo que le atenaza la garganta no se la estrangule del todo y le impida seguir hablando con ella.

Violeta agradece la felicitación, pero también siente cierta decepción cuando la escucha. En el fondo esperaba que Olga le dijese que no acepte, aunque comprende que no lo haga, ella tampoco le pediría que lo dejase todo para estar con ella. Aun así, su actitud la confunde y la hace dudar de si realmente Olga le gusta lo suficiente o solo ha sido un rollo pasajero, esa aventura navideña de la que tanto han hablado y que va a terminar al igual que lo están haciendo las fiestas.

—Sí, es lo que siempre he querido —contesta finalmente con un tono demasiado cortante.

—Le has dicho que te quedas, supongo.

—He dicho que lo tengo que pensar.

—Claro.

La conversación se vuelve tan tensa e incómoda, que Olga miente diciendo que tiene que salir y se despiden de un modo demasiado frío y seco.

CAPÍTULO 27

Esa mañana Maite ha salido a la tienda dos veces y las dos le ha pasado lo mismo: ha encontrado a Olga como ida, absorta, perdida en un mundo paralelo mientras despacha a los clientes como si fuera una máquina. Sus manos se mueven mecánicamente sobre el mostrador, pero sus ojos están vacíos y ausentes. La mira preocupada y cuando encuentra un hueco, vuelve a salir y la coge de un brazo.

—¿Qué haces? —pregunta Olga cuando Maite tira de ella, sobresaltándose como si se acabara de despertar de un sueño.

—Deja eso y quítate el delantal, tú y yo nos vamos a desayunar —dice con un tono que no admite discusión.

—¿Otra vez? —Olga mira el reloj, son casi las once.

—Bueno, tú toma lo que quieras, yo tengo un poco de hambre —argumenta Maite, mientras observa cómo su amiga se desata el delantal con movimientos lentos.

Olga no protesta, está tan agobiada que agradece salir a que le dé el aire antes de que las paredes se le caigan encima. El frío de la mañana le golpea la cara, despejándola un poco. Se van a una de las cafeterías cercanas donde hacen unos churros que vuelven loca a Maite.

—A ver, ¿qué te pasa? —dispara en cuanto le plantan su plato con una taza de chocolate caliente.

Olga no ha podido resistirse y se ha pedido lo mismo, aunque el nudo en su estómago le dice que probablemente no podrá probar bocado.

—¿Hablaste ayer con tu hija? —pregunta Olga.

—No. ¿Por qué?

—Me llamó por la tarde. Fue a hablar con su jefe para pedir la baja voluntaria.

Maite se queda callada y coge un churro antes de clavar una mirada de preocupación sobre Olga.

—Mal hecho —opina—, es muy precipitado.

—Lo sé, pero no te preocupes, su jefe le ha hecho una contraoferta, le aumenta el sueldo y la hace jefa de sección si se queda —la voz de Olga tiembla ligeramente al decirlo.

Su madre no puede evitar una sonrisa de orgullo, pero no le dura mucho porque ver sufrir a Olga no es plato de buen gusto para ella.

—¿La ha aceptado?

—Dice que se lo está pensando —Olga se encoge de hombros y deja sobre el plato el

churro que iba a mojar en el chocolate.

—Y a ti te da pánico lo que decida —concluye Maite.

—Yo me alegro mucho por ella, Maite, de verdad —dice suspirando y su amiga sabe que es sincera—, pero si acepta, no puedo seguir con lo que tenemos, no quiero —admite notando una bola de ansiedad subirle por el pecho—. Apenas hace dos días que se marchó y no te haces una idea de hasta qué punto la echo de menos. No quiero que esto vaya a más, no podré soportarlo ni quiero conformarme con ver a Violeta los fines de semana.

—¿Y si te vas tú allí? —propone su vecina, consciente del mazazo que supondrá la pérdida de Olga para Violeta.

—¿Y qué hago allí? Acabo de comprar la casa, Maite, y encontrar trabajo no es tan fácil, además, mi vida aquí me gusta. Sé que soy egoísta, pero no puedo pasarme los días contando las horas que faltan para verla ni agobiarme cuando ella llegue porque sé que nuestro tiempo es limitado. No es el concepto de amor que yo tengo, Maite.

—Te entiendo —dice y le coge una mano con afecto por encima de la mesa—, yo tampoco querría una relación así —admite suspirando.

—¿Y ahora qué hago? —pregunta Olga compungida, y los hombros se le hunden.

—Sabes que yo no me voy a entrometer y que te dije que salvo que le hicieses una marranada, con mi amistad puedes contar siempre, Olga. Yo lo único que te voy a pedir, es que no le digas lo que piensas todavía, deja que tome una decisión por sí misma, porque si le dices que si acepta el puesto te pierde a ti, las dos sabemos que lo rechazará.

—Tranquila, no lo haría jamás, no quiero que tome una decisión así por mí y con el tiempo me lo eche en cara si las cosas no acaban bien entre nosotras.

Maite sonríe complacida y vuelve a apretarle la mano.

—En cualquier caso, Olga, si lo vuestro termina por romperse porque ella se queda, sabes que la volverás a ver. Violeta vendrá por aquí y probablemente lo haga con más frecuencia solo para verte.

—Lo sé, y será duro. Quién sabe, tal vez con el tiempo me trague mis palabras y me conforme con verla un par de días a la semana.

—Bueno, no te precipites tú tampoco, Olga, dejemos que Violeta haga lo que considere oportuno y en función de eso, decides lo que necesitas para estar mejor.

Olga hace una mueca y le sonríe agradecida por su apoyo, aunque ella lo tiene muy claro, no cree en las relaciones a distancia, al menos, no por mucho tiempo.

CAPÍTULO 28

Es viernes, y Violeta está en medio de una reunión con todo el departamento. El aire acondicionado zumba suavemente mientras Hernán, de pie junto a la pizarra digital, está exponiendo los próximos proyectos y comentando quién debe llevar cada uno. Sus dedos tamborilean nerviosamente sobre el puntero láser mientras, de vez en cuando, dirige miradas interrogantes hacia Violeta, que todavía no le ha dado una respuesta y lo tiene un poco nervioso. Ella ni siquiera se da cuenta, está completamente ausente, con la mirada perdida en las motas de polvo que danzan frente a la ventana.

—Violeta, céntrate —le susurra Teresa después de darle un codazo que le hace dar un respingo en su silla.

Ella la mira un instante, parpadeando como si acabara de despertarse, pero ni siquiera la reprimenda de su amiga logra reconducir su actitud. Violeta nota una cosa extraña en el pecho que cada día le pesa más y le resulta más incómoda. Esperaba que la tentadora oferta de su jefe le hiciera recuperar esa ansia que tenía cuando llegó a la empresa, pero los días pasan y Violeta se siente igual que antes de irse a Huesca, vacía en cuanto al trabajo se refiere. Ninguno de los proyectos que ha nombrado Hernán la motiva y su única teoría es que la oferta ha llegado demasiado tarde, cuando ella está tan quemada que es imposible recuperar nada de las cenizas.

Pensar en la empresa la hunde, y la única manera que tiene de aplacar ese estado de ánimo es pensando en el horno, recordando sus olores dulzones y el aire caliente, las charlas con los clientes y la tranquilidad del sitio.

Hoy se ha levantado agitada y emocionada porque por la tarde se marcha al pueblo y la sola idea de volver a abrazar a Olga, la hace estremecerse cada vez que lo piensa. La echa de menos de un modo enfermizo y las llamadas diarias en las que las dos se pasan una hora charlando por la noche, no le parecen suficientes para cubrir la necesidad que tiene de ella.

—Tú podrías supervisar todos los proyectos, Violeta —dice Hernán dirigiéndose directamente a ella.

Violeta no sabe de qué habla y tampoco disimula. Se limita a guardar silencio ante un jefe cada vez más desconcertado que sigue hablando para que la dinámica de la reunión no se corte.

—¿Pero a ti qué te pasa? Estás como ida —sisea Teresa pegándose a ella.

—Es que no sé qué estoy haciendo.

Violeta sacude la cabeza y suspira con agobio. La ansiedad acabará con ella. Sabe que no puede seguir alargando el tema y que tiene que darle una respuesta a Hernán cuanto antes. Su

jefe ha pasado de ser un auténtico capullo, a ser el hombre más paciente de todo Madrid.

—La verdad es que yo tampoco sé qué haces.

Las dos se miran y se ríen, Violeta se frota los ojos con los dedos y vuelve a coger aire notando que cada vez le cuesta más.

Hernán por fin da por finalizada la reunión y todos se levantan. Ella siente alivio por un lado y más agobio por el otro. Sabe que ya puede irse, tiene el pequeño macuto cargado en el coche y solo tiene que subirse y por la noche estará durmiendo con Olga, pero hay algo que la está frenando, algo que si no deja resuelto antes, hará que su fin de semana con ella sea una auténtica agonía. Ahora lo sabe, ya lo ha comprendido y por fin una sonrisa satisfecha se le dibuja en la cara.

—Ve saliendo, yo voy enseguida —le dice a Teresa.

Su amiga asiente sorprendida por el cambio en su expresión y sigue al resto de sus compañeros, que salen en fila mientras comentan la reunión.

—Hernán —lo intercepta Violeta cuando se dispone a salir—. ¿Podemos hablar?

Él la mira muy serio, ajustándose la corbata en un gesto inconsciente.

—Claro, vamos a mi despacho —responde señalando el pasillo.

—No hace falta, seré breve —dice Violeta, y por primera vez en días, su voz suena clara y decidida.

CAPÍTULO 29

Maite sale de su casa y se encoge de frío mientras mira al cielo gris de enero, deseando que llegue ya el verano. El viento helado le agita el pelo mientras camina unos pocos pasos por la acera cubierta de hojas secas y abre la verja de Olga, que chirría levemente, hasta colarse en su patio y llegar a la entrada para llamar a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Olga extrañada.

—Coge tu abrigo y vamos a ver la cabalgata —ordena Maite.

—¿La cabalgata? No me apetece, Maite —responde Olga, cruzándose de brazos como una niña pequeña.

—Me da igual, yo quiero verla y no quiero ir sola —dice su vecina con tono autoritario.

Olga se estremece por el frío.

—Me sabe mal, Maite, pero Violeta viene esta tarde y prefiero estar aquí cuando llegue.

—Sé de sobra cuando viene mi hija y también que todavía tardará en llegar. Además, si llega, puede venir al centro y encontrarse con nosotras. Tienes que salir y que te dé el aire, Olga, lo digo en serio.

Maite está muy preocupada por ella, desde que Violeta le dio la noticia de su oferta de trabajo, la incertidumbre de no saber su decisión está hundiendo a Olga, que se limita a ir del trabajo a casa y de casa al trabajo.

Sabiendo que Maite no desistirá en su empeño, Olga se pone el abrigo y las dos van juntas a ver la cabalgata. Incluso en medio del gentío, Olga está tan atenta a todo, que nota la vibración de su móvil en el bolsillo. Descubre que es un audio de Violeta y se retira del jaleo para escucharlo. En él le dice que hay retención por culpa de un accidente y que todavía tardará en llegar, por lo que Olga se queda más tranquila y consigue desconectarse y disfrutar del desfile junto a Maite.

Cuando están de vuelta y llegan a su calle, a Olga se le desboca el corazón cuando ve el coche de Violeta aparcado en su puerta, no en la de su madre, está en la suya.

—Ya ha llegado —dice mientras comprueba el móvil tratando de controlar los nervios.

Justo cuando lo está sacando, Violeta se baja del coche y les sonríe mientras se pone el abrigo.

—¿Llegas ahora? —pregunta su madre conforme se acercan.

—Acabo de aparcar —sonríe Violeta con la mirada clavada en Olga.

Se acerca a su madre y, después de darle un fuerte abrazo y dos besos, se gira hacia Olga, a

la que coge por las mejillas y besa con una pasión que la deja más desbordada de lo que ya se siente. Después del beso se funden en un abrazo, y en medio de esa intimidad que comparten a pesar de la presencia de Maite y de que todavía están en la calle, Olga se rompe y comienza a llorar sin motivo aparente para Violeta, que la mira con gesto de sorpresa.

—Pasemos dentro, anda, que aquí nos vamos a helar —dice Maite abriendo la puerta exterior de la casa de Olga.

Las dos pasan al interior y Maite, aunque está muy preocupada, decide dejarlas a solas y marcharse a su casa.

Una vez dentro, Violeta vuelve a abrazar a Olga, le da mil besos y le dice todo lo que se le ocurre para que se calme.

—Pero ¿por qué estás así? —pregunta con suavidad sin apartarse de ella.

Olga se siente completamente rota. Que Violeta esté tardando tanto en responder a la oferta de su jefe para ella solo significa que tiene muchas dudas, y no sabe qué es peor, si que acepte o que no sepa lo que quiere.

—Porque me alegro de verte —dice Olga contando una verdad a medias.

—Vaya —Violeta le acuna el rostro entre sus manos y sonríe con un gesto descarado y divertido que descoloca a Olga—, pues más deberías estarlo, porque he rechazado la oferta y como compensación por mi dedicación y esfuerzo, mi jefe me ha perdonado por escrito los quince días que debo darle por contrato a cambio de que haga videoconferencias con Teresa, la compañera con la que tengo proyectos empezados.

Olga ha dejado de llorar de golpe y la mira paralizada.

—¿Hablas en serio? —consigue preguntar tras unos segundos de silencio en los que solo se miran y sonríen.

—Sí, por eso he tardado más en llegar, he tenido que pasar por casa a por una maleta más grande —confirma Violeta con un beso.

Olga la coge de la mano y la guía hasta el sofá porque necesita sentarse.

—Pero Violeta, ¿te lo has pensado bien? Es una decisión importante y un cambio de vida muy drástico.

—¿Llamas drástico a poder estar contigo?

Violeta hace una mueca. Olga menea la cabeza con lentitud, todavía impactada.

—No, cariño, pero…

—Nada de peros, Olga. Lo he pensado mucho, no te creas. Y pensar tanto es lo que me ha hecho pasar una semana de mierda. Me fui de aquí sabiendo que quería quedarme y teniendo muy claro que quería romper con mi vida en Madrid y volver a comenzar aquí, contigo, con mi madre y en el horno.

Olga vuelve a llorar, tiene las emociones desbordadas. En su cabeza, el único fin de semana que se imaginaba era uno horroroso en el que Violeta llegaba diciendo que había aceptado la oferta y ella le decía que no podía seguir viéndola.

—Deja de llorar, Olga —dice Violeta compungida—, al final me harás llorar a mí.

Olga sonríe entre tanta lágrima y la besa.

—Solo necesito que me lo confirmes una vez más, Violeta. Que me digas que haces esto por ti y no por lo que tenemos, no puedes rechazar algo por lo que llevas tanto tiempo luchando y…

—Cállate ya —la corta Violeta poniéndole un dedo sobre los labios—. Durante estos días me he dado cuenta de que eso por lo que luchaba, era solo una manera de mantenerme motivada en ese trabajo, una forma equivocada de convencerme de que me gustaba, pero después de los días que pasé ayudando en el horno, he comprendido que allí es donde verdaderamente he disfrutado y me he sentido útil. No me quiero marchar, Olga, me gusta este pueblo, me gusta trabajar en el horno y me gustas tú.

Olga sonríe y se seca las lágrimas con la manga.

—Me alegro, porque me estoy enamorando de ti, Violeta, y no sabes la semana tan espantosa que he pasado —dice y tira de ella hasta que Violeta termina sentada sobre sus muslos.

—Pues eso se ha acabado; vas a tener Violeta hasta que te hartes —bromea sobre sus labios.

—Dudo mucho que eso llegue a pasarme.

Las dos se besan y se ríen, y cuando la cosa comienza a calentarse, Olga detiene a Violeta.

—Espera —dice acelerada—, primero hay que darle la noticia a tu madre, que la pobre también anda muy preocupada.

—Está bien —acepta Violeta resignada, aunque no puede evitar una sonrisa traviesa—. Por cierto, esta semana tengo que ir a Madrid un par de días para terminar de recoger mis cosas y zanjar el tema del alquiler del piso, y si es posible, me gustaría que vinieses conmigo.

—Más motivo entonces para ir a ver a tu madre —sonríe Olga, después le da una palmada en el trasero y las dos salen por la puerta.

EPÍLOGO

Ese sábado de julio la temperatura en Alquézar es casi insoportable, están en plena ola de calor desde el día anterior y ni siquiera dentro de la tienda con los ventiladores puestos desde primera hora, Olga consigue quitarse de encima la sensación de que tiene la ropa pegada al cuerpo.

En días como ese, se acuerda de algunos en invierno, cuando deseaba que llegase el calor, ahora se arrepiente.

—Aquí tiene —dice entregando unas barras de pan a una señora que se abanica con un folleto turístico de la zona.

—Olga —la llama Violeta asomada desde la trastienda, con el pelo recogido en un moño improvisado y manchas de harina en el delantal—, el pan ya está listo, entra cuando puedas.

Tal y como lo dice desaparece de nuevo y Olga frunce el ceño. Maite se marchó el miércoles para embarcarse en un crucero de dos semanas. Ella y Violeta la llevaron a Huesca para coger el tren con destino a Barcelona desde donde salía el barco en una excursión para solteros de todas las edades después de que las dos la animasen a hacerlo.

En los seis meses que lleva viviendo ahí —viviendo a medias entre la casa de su madre y la de Olga— Violeta ha mostrado mucha iniciativa en el horno y se ha involucrado tanto, que Maite confía ciegamente en ella y Olga está encantada de verla tan feliz y motivada. Muchas noches, cuando se queda en su casa y están en la cama, le habla de cosas que se le ocurren para mejorar el horno, recetas nuevas, productos que podrían vender en la tienda o incluso habla de comprar el local de al lado —vacío desde hace años— y ampliar haciendo también cafetería y churrería.

—Tú podrías pasar a ser la encargada de la cafetería y hacer los churros —le dice siempre que sale el tema.

Olga se ríe y asiente, porque realmente es algo que le gustaría, así que ya se han puesto en contacto con los propietarios y están intentando llegar a un acuerdo con el precio. Ese negocio sería solo de Olga y Violeta, Maite dice que con el horno ya tiene bastantes quebraderos de cabeza y que ella está en una edad en la que ya comienza a pensar en la jubilación más que en negocios nuevos.

—Esas dos bandejas de ahí —dice Violeta cuando Olga entra en la trastienda.

Apenas hace tres días que se ha marchado su madre, Violeta se ha quedado al cargo y a Olga le recuerda a un agente de tráfico dirigiendo y dando órdenes.

—Y esos roscos también están listos —señala cuando Olga todavía está cogiendo las barras.

—¿Algo más?

El tono que utiliza hace que Violeta se gire y le clave la mirada. Se acerca a ella despacio, sin importarle que Antonio esté descargando las cajas vacías del pan que ha repartido esta mañana.

—¿Tienes algún problema? —su tono amenazante y a la vez provocador enciende el cuerpo de Olga como si le hubiese estallado un petardo dentro.

Deja las barras donde estaban y sin pensarlo mucho, agarra a Violeta de un brazo y tira de ella hasta el cuartucho, donde la deja acorralada contra la pared mientras Violeta, con las pulsaciones disparadas, la mira expectante.

—Te gusta mucho mandar, ¿verdad? —pregunta Olga colocando las manos en la pared, dejando la cabeza de Violeta entre ellas.

El aire se carga de tensión y el calor parece multiplicarse en ese espacio reducido.

—¿Te molesta? —replica Violeta tocándole el costado.

Olga se estremece de arriba abajo.

—Lo que me molesta es que solo me mandes a mí, ¿qué pasa? ¿Aquí no hay nadie más?

—Aquí no hay nadie más que me guste, y no sabes cómo me pongo de caliente cuando te enfadas. Y es tan fácil cabrearte.

Violeta encoge los hombros y Olga se queda con cara de pasmo tan solo un instante.

—Así que es eso —dice y se pega tanto a ella que el aire ya no pasa entre sus cuerpos—. Te pone cachonda ser una mandona, ¿quieres que te compre un látigo y unas esposas y mandas también en la cama?

La mente de Violeta tarda muy poco en imaginar la escena, y se pone tan enferma que cuando responde tartamudea.

—¿L-lo harías?

—Depende.

—¿De qué? —Violeta se impacienta.

—De cómo te portes hoy. Estoy muerta de calor y tengo hambre, me apetece comer en el restaurante de Nuria. Consigue una mesa y después hago lo que quieras.

—Nuria es amiga de mi madre, sabes que puedo conseguirla con una llamada —dice Violeta con media sonrisa de pura satisfacción.

Olga le da un beso y se aprieta contra ella hasta que la corriente recorre cada milímetro de sus cuerpos.

—A lo mejor es que me apetece que me azotes —sisea sobre su oreja y Violeta por poco se desmaya.

Antonio la llama desde el otro lado y las dos se separan como si se hubieran electrocutado. Violeta tan turbada que cuando sale no se ubica y choca contra una de las bandejas vacías, Olga tan satisfecha por haber logrado perturbarla de ese modo, que se olvida de llevarse las barras de pan que ha entrado a buscar.